

El brillo de las balas

Norvey Echeverry Orozco

Trabajo de grado para optar al título de
Comunicador Social - Periodista

Asesor

Raúl Hernando Osorio Vargas

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones y Filología
Comunicación Social - Periodismo
Sonsón
2020

El brillo de las balas

A las víctimas

Contenido

Del otro lado del cerco	
<i>Prólogo de César Alzate Vargas</i>	6
La guerra, Cristian y yo	12
El sonido de las balas	55
Un falso positivo fallido	87
¡Mi mamá no, mi mamá no!	107

Del otro lado del cerco

César Alzate Vargas

Universidad de Antioquia

Se hablaba en la sede de la Universidad de Antioquia en Sonsón de un muchachito que hacía todas las preguntas y leía todos los libros, que tomaba notas sobre artículos sugeridos o encargados y para la siguiente sesión ya había agotado los títulos disponibles de cada autor, y que hacía una cosa extravagante: les pedía a los compañeros que plantaran su grabadora en los cursos a los que no podía asistir y registraran las clases. Se decía que pasaba horas escuchando las grabaciones.

Que deseaba aprender todo sobre el periodismo y la literatura.

Yo no creía en esta leyenda, y en realidad solo llegué a comprobar una parte de ella, hasta que asistí a un par de jornadas de un curso de redacción periodística. Sonsón era un sitio estupendo para dar clase: los estudiantes eran como los que se describían en los mejores tiempos de la Universidad, respetuosos, entusiastas, plétóricos de talento, críticos, interesados en lo que uno tenía para decirles y hasta ingenuos. Además era un lugar que toda la vida me había interesado bastante. Por allí había pasado incontables veces en ruta hacia el cañón del Samaná, la Ítaca de la que provengo y a la que no consigo volver. Sonsón tenía múltiples vínculos con mi prehistoria. De este pueblo que congrega, completos, las virtudes y los defectos de la cultura antioqueña, salieron todas las vertientes de mi familia en siglos que la era digital ha olvidado. Allí quería ir como quien regresa a sus orígenes. Sentía que al dirigirme a aquellos estudiantes entablaba un diálogo en el tiempo con los bravos colonos que durante el siglo XIX y la primera parte del XX partieron de municipios como este hacia los vastos territorios que aún no se domeñaban en los Andes colombianos (en realidad, como ocurrió en toda América, esos territorios estaban habitados por gentes que llegaron mucho antes y a las que no se trató con el debido respeto, pero esa es una discusión que no tendremos aquí). El diálogo con ellos me interesaba como una forma de obtener pistas sobre una parte de mi historia que deseaba recuperar por motivos literarios, pero a la que las múltiples argucias del olvido me han impedido acercarme. Los estudiantes provenían en su mayoría de diversos pueblos del suroriente de Antioquia. Al menos la mitad eran del municipio sede, pero los había también de Argelia, Nariño, La

Unión, Abejorral y La Ceja. De este último procedía el muchachito del que se hablaba porque quería saberlo todo.

Su presencia, sin embargo, no parecía hacerle juego a la leyenda. Se sentaba en un rincón lejano del salón de clase y, al menos en voz alta, no hacía preguntas ni casi participaba. Uno tenía la sensación de que estaba calculando el tamaño del mundo y de la vida antes de atreverse a decir cualquier cosa, y a veces daban ganas de suplicarle que aunque fuera se mostrara necio. Nada. Allí, quieto, como con la intención de marcharse a otras esferas, no hablaba. Pero escribía. Escribía y escribía en sus libretas, y a la clase siguiente venía, aunque sin palabras, con las lecturas hechas, los autores agotados. Sí que lo leía todo. En plena adolescencia era una máquina de absorber información, lo cual le fue muy útil para descubrir pronto que su deseo de ser locutor estaba errado y que, a fin de cuentas, de haber persistido en este, de poco habría necesitado los estudios de comunicación social y periodismo.

Nuestro diálogo no se produjo, pues, mientras fue mi estudiante. O, visto de otro modo, la relación estudiante-profesor no se limitó a las fechas que la academia estipulaba: él decidió retomarla en ese mundo del que es nativo y cuyas leyes permiten hacerle el quite a la timidez porque no obligan a que los ojos se miren y las presencias se perciban en las a veces incómodas dimensiones de la física. Los tímidos sabemos la enorme importancia de este recurso. Uno de los privilegios que nos permite la época es el de abordar al otro sin la incomodidad de la presencia y sin la rigidez de los horarios. El curso que el silencioso decidió que yo le siguiera dando más allá de las aulas comenzó el 26 de diciembre de 2018 a las 9:49 de la noche con un escueto saludo: “Hola, César. ¿Cómo va todo?”. Saludo que irrumpió en el whatsapp de mi celular con un cálculo necesario: el de escribir correctamente cada palabra y rodearla de los signos de puntuación adecuados más para la tarea universitaria que para ese universo que lo permite todo y en el que la gente suele expresarse con irrespetuoso descuido. Él me había oído decir que la corrección es la mínima seña de respeto que le debemos al lector. Somos periodistas. Somos escritores. Que nos juzguen por el fondo de lo que decimos, no por la forma: esta no debería admitir discusión. El hecho es que, antes de que yo pudiera preguntar quién era el sujeto que me hablaba a esa hora, fue al grano: “¿Te puedo pedir un favor? ¿Me podés recomendar películas buenas sobre el oficio del periodismo?”.

No sé qué estaba haciendo esa noche. Era 26 de diciembre, ¿no? Alguna simpatía debió causarme el atrevimiento, pues unas horas después le prometí en serio —siempre

hemos hablado muy en serio nosotros— que le haría una lista y le recomendé un título de ese año que tal vez él ya hubiera visto: la magnífica *The Post* (torpemente traducida a nuestro mercado como *Los archivos del Pentágono*) de Steven Spielberg. Horas después respondió que no la había visto, pero que tenía tiempo y la vería al rato. Y la vio, desde luego. Lo que tiene de más maravilloso el universo digital en que nos hemos movido en este permanente curso que él me pidió y yo acepté darle es esa no necesidad de verse u oírse o leerse en tiempo real. A veces el diálogo discurre así, pero otras tantas veces entre una interpelación y una respuesta pasan minutos, horas y hasta días, y no han faltado los asuntos que uno de los dos corta sin ofrecer excusas y sin que el otro se percate de que lo dejaron con la palabra en la boca. Ha sido un diálogo intenso. Tanto, que ahora me atrevo a darme cuenta de que en el mutuo aprendizaje, en la interminable discusión y en la nula presencia material —no nos vemos desde nuestra última clase en la sede, en diciembre de 2017; casi ni sé ya cómo es su rostro— hemos ido construyendo una valiosa amistad.

Hasta su paso por la Universidad, Norvey Echeverry Orozco no descubrió que la violencia era un fenómeno que le ocurría a la gente real. Para su fortuna, del mundo de las armas no conocía ni una pistola de juguete. Todo estaba en las noticias y estas siempre hablaban de cosas que pasaban lejos. Durante un tiempo, observó con ingenua melancolía que la guerra, en apariencia, no lo había tocado y sintió pena de sus privilegios. El estudio del periodismo le mostró que esa lejanía no era cierta: las cosas sucedían aquí, a su alrededor, a sus compañeros de clase... a él mismo. La realidad era una cosa tangible y el periodismo la herramienta para acercarse a ella, estudiarla, relatarla y quizá comprenderla. Sospecho que debe seguir sin conocer las armas de verdad, pero la inmersión en las historias que narra en su primer libro le ha permitido comprender la catástrofe que esas armas producen en el destino de un país.

Puso como presentación en su cuenta de Twitter: “Escribo historias en libretas que sueñan, de grandes, ser libros para estar en las bibliotecas”. Miró el mundo en que se había criado y sus ojos de periodista le mostraron la guerra que antes aparecía, deformada, en las noticias. Se lanzó de lleno a las historias y de entre todas las que encontró seleccionó

para este primer libro la de una maestra rural que se hace madre mientras la muerte campea en cada uno de los territorios a los que huye, la de un campesino al que estuvieron a punto de asesinar para hacerlo pasar por lo que no era, la de un jovencito que persiste en estudiar a pesar de los violentos y la de otro jovencito cuya madre es asesinada por vender vicio. Los agentes de todas esas violencias se repiten aquí como se repiten en la turbulenta historia de Colombia que la generación de Norvegy no habría debido vivir: la guerrilla, los paramilitares, los narcos, el Estado.

El autor podría haber tenido el privilegio de formar parte de la primera generación de colombianos, en lo que va corrido del milenio y de la vida, con una verdadera oportunidad no de crecer, porque ya lo hicieron, pero sí de conocer al país en paz. Ellos y nosotros estuvimos a nada de lograrlo en aquellos acuerdos suscritos en 2016, pero la ilusión de la paz duró poco. “Este país, ¡este pobre país! ¿Hasta cuándo estaremos así, hasta cuándo?”, escribe en su diario Martha Higinio, la admirable profesora a cuyo relato el libro le presta la voz narrativa de primera persona. Es el mismo personaje que descubre la fundamental importancia de los nombres para conservar la memoria —es fundamental conservar la memoria, evitar el olvido— y nos cuenta al regresar al pueblo de Granada luego de la masacre paramilitar del 3 de noviembre de 2000: “Cuando me acerqué al salón parroquial, más de medio pueblo lloraba por todos los muertos. Diecinueve ataúdes enfilados. Una escena triste. Yo solo conocí a María Leonor y a Pablo Emilio. A lo mejor con Jesús María, Juan Manuel, Jairo, Francisco Javier, Germán, María Edelmira, Andrés Arturo, Salomé, Conrado, Óscar Aníbal, John Ferney, Mario de Jesús, Jesús Heliodoro, Luis Fernando, Jenaro, Socorro y Nicanor, me llegué a cruzar en las calles de Granada, en una eucaristía, en una tienda, en el hospital, en el colegio que dictaba clases, en un evento comunitario por la paz. A lo mejor hasta les sonreí”. A lo mejor hasta les sonreí, dice. No es posible dejar de mencionar la horrenda paradoja de la que antes de esta masacre se había enterado Martha en el corregimiento de Aquitania, de donde es oriunda: los paramilitares acercándose al puesto de salud para ofrecerle disculpas a un joven moribundo por haberle disparado cuando las balas que le robaron la vida estaban destinadas a alguien que tenía un nombre parecido. Creería uno que en esos actos de buena educación está oculta la semilla de la convivencia, pero habría que ser tan malvados como los asesinos para aceptar tales disculpas. O para aceptar la horrible venganza que ejecutaron los guerrilleros de las Farc un mes y tres días después de la masacre de Granada, cuando el 6 de diciembre destruyeron el centro del pueblo con un carrobomba y numerosos cilindros de gas

convertidos en misiles y disparados desde casas a las que ingresaron sin respeto alguno, como la de Martha.

En el libro que Norvey investigó y escribió para enterarse del horror del que su crianza privilegiada lo había mantenido ajeno hasta su ingreso a la Universidad, la infamia contra los ciudadanos comunes y corrientes salta de muchas maneras al relato. Quizá la secuencia más intensa se encuentre en la historia de Gustavo, un campesino que decide regresar a su finca arrasada en la vereda La Quiebra, a dos horas de camino de Sonsón, porque a pesar de la presencia de los violentos tiene que trabajar para que su familia coma. Este hombre inerme ante los ejecutores de la guerra detalla el encuentro con un grupo de soldados ansiosos de matar a alguien, a él. Cuando los soldados le preguntan si ha ayudado a los guerrilleros a cargar sus morrales y le exigen que se quite la camisa, el hombre se hace una reflexión de la que no se olvidará nunca. Así está narrado el episodio: “Gustavo pensó: “Ay, jueputa, de pronto tengo callo en la espalda por cargar la fumigadora”. Era lo más obvio: una bomba de veinte litros con veneno, de metal, varios días a la semana, deja su huella en la piel. ¿Y cómo hace un soldado para saber que un hombre como Gustavo es guerrillero? ¿Por las botas? La mayoría de campesinos llevan botas. ¿Por el callo en la espalda? La mayoría de campesinos cargan bombas fumigadoras de veinte litros que tallan la piel. ¿Cómo carajos hace un soldado para saber si ese hombre que humilla es un guerrillero?”. La respuesta es que no sabe ni le importa. El soldado necesita presentar resultados y muchos de esos resultados son lo que después se denunciará en el país como *los falsos positivos*. Ilustra el narrador: “Si los soldados hubieran decidido dispararle a Gustavo y presentarlo como una baja dada en combate, les hubiera significado desde un permiso de vacaciones para ver a sus familiares y novias, un aumento en el salario, un curso de formación, hasta un ascenso, una medalla que se puede conseguir por cincuenta mil pesos o menos en internet, o una felicitación de un general”. La desventura de Gustavo, tristemente, no se agota en el encuentro con los soldados del que salió torturado e insultado, aunque vivo. Es un campesino colombiano en tiempos de guerra y en esa coyuntura a los campesinos colombianos no les queda de otra que enfrentar las consecuencias de un conflicto en el que todas las facciones dicen que pelean para protegerlos, pero todas se ensañan contra ellos.

Esto y más es lo que descubre el autor cuando escucha y acompaña a Martha, a Gustavo, a Camilo Andrés (nombre ficticio, historia verdadera) y a su tocayo Norvey: una profesora rural que ha transitado por religiones y escuelas y no pierde el entusiasmo de las

palabras; un campesino que ahora se dedica al cuidado del páramo; un hombre trasegado en las múltiples violencias que acepta que si su mamá, asesinada cuando él tenía once años, estuviera viva, “yo hubiera sido un gamín más hijueputa”; y un sobreviviente de la zona rural de La Unión al que a los ocho años un soldado contraguerrilla le puso su arma de dotación en la cabeza y le preguntó si se quería morir ese día.

En estas páginas está el país. Esperemos que el libro llegue a las bibliotecas, pero, sobre todo, que llegue a muchos lectores. Yo me quedo con la imagen de cada uno de los personajes en sus momentos de inocencia, a salvo en sus casas, amenazados en sus casas. Cada uno de ellos mira las montañas, las hermosas montañas donde la vida florece a pesar de la terrible historia de Colombia. Alrededor de cada casa hay un cerco, un perímetro de seguridad.

—Discúlpenos, hermano, nos equivocamos —cuenta Martha que le dijeron los paramilitares al muchacho moribundo de Aquitania al que le dispararon porque se llamaba como otro.

Del otro lado del cerco está la guerra.

La guerra, Cristian y yo

El 24 de diciembre de 2017, Cristian y yo viajábamos en mi carro desde La Ceja hacia Marinilla, en el Oriente antioqueño. Un sol, camuflado entre las nubes,

se dejaba ver para calentar las latas grises del carro. Adentro los dos zapaticos blancos de su bautizo, puestos sobre el retrovisor interno, se movían de un lado al otro cada vez que cogíamos una curva, pasábamos un resalto o nos íbamos a un hueco. Ese día Ana Ligia Higinio López, mi hermana, nos había invitado a almorzar en compañía de sus cuatro hijos.

En el camino ingresamos al centro comercial San Nicolás en Rionegro. Mientras yo hacía algunas compras de flores y comida para el almuerzo navideño, Cristian se quedó afuera esperándome. Estaba aterrado con el nivel de consumo de las personas ese día; al planeta no le deben quedar pocos años, pensaba. Salió del carro y se acercó a uno de los muros de la terraza que funciona como parqueadero. Se quedó mirando una urbanización privada que había al lado: las casas imitaban a las de un país europeo con sus chimeneas y grandes ventanales. Un celador del centro comercial se acercó y le dijo que no podía estar allí. Quién sabe qué pensó el hombre, me contó cuando regresé al carro, tal vez lo vio sospechoso de desvalijar automóviles o de ser un suicida que se iba lanzar al vacío.

Veinte minutos más tarde, salimos del parqueadero que aquella tarde más parecía un laberinto. Cristian estaba feliz, porque volvería a ver a sus primos, y conducía con mucha pericia. Manejaba muy mal recién aprendió: una tarde, en lugar de pisar el pedal del freno, hundió el del acelerador y chocó contra una barrera de hierro de una estación de gasolina; otra vez atropelló a un ciclista, aunque el accidente no pasó a mayores y el hombre se puso de pie y se fue sin siquiera gritarle que era un atrevido o un asesino al volante. Camino a Marinilla, en cambio, frenaba en los reductores de velocidad, daba el paso a los peatones que iban a cruzar la vía, adelantaba camiones cuando no había doble línea amarilla, sabía ingresar a las glorietas y a las vías de dos carriles con sentido único.

A las dos de la tarde ya estábamos en Marinilla, un municipio con cierta apariencia comuna popular de Medellín: ladrillo, varilla y cemento por todo lado. Después de cruzar un par de calles, de ver los alumbrados navideños sobre el río, de pasar por la fachada de varios colegios y de una iglesia católica, llegamos a la casa donde viven los hijos de Ana Ligia en el barrio María Auxiliadora. Byron abrió

la puerta y uno por uno fueron apareciendo en el pasillo principal de la casa Andrea, Nataly y Leonardo, mis otros sobrinos. No nos veíamos hacía tres meses. Ana Ligia, que tenía el cabello húmedo, fue la última en abrazarnos. Ella siempre abraza a los que llegan o se van, aunque no los conozca: dice que no hay ninguna enfermedad que se transmita, hasta ahora, a través de los abrazos.

En la sala un reguetón sonaba con bastante volumen en un televisor. Cristian agarró el control sin pedir permiso y le mermó a la bulla. Me senté muy cerca de Ana Ligia, riéndome de las ocurrencias que nos contábamos. Los que nos conocen dicen que nos reímos igual. Mi hijo dice que nuestras risas se parecen a las de las brujas, así de escandalosas. Luego nos sentamos todos en la mesa principal. Nataly hizo el almuerzo. Le quedó exquisito: ensalada, carne a la plancha, arroz, sopa y jugo. Cuando terminamos de almorzar, nos sentamos en la sala a hablar de la familia, de las tías que aún viven, y de Aquitania, siempre Aquitania, de la niñez de Cristian en Aquitania y en Granada, de sus dibujos y los dibujos de otros niños que quedaron huérfanos por culpa de eso que llaman conflicto armado y que nos persiguió durante tantos años.

Mi registro civil dice que nací en el paraje San Antonio del corregimiento de Aquitania, en San Francisco, Antioquia. Dice también que nací un sábado a las nueve de la mañana. Mi papá se llamaba Pedro Claver Higinio y mi mamá Ana Julia López. Ana Ligia los recuerda mejor que yo: a él entonando tangos y leyendo poesías, y a ella cantando música colombiana.

Vivíamos en San Agustín, una vereda de Aquitania. Desde allí, caminando a buen paso, estábamos a doce horas de San Francisco o, por otro camino, a doce horas de Argelia de María. Mi papá tenía ganado y también a un mulo negro llamado Galleto, que era legendario porque tenía mucha fuerza y era muy sabio. Muchas veces le ofrecieron dinero por el animal, pero mi papá, quizá por cariño, nunca lo vendió. Galleto murió en sus manos, después de acompañarlo cientos de veces llevando cargas de café a Argelia o San Francisco.

Fui la menor de nueve hermanos. De mayor a menor: Rosa Dolores se casó muy joven y tuvo dos hijos, pero a los veintitrés años la mató la picadura de una serpiente venenosa; a María Elvia, que vive en la zona rural de Rionegro, las Farc le mataron a su marido José Atilano y a sus hijos Félix y Fabio, y los cadáveres fueron encontrados tres días después a la orilla de un río; Luis Alberto, Berto, está vivo, y es campesino en Río Claro; Teresa, que vive en Aquitania, se dedica a sembrar su parcela; Tulia, que vive en Bogotá, es evangélica, y pasa sus días cuidando a su nieta; Socorro, que murió ahogada en el río Tigre, en Aquitania; Ovidio, que ingresó muy joven al Ejército Popular de Liberación (EPL) en Nariño y murió en una balacera con el Ejército Nacional; Ana Ligia, que es promotora de salud en Aquitania; y yo, Martha Nelly, la narradora de esta historia, maestra de una escuela rural en La Ceja. Después mi mamá quedó en embarazo de una niña a la que iban a bautizar con el nombre de Margarita, pero cuando nació estaba muerta. Mi papá, al siguiente día, la llevó hasta Aquitania para enterrarla.

Nuestra casa quedaba cerca al río Tigre. En esa época había monte, años después lo talaron. Mi papá sembraba maíz, yuca, frijol, cacao, plátano y café (este último al otro lado del río Tigre, en San Antonio). Mi mamá, en la casa, sembraba auyama y mafaja, un tubérculo similar al ñame. Muy cerca de donde vivíamos había muchos árboles de almendros, que producían una fruta llena de tunas. Nosotros las partíamos con un machete y encontrábamos una almendra, como un coco, que sabía delicioso con sal. También había guamas y churimas. Todas nos las comíamos crudas.

Recuerdo una muñeca que me regaló Josefa, mi madrina de confirmación. Era 1970, y como la vereda estaba tan lejos del pueblo, confirmaban a los niños cuando tenían dos o tres años. O sea, cuando el obispo visitaba Aquitania había que aprovechar para confirmar niños, ancianos y todos los seres que no se habían confirmado, porque la próxima vez que nos visitara sería dentro de veinte o treinta años. La muñeca era de plástico y tenía el mismo tamaño de un bebé de dos meses y una cola de caballo en su melena de pelo. Luis Alberto, como si mi muñeca fuera un balón de fútbol, o una piedra, o yo qué sé, la cogía y la mandaba a volar por los

aires. Casi siempre la pobre aterrizaba dentro de la caña espesa. Yo me metía a buscarla con mucha valentía, porque me podía encontrar con una culebra venenosa. La encontraba. La bañaba. La vestía. Y Luis Alberto, de nuevo, la volvía a mandar derecho por los aires hasta el monte. Un día cualquiera no la volví a ver. Me olvidé de ella. Cuando tenía once años, más o menos, la encontré demacrada y sin una pierna. No la quise más. Me producía terror verla así.

También recuerdo los muñecos de Navidad que hacíamos con el barro de una quebrada llamada Pomo. Mis hermanos y yo moldeábamos a los personajes del pesebre: San José, la Virgen María, la mula, el buey, las ovejas, las gallinas y los patos. Los regalos eran muy sencillos y nos los dejaban debajo de las almohadas: canicas, galletas rondallas, escapularios, ropa y zapatos. A Aquitania, que estaba a tres horas en los pasos de un adulto, íbamos tres veces al año: en Semana Santa, en las fiestas de la Virgen del Carmen y en la noche de Navidad.

Cuando éramos niños, después de terminar de comer y antes de acostarnos a todos, mi papá nos contaba historias. A veces nos narraba los mitos de siempre como la Madre Monte o la Pata Sola, pero otras veces recordaba lo que le había ocurrido en la vida real a un joven policía en Aquitania, un lugar que yo conocía. Mi papá, casi sin pestañear, hilaba el relato.

Él era joven, tal vez tenía treinta años; cuando eso la inspección de Policía estaba ubicada en una de las esquinas inferiores de la plaza, donde ahora está la Fundación Niños Alegres. El corregimiento ardía con los ánimos enfurecidos de una turba. No querían autoridad, eso decían los campesinos. Se gritaban arengas. Eran los años cincuenta, cuando la violencia entre liberales y conservadores estaba en su furor. Entre los gritos, se escuchó la voz de un hombre que le preguntó a Loaiza, un policía de unos veinte años, qué hacía escondido en la estación. “Salga donde le dé el viento”, dijo. Loaiza corrió el cerrojo de la puerta y se abrió camino entre la multitud. Los machetes en la cintura estaban prohibidos, era lo que decía la ley; sin embargo, uno de aquellos hombres enfurecidos sacó uno afilado y le hizo al cuerpo de Loaiza un corte de carnicero en uno de los costados. El inspector lo llamó: “Loaiza”. Le ordenó que regresara de inmediato al comando. Caminó herido. Al

llegar, puso ambas manos ensangrentadas en la fachada. Ingresó a la casa. Cerraron la puerta.

Sin embargo, Loaiza escapó por la parte de atrás. Corrió por un caño. En el camino se escondió debajo de una casa, una de esas donde el piso era de tablas. La persona que vivía en dicha propiedad relató que había visto al policía Loaiza beber agua del caño y después lo había escuchado pedirle a la Virgen del Carmen que no lo dejara morir sin estar confesado. El hombre de la casa, preocupado, comenzó a hacer cruces en el aire. Cuando lo encontraron, Loaiza estaba muerto. Subieron su cadáver en una camilla improvisada con palos, y lo transportaron por el camino de las mulas durante dos días, aproximadamente, hasta Cocorná. Nunca dieron con el culpable, según nos contaba mi papá.

Alguno de tantos hombres desalmados, entre la turba enfurecida, mató a Loaiza. De alguna manera, yo crecí sintiendo que el pueblo entero fue culpable.

A las cuatro de la tarde encendimos de nuevo el carro para recorrer algunas calles de Marinilla. O los andenes de este pueblo son muy angostos o la gente se reproduce mucho, pero la cantidad de peatones ese día hacían que el carro fuera muy lento esquivando familias enteras que salían a buscar sus regalos.

Al cruzar la autopista Medellín - Bogotá, Cristian estuvo a punto de atropellar a un motociclista. Byron, que estaba sentado en el puesto del copiloto, le dijo que se había pasado de calle para subir al cementerio del pueblo, y Cristian, en medio de la avenida, olvidando que estaba en una autopista donde los autos van con toda la velocidad, frenó. Una moto que venía detrás, a sesenta kilómetros, pitó. Milagrosamente esquivó el carro por la izquierda. Después, muy cortés —y con cierta razón— el parrillero le gritó a Cristian un hijueputazo. Mi hijo, con calma, levantó la palma de su mano izquierda, como ofreciéndole una disculpa.

No sé por qué me dio por visitar un cementerio el día de Navidad. A lo mejor porque desde que mi mamá se murió tengo la costumbre de ir a ellos o porque la

mayoría de mi gente está en los cementerios, aunque no propiamente en el de Marinilla. O tal vez quería recordar a Luis Guillermo, el papá de mi hijo, con quien visité este mismo cementerio alguna vez. O simplemente porque queríamos esquivar el barullo de esa tarde.

Ya en el cementerio, caminando por los pasillos fríos y desolados, Cristian contó que hacía poco había leído la historia de un escritor, sin acordarse del nombre, que se había suicidado para que su última novela fuera un rotundo éxito en ventas. Al contrario de lo que se esperaba, la novela fue un fracaso.

En la vereda no había escuela. Ana Ligia y yo aprendimos a leer a través de radio Sutatenza, una emisora colombiana que transmitió programas culturales y educativos entre 1947 y 1989. En la emisora ofrecían cuatro cursos: básico, lectoescritura, progresivo y complementario. El de lectoescritura, que era el que estudiábamos ella y yo, lo daban a las seis de la mañana y lo repetían a las seis de la tarde. Estudiábamos hasta la mitad del año, en junio nos daban unas vacaciones de un mes, y después retomábamos las grabaciones hasta diciembre.

El radio, grande y potente, nos lo daba el Gobierno Nacional a las familias campesinas, y era conocido en la casa como El Sutatenza. Solo se podía sintonizar esa emisora. Funcionaba con cuatro pilas grandes. Mi papá tenía otro, más pequeño, de color café, que llamábamos El comercial. En ese se podían sintonizar emisoras como Caracol, Todelar, Melodía y Armonía Zipaquireña.

En 1981, cuando Ana Ligia tenía 17 años y yo 15, Roberto, un cura amigo de mi mamá, que usaba lentes grandes, nos consiguió dos cupos en un convento de Manizales para terminar la primaria. Allí estudiamos en la escuela Gran Colombia, una edificación de dos pisos que ocupaba media manzana. Recuerdo que el primer día, muy entusiasmada, Ana Ligia me presentó con las monjas: "Miren, esta es mi hermanita Martha", les decía.

Tenía anhelos de ser monja, pero desistí, porque en Manizales las monjas solo me ponían a hacer oficio. Cuando regresé del convento, nada más había cursado la primaria. En enero de 1984, viajé hasta Sutatenza, Boyacá, para realizar un curso de dirigente campesina, donde enseñaban a producir abono orgánico con excrementos de vacas y conejos, también siembra de hortalizas como remolacha y zanahoria, interpretación de tiple y guitarra. Solo estuve cuatro meses. Regresé a Aquitania para acompañar a Ligia, que ya estaba trabajando como promotora de salud. Hice primero y segundo de bachillerato en un solo año. En diciembre de 1985 viajé hasta Medellín, y trabajé en casas de familia de Laureles y El Poblado, cuidando ancianos y niños, mientras terminaba mi bachillerato e hice de paso una técnica en secretariado ejecutivo. A finales de 1992 regresé hasta Aquitania: quería ser maestra.

El 19 de abril de 1993 llegué como profesora a la vereda San Agustín. Un año después pasé a dictar clases en la escuela de la vereda La Cristalina, también en Aquitania. En 1995 le pedí al municipio que me trasladaran a la escuela Comejenes, para que me vincularan.

—Martha, si usted se va a una de esas escuelas donde ningún profesor se quiere ir, allá la vinculan rapidito —me dijo Miguel Ángel Quintero, un primo segundo que en ese tiempo era concejal de San Francisco.

Le obedecí. Acepté irme a una de las veredas más alejadas de San Francisco. Para llegar a la escuela, desde Aquitania, tenía que caminar cuatro horas seguidas por un camino de herradura. El centro educativo rural de Comejenes era muy sencillo: un salón y una habitación donde tenía mi cama, una pipeta y un fogón. Todo el techo estaba compuesto por latas de zinc, y las paredes y los pisos de tablas. Había, además, una cancha con seis palos del bosque, que era lo más grande de la escuela.

Para decorar la escuela, dibujé la bandera ondeante y el escudo de Colombia en una cartulina. Sobre un escritorio tenía la Virgen María Auxiliadora. Afuera, en el corredor, estaba izada una bandera del país desteñida. Enseñaba de primero a

quinto todas las materias. En las fotografías que guardo aparecen los rostros de dieciséis niños, pero solo me acuerdo del nombre de nueve de ellos: Norberto, Johana —se llamaba Lujana, pero no le gustaba que la llamaran así—, Gildardo, Adriana, Arnulfo, Aníbal —yo quería, si llegaba a tener un hijo, que fuera como él: travieso como todos los niños, pero adorable—, Yoredy —una de las niñas más inteligentes, brillantes y educadas de la escuela—, Jessica y Óscar.

Gildardo y Óscar repetían, con mucha frecuencia, que eran bobos. “Ay, es que yo soy un bobo”, se les escuchaba decir después de cometer un error. Yo trataba de sacarles aquello de la cabeza, diciéndoles que no eran bobos, que simplemente no sabían algo, pero que lo iban a aprender. Años después, me enteré de que los dos se metieron en la guerrilla y los mataron. Cuando encontraron sus cadáveres, en la orilla del río Chumurro, en Aquitania, estaban irreconocibles por los picotazos de los gallinazos.

Algunos niños iban a la escuela con botas, pantaloneta y camisa blanca; otros con chanclas de baño y pijama; unos más, como Óscar, sin zapatos y con una camiseta de rayas. A todos los niños, con el apoyo económico de sus padres y el mío, les comprábamos un uniforme de camisa, tenis blancos y una sudadera azul el día de los grados. A algunos les quedaba grande la camisa, casi hasta las rodillas, pero eso era lo de menos, porque los niños crecen muy rápido.

Después de trabajar un año completo, me mantenía aburrida y brava porque no me habían vinculado. Trabajaba por contrato con el municipio de San Francisco y me pagaban un salario mínimo, que en esa época eran unos cien mil pesos. Cada mes tenía que ir a las reuniones del núcleo educativo en el pueblo. En una de esas idas me encontré a Miguel, mi primo.

—Martha, perdóneme, yo no sé qué le hice, pero perdóneme —me dijo un miércoles.

Estaba brava con él porque un día lo busqué y no me atendió. Me di la vuelta y lo dejé hablando solo. Miguel, si mucho, había estudiado hasta segundo de primaria. A pesar de eso se codeaba con gente de renombre. Una vez me contó

que había estado hospedado en el hotel Intercontinental de Medellín durante una campaña política. Se entendía con todo el mundo y le hacía favores a la gente. Era muy carismático. Me regresé para la vereda el domingo, porque tenía que dictar clases. Ese lunes, como todos los días, empecé a las ocho de la mañana. Dicté clases hasta las doce. Mientras preparaba mi almuerzo, tenía el dial de las noticias en la emisora Caracol. “Atención”, le escuché decir al locutor: “Ha sido asesinado el concejal de San Francisco, Antioquia, Miguel Ángel Quintero”. Salí corriendo y me fui a dar vueltas alrededor de la escuela. No podía creer esa noticia. No era posible. En el camino me encontré a Carlos Toro, el oficial de construcción que estaba haciendo la nueva escuela, una que sí iba a tener adobes y no tablas.

—¡Mataron a don Miguel Quintero! —le dije con mucho desconsuelo.

—Fácilmente, porque esta mañana yo vi guerrilla en el pueblo.

Como la gente de Aquitania es tan guapa para trabajar, Miguel había viajado hasta el Magdalena Medio para ser labriego en una finca. Allá se enamoró de María, su esposa, sobrina de Ramón Isaza, el comandante paramilitar más viejo del país. Así lo llamaban: El viejo. Dicen que por estar con la sobrina de un paramilitar lo mataron. Los guerrilleros que Carlos vio ese día eran del ELN.

De rodillas en mi cama, leyendo los salmos de la biblia, lloré desconsoladamente hasta la madrugada. Sentía un dolor insoportable por la muerte de Miguel. “Ojalá acaben a todos los guerrilleros”, le pedía a Dios. No pude asistir al entierro, porque no teníamos el primer grado de consanguinidad, y el único motivo válido para abandonar las labores de la escuela era la enfermedad. En los días siguientes, soñé con él. Miguel estaba dentro de un ataúd, aún vivía.

—¿Se va a acostar aquí conmigo? Acompañeme —me dijo.

Cogí un trapo y empecé a secar la sangre que había dentro del ataúd.

—No, Miguelito, eso ahí está muy frío, yo mejor me quedo aquí —le respondí y empecé a sobarle la frente con mis manos.

Cuando me desperté, pensé en el título de un poema: “Los lirios de tu frente”. A mí me gustaba escribir poesía desde el bachillerato, cuando me empecé a identificar con los versos de los poetas que leía. Entonces escribí: “Los lirios que adornaron nuestra casa paterna / Los lirios campesinos que se hicieron canción / Esos lirios que guardo aquí en mi corazón / Lirios que son caricia para un alma afligida / Lirios que dan consuelo y serenar la mente / Lirios amontonados sobre una tumba fría / Pues nunca más besé los lirios de tu frente”.

Unos fines de semana viajaba los viernes, otros los sábados. Mercaba y saludaba algunos familiares y conocidos en Aquitania. En una de esas salidas visité la tumba de Miguel, y decidí devolverme el lunes. Toda la noche cayó sobre los tejados una lluvia que trataba de imitar el diluvio universal. Traté de alquilar un caballo para llevar varias cosas y celebrarles una fiesta a los niños, pero esa mañana me cansé de esperar el animal. Decidí caminar.

Cuando ya llevaba un buen recorrido, escuché un ruido extraño en la montaña y vi varios murciélagos volar despavoridos. Después un pedazo del barranco se desprendió. No sé cómo, pero solté la bolsa y me trepé al barranco del otro lado. Cuando todo pasó, el camino quedó inundado de tierra. Estaba tapado. Dentro de toda la tierra había quedado sepultada la bolsa donde les llevaba las galletas a los niños. Asustada, me puse a llorar. Después caminé hasta la casa de un campesino y conseguí una pala. Me la prestó. Regresé de nuevo al derrumbe, pero no fui capaz de llegar hasta la bolsa. Martha y Manuel, otra pareja de campesinos que pasaban por el camino, me ayudaron a cavar y a recuperar las cosas. Ese día, sin duda, me salvé de morir.

La vida, a pesar del dolor por la muerte de Miguel y las dificultades como profesora en Comejenes, siguió. Los niños siguieron yendo a la escuela y las noticias en las emisoras siguieron anunciando tragedias. El 14 de noviembre de 1995, a la hora del almuerzo, escuché: “Atención, en Nariño, Antioquia, fueron abatidos seis guerrilleros del EPL en enfrentamientos con el Ejército Nacional”. Yo feliz, cada vez que leía o escuchaba una noticia así, repetía que ojalá los acabaran a todos, sin saber que entre esos seis guerrilleros estaba mi hermano.

Ovidio era chévere, activo, alegre, tenaz y muy inteligente. En los últimos años, lo vi solo dos veces: el día que nació mi sobrina Andrea y otro día, caminando las calles de Marinilla, al frente del colegio San José. Apenas lo vi me alegré mucho. Solo alcancé a abrazarlo, porque iba de afán. Era nuestra despedida: un abrazo sencillo en una calle cualquiera.

A Ovidio lo mandaron a estudiar jovencito a un hogar juvenil en Marinilla. Después estudió una Técnica en Ebanistería, por eso cuando nació Andrea le hizo la cuna. Después decía, y no sé si era cierto, porque él no tenía dinero, que estaba estudiando una ingeniería en la Universidad Pontificia Bolivariana. En su juventud, algunos conocidos decían que estaba metido en la Juventud Comunista Colombiana (JUCO), una organización donde se criaban guerrilleros. Yo les respondía que no eran guerrilleros, que eran jóvenes revolucionarios.

Solo me vine a enterar de su muerte tres o cuatro meses después, cuando Ligia me contó muy triste: “Mijita, cómo le parece que mataron a Ovidio”. La única herencia que me dejó Ovidio fue un libro: *Obras escogidas* de Mao Tse - Tung. La edición, de 479 páginas, no tiene pasta, pero sí rastros de humedad. Su letra es muy diminuta, por eso no me llamó mucho la atención cuando me lo regaló. En la página 71, por donde seguramente pasaron sus ojos cuando era un adolescente, dice lo siguiente: “Todos nuestros conciudadanos patriotas han venido sosteniendo la guerra de resistencia. En el frente, oficiales y soldados derraman su sangre y entregan sus vidas. (...) Por su parte, este gobierno y este cuartel general de la retaguardia seguirán estimulando a las masas populares de toda la región a continuar sus esfuerzos para llevar la lucha hasta el fin. No permitirán que nadie deje de cumplir con su deber ni que nada perjudique la causa de la salvación nacional”.

Lo enterraron dentro de bolsas negras, acompañado por otros dos compañeros en Sonsón, Antioquia. Nadie le hizo exequias fúnebres. Después, cuando Ana Ligia se dio cuenta, viajó clandestinamente hasta Sonsón y convenció al sepulturero para que desenterrara los restos de nuestro hermano. Lo llevó en transporte público hasta Aquitania, donde le hicieron un acto simbólico. Mi papá

lloraba desconsoladamente. Por Ovidio también lloré mucho. Cuando me enteré de que lo habían matado con los demás guerrilleros, me dije a mí misma: “No, yo no vuelvo a pedir justicia. Que mi Dios haga lo que quiera. Él sabrá”.

Soñaba con todos los muertos. A mi hermano lo vi dentro de una jaula, como si fuera un mico. Concluí que estaba penando en el purgatorio, y me dediqué a rezar por él. Dejé de ir a Aquitania, por la tristeza, y me propuse ayunar varios domingos: no comía nada hasta el mediodía, y en la tarde me tomaba una colada.

Los cólicos y vómitos de cada mes, normales por el periodo, empezaron a complicarse; eran cada vez más fuertes y desagradables. El día que visité al doctor, la plata no me alcanzó para comprar la fórmula. Tenía mucha rabia. ¿Cómo sería mi vida si no estuviera trabajando?, me preguntaba. Escribí con rabia frases en mi diario: “Este país, ¡este pobre país! ¿Hasta cuándo estaremos así, hasta cuándo?”. Ya no escribía poesías como antes. Pasaba ocho horas diarias en la escuela con los niños. Los días se anochecían sin tener tiempo para leer siquiera. De vez en cuando, prendía dos o tres velas y anotaba en mi cuaderno las frases que más llamaban mi atención de *Las mil y una* noches: “El amor es un dulce de sabroso jugo pero de pasta amarga”. “Si no tuviera la esperanza de que los objetos separados han de reunirse alguna vez, nada habría aguantado ya desde que te fuiste”. “Aprende a no dejarte deslumbrar por ilusiones que te precipitarán en el abismo”. También le escribía cartas al alcalde, cada vez que iba a cobrar al pueblo, porque él nunca se acordaba de que yo necesitaba el dinero y me dejaba esperando por mi sueldo hasta dos y tres meses.

El 21 de enero de 1996 tuve un sueño muy hermoso. La luna salía en el firmamento y se ocultaba detrás de las nubes, salía y se ocultaba. Avanzaba con ella la noche. Así pasaron nueve lunas. Después de la novena no volvió a salir más, y apareció la Virgen María vestida con ropas azules, blancas y rosadas. No había visto yo, entre todas las pinturas, una obra tan perfecta. Sus vestidos no eran tan largos como los de los cuadros. Tenía un niño muy bonito en las manos y me lo entregó. Me dijo que debía lavar mi ropa, porque, aunque ya estaba limpia, esas toallas no olían bien, y solo ella podía dejarlas totalmente impecables.

—Virgen, ¿cómo voy a recibir a ese principito con estas manos tan frías? —le dije.

—Tranquila, recíbame al niño que yo le lavo la ropa.

En mis manos tenía una blusa mojada. La solté al suelo. Recibí al bebé y lo estreché contra mi pecho. Era blanco y dulce con su ternura. Sentí una dicha tan grande, tan infinita, que me desperté con las manos sobre el pecho convencida de que eso era mil veces mejor que muchas levantadas tarde.

El lunes primero de julio de 1996, después de trabajar tres años por contrato, me notificaron mi vinculación como docente nacional. Decidí matricularme en la Universidad Pontificia Javeriana, en un pregrado a distancia para ser Licenciada en Educación Básica Primaria. Cada tres meses debía viajar hasta Medellín a contestar un examen de cien preguntas.

Gloria, una estudiante muy querida, me preguntó:

—Profesora, ¿qué va a hacer en las vacaciones?

No pensé mucho la respuesta.

—¡Un niño! —le dije emocionada.

A las seis de la tarde, después de regresar a la casa, Byron y Cristian anunciaron que se iban a caminar. Byron tiene 24 años y 21 veintiuno. No se parecen mucho, aunque ambos tienen la piel trigueña. Cristian, mi hijo, mide 1.77 y pesa 75 kilogramos, y su cabello, cuando se lo deja crecer, le queda como el del Maradona que jugó el Mundial de Fútbol de 1982. Ahora estudia Ingeniería de Sistemas en la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, y practica rugby en el equipo Las Cabras, de la misma universidad.

Los dos anduvieron esa noche por una vía destapada, transitada por poca gente. Byron recordaba muy poco del desplazamiento de Aquitania, si mucho tenía

guardada una imagen de la gente saliendo en volquetas y chivas, y las gallinas y los marranos colgando en las escaleras. Era muy niño, solo tenía seis años, y no entendía la situación. “No vamos a poder volver a jugar acá”, les decía a sus amiguitos. “Quién sabe para dónde nos vamos a ir”, se despedía.

La gente lloraba. A veces pensaba que se iban de paseo. Muchos habitantes de Aquitania, principalmente del campo, llegaron a quedarse en los colegios de San Luis. La familia de Byron se alojó en la casa de una conocida. “En el 2000 los niños de San Luis nos llamaban desplazados. Incluso una vez nos pusimos a pelear por eso. Uno se sentía rechazado”, contaba. Cristian, en silencio, solamente se dedicaba a caminar.

Desde lo alto de la montaña, divisaron a Marinilla. Los carros, diminutos a los lejos, más parecidos a los cocuyos con sus luces, cruzaban por las calles como si fueran hormigas. Abajo, en un conjunto de torres blancas de cinco pisos, se escuchaban los gemidos fingidos, con todo el volumen, de una película pornográfica; más allá, en otro apartamento, se escuchaba un equipo desde el que hablaba un locutor diciendo las horas que faltaban para que los regalos de Navidad fueran conocidos por los niños. La pólvora estallaba en los cielos, y recién empezaba toda una noche de tortura para los perros de Marinilla.

Luis Guillermo era primo segundo mío. Rosario Gómez, su abuela, y Doloritas Gómez, mi abuela, eran hermanas. Empezamos a hablar cuando estuve estudiando el bachillerato en Aquitania, en 1985. Me enamoré de él. Un hombre adorable, gran persona, buen amigo, pero ambicioso como nadie. Estudió en la Normal de Marinilla. No sé cómo, pero después entró a estudiar Español y Literatura en la Universidad de Medellín. En esos años se enroló con los hermanos Ochoa, los narcotraficantes. Si no estoy mal, ellos le ayudaban a pagar los semestres de la universidad. Yo le pedía que no se metiera en problemas.

—Luis Guillermo: usted no necesita eso, es muy inteligente, puede trabajar en otra cosa.

—Salir de esto no es fácil. Después de que uno se mete a esto tiene que seguir —decía.

En los primeros meses de 1996 lo capturaron con once libras de bazuco. Luis Guillermo se defendía diciendo que no eran de él. Estuvo detenido veintiún días en la cárcel de Puerto Triunfo. Yo estaba muy enamorada: sabía que él no me convenía, pero seguía a su lado. En las vacaciones de junio de 1996 engendré a Cristian, mi único hijo. Hacía mucho tiempo anhelaba un bebé, pero no había quedado en embarazo porque primero debía tener un empleo estable. Con el embarazo me empecé a demorar cinco, seis, siete y, ya en los últimos meses, hasta un día completo de camino entre Aquitania y la escuela. Todos los meses, desde el día que me enteré del embarazo, le escribí cartas a mi hijo.

28 de julio de 1996: debes sentir que te amo y eso me dará las fuerzas para luchar por ti.

23 de septiembre de 1996: nada, absolutamente nada, justifica que tú sufras o te indispongas. Yo te quiero sano, lindo, alegre y feliz. Mi amor, hoy descubrí que algo andaba muy mal. Ya sé que la caminata desde Comejenes, la caída y el trabajo limpiando mi pieza no eran para menos.

2 de octubre de 1996: ¿sabes, mi amor? Quiero decirte que el primer deber de todo ser humano es su felicidad, sin obstaculizar la felicidad de otros. Y para ser felices es necesario amar y ser amados. En la vida pocas cosas son realmente esenciales, el amor es una de ellas.

4 de noviembre de 1996: mamá quiere que la disculpes, porque ha tardado mucho en volver a escribirte. He tenido tantas cosas pendientes que me ha sido imposible. Mi rey, hace cinco días, pude observar tus manos, tus piernas, tu cabeza y tu hermosa carita en una ecografía. Destacaba una respingada nariz, como era la de mi madre.

1 de diciembre de 1996: hola, mi amor. No sé si te habrás dado cuenta que estoy más tranquila y contenta, porque ya salí a vacaciones y por fin tengo todo el

tiempo para nosotros. Es delicioso sentirme dueña de mi tiempo y hacer solo lo que quiero. Ayer empecé a tejer, te haré un lindo cojín. Como hace mucho no cogía una aguja crochet, me está quedando un poco raro, pero te lo hago con mucho amor.

28 de enero de 1997: esta fecha es especial para mí: hoy cumpla 31 años. Como si eso fuera poco, hoy se cumplen siete meses de haberte engendrado con papito.

10 de marzo de 1997: ya se aproxima el día en el que te daré a luz. El día en que podré contemplarte, acariciarte, besarte y amarte más. Ya te quiero más que a mi propia vida. Cuando te tenga solo voy a vivir para ti.

14 de marzo de 1997: hora: 4 p.m. Nace: Cristian Daniel de Jesús. Lugar: hospital San Rafael, municipio de San Luis, Antioquia. Me recibió el médico Pedro Gutiérrez. Colaboraron la enfermera Blanca Calderón y el doctor Pablo César Pino. Pesé seis libras. Medí cincuenta centímetros. La primera persona que me cargó fue la tía Ana Ligia. El primer vestido que usé fue de color amarillo.

El parto de mi hijo estaba previsto para después del 20 de marzo, pero yo pedí la incapacidad desde el 8 para quedarme en Aquitania esperando los dolores agudos. El miércoles 12 empezaron. Mandé a llamar a Ana Ligia.

—No, hija, apenas está en los gozosos —dijo y se fue.

El jueves los dolores eran más fuertes. Ni siquiera me levanté de la cama. No quise llamar a Ligia, porque así me ahorra sus burlas. Ya de noche, muy de noche, los dolores me estaban haciendo llorar. Julita Salazar, la viejita de la casa donde me estaba quedando, llamó a Ligia el viernes 14. Cuando vino me encontró verde. Me puso suero y salimos a esperar al chivero que subía hacia San Luis.

La primera enfermera que me examinó le dijo a otro médico que el bebé se iba a morir si no lo sacaban rápido de mi vientre. Corrieron como atletas. Todavía me acuerdo de la felicidad con la que le dije a Ligia: ¡Nació Cristian Daniel de Jesús! Ese día sentí que yo también volví a nacer. No me importó tener que suspender mis estudios universitarios. El 15 de marzo me regresé para Aquitania.

Después de que nació Cristian, me trasladaron a la escuela rural El Jardín, también en Aquitania. Hacía un calor del mismísimo infierno. El bebé se la pasaba llorando. Para calmarlo, le mostraba las arañas que caminaban por el techo. Él las miraba con atención y se quedaba callado. Siempre lo acostaba en el suelo del salón, sobre una estera, y le daba una de las revistas gratuitas de Comfenalco. La cogía con sus pequeñas manos y, como todo un lector, balbuceaba: “Golgolo, golgolo, golgolo”. Siguió creciendo y cuando ya hablaba decía: “Mami, esa arañita vino a consolarme”. Observaba las garzas blancas caminar por el potrero de la escuela y afirmaba: “Mamá, ese pájaro está cuidando la ternera”. Cuando aprendió a caminar, empacaba las cosas del mercado en bolsas y salía por todo el potrero anunciando la comida como un vendedor: “¡Vendo tomates, tomates a cien! ¡Vendo pescados, pescados a trescientos!”. Como estaba cansada de caminar desde la escuela hasta Aquitania, decidí comprar un caballo.

—Consígame un caballo mansito para montar con el niño —le dije a Argiro Ramírez, el esposo de Ligia.

Me presentó a Caribe, un caballo blanco.

—Este caballo es un perrito, puede montar con el niño tranquila —me dijo.

Lo compré por medio millón de pesos. Era cierta la calma de Caribe: cuando iba conmigo sola, andaba rápido, pero cuando iba con el niño contábamos los pasitos. Aprendí a montar caballo desde muy niña, cuando viajaba con mi mamá hasta Aquitania. Cerca de la escuela le pagaba a un campesino cinco mil pesos mensuales por el cuadro de pasto que se comía Caribe. También le conseguía salvado y melaza. Cuando yo llegaba con Caribe, Cristian salía de la casa a darle picos. “Sírname el chocolate en una taza grande que quiero tomar como un caballito”, decía.

En el 2000 fui trasladada a Aquitania. Inés, hermana de Luis Guillermo, el papá de Cristian, me cuidaba el niño. Las clases empezaban a las 7:30 a.m. y terminaban a las 2:00 p.m. Iba hasta la casa para hacer el oficio y regresaba por mi

hijo a las 4:00 p.m. Fue la rutina de vida que tuvimos hasta abril de ese año, cuando las cosas cambiaron tanto.

Por Aquitania, desde que yo tengo memoria, siempre transitaron diferentes grupos. Siempre iban de paso. Hacían presencia y se volvían a perder. El último sábado de ese abril las Autodefensas del Magdalena Medio llegaron en la noche hasta la heladería del corregimiento. Sacaron a todos los presentes. Los enfilaron. Les pidieron sus documentos de identificación. Hicieron a un lado a dos jóvenes, uno de ellos primo de Cristian. Yo, que era muy casera, estaba durmiendo en la casa de Julita. Ella siempre madrugaba a la misa de las siete. Cuando regresó a la casa, me anunció la tragedia.

—¡Ay, Martica, eso está lleno de muertos!

Entre esos muertos estaba Lisandro, un primo de Cristian, que tenía nexos con la guerrilla, o por lo menos eso decía la gente: que era miliciano. Y Roberto, un joven dedicado a la música, a quien mataron por equivocación. Él estaba en Aquitania visitando a una de sus tías. En el corregimiento había otro muchacho, como loco, que también se llamaba Roberto y le cargaba cebollas a la guerrilla. Los paramilitares pensaron que Roberto el músico era el Roberto de las cebollas.

Esa misma noche de sábado lo habían interrogado.

—¿Cargándole cebollas a la guerrilla?

Le dispararon varias veces en la cabeza. Rubiela Guzmán, hermana del dueño de la heladería, se echó el cuerpo del joven moribundo sobre su espalda y lo llevó hasta el puesto de salud. En el centro de salud le dijeron que no había nada para hacer por él. En esas regresaron los paramilitares que le habían disparado. Parecía que lo iban a terminar de matar, pero no.

—Discúlpenos, hermano, nos equivocamos —le dijeron.

El cadáver de Lisandro, en cambio, amaneció tirado en la mitad de la única calle del corregimiento.

—¡Cómo le parece que a uno lo atravesaron allí en la carretera! No hay transporte, porque el muerto está ahí esperando que le hagan el levantamiento — me contaba Julita.

En la visita indeseada de los paramilitares, le dejaron un volante al profesor Jesús Antonio Posada, apodado como “Chucho Yerbales”. “Baje a Río Claro a arreglar un asunto con nosotros”, decía la letra. Esa semana hablé con él.

—Martica, ¡yo estoy tan aburrido! Tanto que estudié, ¿para qué? Esa gente me mandó esta boleta para que baje a arreglar un problema con ellos.

—¿Y usted va a bajar? —le pregunté.

—Pues si me quedo aquí vienen por mí. Yo voy a ir a dar la cara a ver qué es lo que quieren.

Se fue a las ocho de la mañana. Una semana antes, en una charla de profesores, nos habíamos preguntado cómo queríamos que fuera nuestra muerte. Chucho respondió que ojalá pudiera morir de un tiro. Yo no recuerdo cuál fue mi respuesta. Al mediodía el rumor subía hasta las casas del corregimiento: mataron a Chucho. Le dispararon una bala de gracia en la cabeza y lo dejaron abandonado al lado de una cuneta en la autopista. Un par de horas más tarde le hicieron el levantamiento. Ese día todos los maestros viajamos a San Luis a buscar a un inspector para que hicieran el peritaje de su muerte. En la noche lo vimos en el ataúd. En la mañana lo enterramos en San Vicente Ferrer, su pueblo natal.

Los profesores regresamos a Aquitania con los ánimos en el suelo. Una semana después, nos llegó una misiva, fotocopiada en varias hojas, firmada por las Autodefensas del Magdalena Medio, donde nos decían que nos debíamos ir: “No respondemos por ustedes si en treinta días no han desocupado la cabecera del corregimiento”. John Jairo Posada, el rector, fue el primero que se fue. Nos advirtió que nos teníamos que ir también. Después de él, imitando un camino de hormigas obreras, nos marchamos todos. No quedó nadie en Aquitania para enseñar matemáticas o español. Ni siquiera tuvimos tiempo para despedirnos de los niños.

Ese sábado 27 de mayo salimos a las seis de la mañana. A Cristian, el amor de mi vida, lo dejé en Aquitania al cuidado de su tía Inés. Llevaba conmigo un bolso de mano. Éramos once profesores en un chivero. En el camino encontramos un camión repleto de madera que estaba varado, y tuvimos que seguir caminando. Llegamos a la autopista a las cinco de la tarde.

La primera noche dormí en San Luis, y al día siguiente, muy temprano, madrugué a Medellín. Todos los maestros nos presentamos ante la Fiscalía y responsabilizamos de nuestro desplazamiento, y de la muerte del profesor Jesús Antonio, a las AUC. El sindicato de profesores Adida nos apoyó y el comité de maestros amenazados nos acogió. Esa semana tuve una pesadilla horrible: me vi pasando un arroyo mientras mi hijo se quedaba del otro lado. Cuando intentaba volver por el niño, el arroyo se transformaba en un río caudaloso parecido al Magdalena o el Cauca. No había forma de ir hasta el otro lado por Cristian. Ocho días después de haber salido desplazada, regresé por él.

Carmelina Cárdenas, una de las tías políticas de Cristian, que perdió una pierna por una picadura de serpiente, me cuidaba a mi hijo en Medellín. Vivíamos en el Popular 1, uno de esos barrios periféricos donde la gente pone los equipos de sonido con todo el volumen, donde se apila la basura en las esquinas mientras el carro recolector llega por ellas, donde hay más adobes y tablas que cemento, donde llegaron los desplazados, como nosotros, de las regiones del país en las que hay guerra, donde muchas mujeres jóvenes quedan en embarazo cuando tienen quince años, y donde las oportunidades se cuentan con cinco dedos o uno solo, el que aprieta el gatillo de un arma.

Esos días de mayo y algunos pocos de junio trabajé en La Alpujarra. Revisaba cartas, normalmente redactadas por niños, que llegaban de todos los rincones del departamento. La mayoría pedían regalos de Navidad y otros cuantos reclamaban la paz del país. Tenía que llenar una ficha en la que indicaba asunto, remitente y destinatario. Era un trabajo aburrido y complejo, porque algunos niños escribían con la caligrafía ilegible de los médicos.

Una tarde, después de revisar cartas por ocho horas, regresé a la casa de Carmelina y Cristian no corrió ni se lanzó ni se escuchó su voz de felicidad como todas las tardes. Nada. Ni debajo de las camas, ni detrás de los muebles, ni en las escaleras, ni en el baño, ni en la cocina. No estaba por ninguna parte.

—¿Dónde está mi niño? —pregunté con tono de angustia.

Esperanza, la esposa de uno de mis sobrinos, respondió:

—En la intermedia de Santa Cruz.

¿Pero mi niño, tan sano como había sido, qué hacía en un centro médico? Pasé los ojos, nuevamente, por todos los rincones de la casa. Cristian no estaba ni tampoco lo habían escondido para hacerme asustar.

—¿Dónde está mi niño? —pregunté una vez más.

—En la intermedia de Santa Cruz —repitió Esperanza como disco rayado.

—¿Y por qué?

—Se cayó de allá.

Esperanza me señaló con su mano derecha las escaleras que conducían a la terraza del tercer piso, desde donde se podían apreciar las luces titilantes que alumbraban las calles oscuras de Medellín en las madrugadas. Ese día, como un pelícano, mi niño cayó en picada desde la terraza y estrelló la parte posterior de su cabeza contra el suelo. Estaba viendo unos perros, y una niña lo empujó al vacío. ¡Pum! Y que después de eso, de semejante totazo, de la boca de Cristian se escaparon unos gritos desgarrados de dolor.

Salí a la calle. Cogí un taxi, el primero que pasó, y cuando llegué me encontré a Carmelina en la sala de espera con mi niño cargado sobre sus piernas. Cristian tenía un chichón en la cabeza del tamaño de un huevo de gallina. Todavía no lo atendían, porque Carmelina no había llevado los documentos. Me ofusqué. Lo remitieron al hospital Pablo Tobón Uribe. Le hicieron radiografías. A la una de la

madrugada concluyeron que no había sufrido, milagrosamente, daño cerebral. En la madrugada, como si no se hubiera caído desde un tercer piso, el niño pidió gaseosa. Carlos Palacio, un maestro amigo que vivía en Robledo, donde amanecimos esa noche, salió a la calle y no sé cómo, pero regresó con una gaseosa de manzana. En una semana se recuperó del dolor. En la parte posterior de su cabeza, para toda la vida, le quedó un hundido.

La Secretaría de Educación departamental nos reubicó a todos los maestros. Cuando dijeron que me iba para Granada con Argiro García, otro maestro de Aquitania, acepté sin pensarlo dos veces. Mis conocidos se lamentaban. “Usted salió de las llamas para caer al brasero”, decían. “Prefiero una escuela en el Oriente antes que en el Urabá”, les respondía. El Oriente era mi territorio, mi casa; ya había vivido en Turbo como estudiante y me parecía un exilio por la distancia.

El 20 de junio de 2000 viajé hasta Granada y alquilé una casa cerca a la iglesia de Santa Bárbara, por los lados del comando de la Policía y el hospital. A pesar de las amenazas, alquilé un camión pequeño y saqué mis corotos de Aquitania. Cada semana, desde el balcón de la casa, veíamos salir trasteos de Granada. Mi hijo y yo habíamos llegado a un municipio donde la gente se estaba yendo.

A las 6:15 p.m. mi sobrina Andrea, en su habitación, se afanaba, pues esa noche tenía turno en la clínica Somer de Rionegro. Entretanto, mi hermana Ana Ligia revolvía una natilla en la cocina y nos contaba una historia de Aquitania que le provocaba carcajadas.

Un día de 2001, Luis, nuestro primo hermano, dedicado a labores del campo, salió de Aquitania con su familia. Tenía que pasar, de camino a la autopista, por el kilómetro ocho, conocido como El kilómetro del terror, pues allí siempre había un retén de los paramilitares. Ese día bajaron a todos los que iban en el bus. Les pidieron los documentos de identificación. Luis sabía que lo iban a matar, pues ya se lo habían dicho por ahí. Cuando le reclamaron su cédula, contestó que se le había perdido y que, precisamente, iba a sacarla de nuevo en San Francisco.

—¿Usted es Luis Fierro Mogoso? —preguntaron los paramilitares.

—No, yo soy Luis López. Fierro Mogoso es Luis Gómez —no le temblaba la voz siquiera para mentirle al hombre armado.

De nuevo le hicieron la misma pregunta, pero esa vez Luis añadió que el tal Fierro Mogoso se había quedado en Aquitania.

Entre todos los pasajeros, los paramilitares llamaron a Carlos Colorado.

—Oiga, ¿este es Fierro Mogoso? —le preguntaron.

—Yo no sé, yo hace mucho tiempo no venía a Aquitania... Ese es Luis Macana. Yo lo he conocido toda la vida como Luis Macana.

Carlos le compró un tiquete de vida a Luis. Los paramilitares les dijeron que podían continuar con el viaje. Esa noche nos reíamos de la suerte.

Byron y Cristian regresaron a la casa. Alcanzamos a comer natilla con buñuelos. Nos despedimos y dejamos a mi sobrina Andrea en la puerta de la clínica. De camino a La Ceja, le pedí a Cristian que manejara con precaución, porque ya había escuchado de varios accidentes en la vía, incluso recordaba el de uno de mis sobrinos en una moto. El periodista que nos acompañó toda la tarde se bajó a tres cuadras de su casa. Mi hijo dejó el carro en el parqueadero. Nos acostamos temprano.

Nadie estaba a salvo en el 2000. Bajaban a los pasajeros de los buses entre El Santuario y Granada y los iban matando. La gente se subía a los carros rezando el rosario. Yo también rezaba mis propias oraciones, pero en voz baja.

La escuela donde dictaba clases se llamaba El Libertador, en Santa Ana, corregimiento de Granada donde las Farc y el ELN liberaban secuestrados y planeaban estrategias de guerra. Incluso lo llamaban El pequeño Caguán o El Caguán antioqueño, en referencia a la zona de distensión propuesta por el entonces

presidente Andrés Pastrana en el Caquetá. El bus escalera salía todos los días desde el pueblo a las 6 a.m. y nos dejaba en una vereda llamada Galilea. Desde allí, mi niño de tres años y yo caminábamos. “Mamá, ¿por qué tuvimos que vender a Caribito?”, me preguntaba con su inocencia. Yo le decía que no había forma de traerlo desde Aquitania.

En El Libertador la gente era muy amable, por ello decidí quedarme a dormir en la escuela toda la semana y solo ir al pueblo cuando fuera necesario. Javier, un concejal muy formal de Granada, me consiguió un colchón. A Cristian lo querían mucho mis estudiantes, todos jugaban y se divertían con sus ocurrencias. El niño envolvía una toalla blanca en su cuerpo, se colgaba una bufanda verde en el cuello y ponía una biblia sobre una mesa. Predicaba unos relatos que siempre arrancaban con las mismas palabras: “Padre misericordioso...”. Era un sacerdote pequeño celebrando la misa. Los muchachitos, al verlo, se reían a carcajadas. En la vereda había guerrilla, pero nunca se mostraban armados. Un día en la mañana, vestido como campesino, se me acercó un hombre.

—¿Usted no ha visto por aquí unos compañeros? —me preguntó.

—No sé de qué me habla —le dije.

—Guerrilla...

—Yo me mantengo encerrada dando clase, no me doy cuenta quién pasa por la escuela.

No me hizo más preguntas y se fue.

El 3 de noviembre de 2000 ocurrió una gran tragedia en todo el pueblo: el comandante del Bloque Metro, Mauricio García Fernández, alias Rodrigo Dobleceño, ordenó el asesinato de diecinueve supuestos colaboradores de la guerrilla. Para confundir a la población civil, utilizaron brazaletes del ELN.

Ese día, los maestros de los núcleos de Santa Ana y Granada estábamos reunidos en un foro educativo en el pueblo. Ya había hecho varios apuntes en mi

libreta: “Objetivo: la educación debe formar integralmente. Visión: construcción de una sociedad sustentada en la educación y el conocimiento. Políticas: propiciar la integración de toda la comunidad en torno al quehacer educativo”. A las 11:00 a.m. empezaron los disparos. Dejamos de lado las discusiones del foro y nos refugiamos en el auditorio; unos minutos después nos metimos al laboratorio, la parte más baja del Liceo Granada. Una hora entera esperamos.

Cuando ya no escuchamos nada, salimos, y sentimos un gran desconsuelo. El pueblo estaba lleno de muertos. Llegué a la puerta de la casa donde pagaba arriendo y lo primero que vi fue a los dos viejitos que vivían en el primer piso de la casa del Zarquito, un vecino muy querido de ojos azules, tirados en el suelo. Estaban muertos. Pablito Chatarra y su esposa estaban muertos. A él le decían así, porque arreglaba muebles viejos que rescataba de la basura. Aquella tarde no quise salir más de mi casa, me dediqué a llamar a mis familiares y a informarles que estaba viva. Cristian, gracias a Dios, estaba en Medellín con Carmelina.

Al día siguiente, el periódico *El Colombiano* tituló el suceso como “Una hora de terror por las calles de Granada”. En el artículo, escrito por el periodista Javier Arboleda García, se lee los nombres de las dos víctimas que vi antes de ingresar a mi casa: “(...) ‘Cuando se fueron los hombres armados, el niño vio que la cabeza de su padre colgaba de una de las puertas y lo único que hizo fue taparla con el poncho’, indicaba su hermano mayor. Luego, en la calle Jorge Ramón de Posada, detrás del hospital, en el quicio de la casa de los cerrajeros, murieron baleados Pablo Emilio Yepes Yepes, de sesenta años, y María Leonor Noreña Aristizábal, también de sesenta, ‘dos personas que se ganaban la vida con ese negocio, aunque eran tan buenas gentes que a muchos les ayudaban’, indicaba uno de sus vecinos que, en la noche, al ver que los cuerpos seguían tirados en la acera, se acercó, los tapó con una sábana y les prendió una veladora”.

Cuando me acerqué al salón parroquial, más de medio pueblo lloraba por todos los muertos. Diecinueve ataúdes enfilados. Yo solo conocí a María Leonor y a Pablo Emilio. A lo mejor con Jesús María, Juan Manuel, Jairo, Francisco Javier, Germán, María Edelmira, Andrés Arturo, Salomé, Conrado, Óscar Aníbal, John

Ferney, Mario de Jesús, Jesús Heliodoro, Luis Fernando, Jenaro, Socorro o con Nicanor me llegué a cruzar en las calles de Granada, en una eucaristía, en una tienda, en el hospital, en la escuela, en un evento comunitario por la paz.

A lo mejor hasta les sonreí.

Enfrente de nuestra casa, Zarquito decía que ese suceso de los muertos inocentes era una bola de nieve, y que faltaba lo peor. Y sí que faltaba lo peor, porque días antes de llegar diciembre lo encontraron muerto en un potrero.

Nunca se me pasó por la mente la idea de irme de Granada, a pesar de tanto muerto, porque escuchaba en las noticias que la situación del país era igual. En la gente de Granada yo veía a la gente de Aquitania: hablaban y tenían las mismas costumbres religiosas. Para mí la gente del campo es más linda y más acogedora que la gente que vive en la ciudad. La muerte del Zarquito nos dolió mucho. Asistimos a su funeral. En el primer piso de nuestra casa vivía Yanceli, la novia de Iván Darío Castaño, un muchacho que un par de años después sería elegido como el alcalde de Granada por el partido Conservador.

—¿Por qué lo mataron? —le pregunté.

—Por hablar. Como están las cosas, Martha, ahora solo se puede hablar del clima —me dijo Yanceli.

A partir de ese entierro, Cristian cambió sus trazos: en Aquitania dibujaba caballos, pájaros, árboles y plantas; en Granada comenzó a dibujar los ataúdes de los muertos. A mí me dolía mucho ver sus dibujos. Se me acercaba con hojas y me decía: “Mamá, este es el del Zarquito”. Algunos años después mi hermana hizo talleres de abrazadas en Rionegro con niños que habían vivido el conflicto. Cristian y yo asistíamos. Nos impresionó mucho cuando dibujó un cementerio. Julián, un primo de Cristian, dibujó un tronco grande con un par de retoños y en el suelo le pintó hojas sueltas. Comentó que los retoños eran las personas que habían regresado a Aquitania y que las hojas sueltas eran los desplazados que no se atrevieron a volver. Julia, otra prima de Cristian, pintó mucha sangre en una acera

con un cielo negro. Dijo que así estaba el día cuando mataron a un concejal. Esos eran los paisajes que guardaban en su memoria.

La gente, en las calles de Granada, seguía comentando que faltaba lo peor. Según se comentaba la guerrilla sabía que la masacre había ocurrido al mediodía. Mataron gente inocente a una cuadra del comando y la Policía no hizo nada.

—¿Y por qué no hicieron nada? —preguntaban.

—¡Porque ellos son cómplices! —respondían.

Dejé de comprar carne como uno o dos meses. Es que pasaba frente a las carnicerías y me acordaba de los muertos que había visto. En vez de carne comíamos huevos y bebíamos leche hasta que un día, entre tanto huevo, nos salió un gusano. Era algo del diablo. Dejé de comprar huevos. Ese mes a algunos vecinos del comando de Policía les habían llegado panfletos para que desalojaran el sitio porque las Farc se iban a tomar el pueblo.

El martes 5 de diciembre salí de Granada hacia Medellín con mi niño. Iba a matricular mi semestre en la Pontificia Universidad Javeriana. Después de las insistentes llamadas a la Secretaría de Educación departamental, por fin me habían pagado mi sueldo atrasado. Lo primero que hice fue empacar el dinero en diferentes sobres: una parte para el arriendo, otra para los servicios, otra para el mercado y el transporte. Todos los metí, entre la ropa, en el armario.

Por último, empaqué en un bolso de mano una muda de ropa. A Cristian le eché otra. Nos subimos al bus rojo y blanco de la flota. Sentía, desde la ventanilla, el aire enrarecido. Llegamos a la Terminal del Norte, y nos dirigimos hacia la casa de Carmelina. De nuevo la ciudad color ladrillo aparecía frente a nuestros ojos. Una vez más caminábamos por las lomas empinadas de la montaña. El miércoles 6 de diciembre madrugué. Fui hasta la universidad y pagué la matrícula. Cuando llegué a la terminal, sentía que Medellín me sofocaba con su calor y me generaba mal genio por tanta gente y tanto carro y tanta moto.

—Deme un tiquete para Granada, por favor —le dije a la persona que atendía detrás de un vidrio.

—No podemos mandar transporte para Granada, porque eso está prendido allá.

Regresé de nuevo a la casa de Carmelina. Estaba aburrída. Prendí la radio: “Atención”, anunciaban los locutores: “Un carro bomba, a media cuadra del comando de policía, explotó en el municipio de Granada, Oriente antioqueño. A esta hora los combates continúan”. Bajé al primer piso. Le pedí a la vecina que me dejara ver las noticias, porque donde Carmelina no había televisión. Me dejó pasar. Granada no parecía Granada. Estaba sin aliento. Me temblaban las manos. Sudaba frío. Si los periodistas no hubieran hablado en español, hubiera creído que esa noticia estaba siendo originada desde Oriente Medio, no desde el Oriente antioqueño. Era como si un meteorito hubiera caído desde el espacio aplastando casas y carros, o como si por tener un nombre relacionado con un artefacto explosivo su destino fuera estallar en mil pedazos.

La guerrilla había ubicado un carro bomba con cuatrocientos kilos de dinamita muy cerca de la estación de Policía. Durante las dieciocho horas que duró el enfrentamiento entre la guerrilla y el Ejército, se dispararon ráfagas de fusil y se lanzaron varias pipetas que destruyeron el centro del municipio. Semejante atrocidad dejó cuatro cuadras de Granada en ruinas y otras lo suficientemente averiadas para ser reconstruidas. Los muertos fueron veintitrés: cinco policías y dieciocho civiles.

Una de las casas desde donde los guerrilleros lanzaban pipetas era la mía. “Mi amor —le dije a Cristian—, nos quedamos empelota pero estamos vivos”. En Granada no dejaron de sonar los estallidos durante la noche. Yo no pude dormir pidiéndole a Dios que cuidara nuestras cosas. El jueves, a las 6:00 p.m., anunciaron que el Ejército había retomado el control del orden público. “Vamos a ir a Granada —le dije a Cristian antes de dormir—. No sé qué habrá en la casa de nosotros. Vamos a ir para ver qué encontramos”. El viernes, a las 6:00 a.m., viajé en un bus

de la empresa Transoriente con mi hijo. Yo quería ver con mis propios ojos las imágenes que habían presentado en la televisión. En el camino, pensaba que era mejor que Cristian viera lo que estaba pasando para que entendiera de alguna manera lo que pasó. El bus ingresó al pueblo hasta donde pudo. La calle de La Variante había desaparecido por completo bajo los escombros de las casas. Dimos la vuelta por el hospital. Una cinta amarilla de peligro cerraba la cuadra donde vivía. Le pedí a uno de los soldados el favor de dejarme pasar.

—¡Yo vivo allá! Necesito saber si quedó algo —le dije con angustia y dolor.

Me dejó seguir. La mayoría de casas se había desplomado. La puerta del primer piso estaba tirada en el suelo. El apartamento donde pagaba arriendo seguía en pie. Ahí estaban los muros de la sala pequeña, de las dos piezas, del baño, de la cocina, del balcón y del patio. La otra puerta, en el segundo piso, estaba despegada de las bisagras, pero alguien decidió ponerla como si estuviera pegada para que no entraran a robar. Algunos contados habitantes de Granada, me contó después Yanceli, cuando se dieron cuenta de que muchas puertas se habían despegado de su sitio, ingresaron a las casas y salieron con ollas pitadoras, televisores, cuadros, muebles y cobijas.

Las cosas de la sala estaban en la cocina y las de la cocina en la sala. Quizá fue el efecto de la onda expansiva. El armario tenía la madera rajada y yo no veía mi plata por ninguna parte: ni debajo de la cama, ni en la cocina, ni en el baño, ni en el patio, ni en la sala. Ya había perdido las esperanzas, hasta que vi los sobres blancos enredados en las plantas de besitos del balcón. Todo el dinero seguía dentro de los sobres. Me arrodillé y comencé a rezar el Salmo 91: “No temerás los terrores de la noche, ni la flecha que vuela de día, ni la peste que acecha en las tinieblas, ni la plaga que devasta a pleno sol. Aunque caigan mil a tu izquierda y diez mil a tu derecha, tú no serás alcanzado: su brazo es escudo y coraza”.

Después llegó Yanceli, a decirme que no había forma de poner la puerta.

—Si quiere venga a dormir en la casa de mi hermana, que allá nos acomodamos —me dijo.

—Gracias, pero si Dios me cuidó de esta, me seguirá cuidando. Yo me voy a quedar aquí.

Subí las escaleras que llevaban a la terraza, y en varios de los escalones encontré casquillos de fusil. Los guardé. La gente me dijo, días después, que los guerrilleros se treparon a la terraza y desde allí lanzaban los cilindros bomba hacia el comando. Quizás por eso no nos robaron. Arriba, en la plancha, me dediqué a observar el trabajo que realizaban los socorristas, mientras un olor putrefacto de descomposición y polvo se entrometía por mi nariz. En los murmullos de la gente, se contaba que había muchos muertos bajo los escombros. Una señora de la cuadra, que se mantenía detrás de la puerta o en la ventana de su casa, murió con una hija que se iba a casar a mediados de diciembre. Algunos de los muertos fueron sepultados en Granada, otros fueron llevados a sus ciudades de origen. Ese diciembre fue muy triste. Todos en Granada llorábamos; hasta los soldados, que parecían tener sentimientos de hierro, lo hacían.

Traté de estar calmada los últimos días del año. Cuando llegó el 2 de enero comenzó a invadirme de nuevo la tristeza. Cristian, en cambio, estaba tranquilo. Me preguntaba qué más iba a pasar. ¿Acaso podía existir algo peor? El 7 de enero fui a visitar a Luis Guillermo, quien estaba en la cárcel Bellavista desde junio de 1999 cuando le incautaron mercancía, armas, joyas y dinero producto de sus negocios. Le llevé ropa, comida, artículos de aseo y a Cristian, por supuesto. Los demás internos lo llamaban El Profe, porque les daba clases de español. Cuando nos vio se puso feliz. Carmelina le había dicho que estábamos bien después de la toma guerrillera. También le contó que no se podía comunicar con nosotros, porque las máquinas encargadas de recoger los escombros habían reventado las líneas de los teléfonos en Granada.

—Martha —me dijo Luis Guillermo en la visita—: usted es muy positiva. Cuando uno es tan positivo no le pasa nada malo. También es muy inteligente para protegerse y proteger al niño.

—Yo siento que no fui yo, fue Dios, o los ángeles, pero sé que ayuda recibí del cielo. Alguien me sacó ese día de Granada, alguien cuidó mis cosas y mi casa... Alguien que me ama mucho.

El 28 de enero, día de mi cumpleaños, decidí regresar a Bellavista. No podía llevar a Cristian, porque las visitas de los niños solamente estaban permitidas una vez por mes. Me desperté desde la una de la mañana, y me puse a prepararle la comida. A las cuatro me estaba bañando. A las 5:30 a.m. me subí al primer bus que salía desde Granada hacia Medellín. ¡Pobrecito Luis Guillermo allá encerrado!, me decía. Yo sospechaba de otras mujeres, pero no le ponía problema. Ese día lo encontré con una rubia piernona.

—Le presento a una amiga —me dijo.

—¡Una amiga con la que te acuestas cada rato!

—Cada rato no, pero sí cada que tengo la oportunidad —comentó sin sonrojarse.

Le entregué las bolsas con la comida, y me fui para la cafetería. Pedí un vaso de agua. Durante todo el día solo bebí ese vaso de agua. Me dediqué a llorar. Luis Guillermo trató de consolarme:

—Yo quiero quedarme con las dos —dijo, complicando más mi desconsuelo.

—¡Yo no vuelvo! —le dije muy seria.

A las 2:00 p.m., la hora en que abrieron las puertas de la cárcel para que las visitas comenzaran a irse, juré por mi vida no volver nunca más. Me subí nuevamente al bus de Granada. En el camino me dolían la cabeza, los brazos, la garganta y el corazón. La angustia, así como estaba, me iba a matar. Le dije a Blanca, la mamá de Jairo Ramírez, padrino de bautizo de Cristian, que me cuidara el niño, porque tenía que ir al hospital. El médico me recetó dos pastillas para sanar el dolor. El martes siguiente regresé a la escuela con Cristian, pero no fui capaz de trabajar. Me dediqué a contar relatos de *Las mil y una noches*. En la madrugada no

fui capaz de dormir, por eso me puse a cantar la letra de una canción de despecho: “No volveré, te lo juro por Dios que me mira; te lo digo llorando de rabia, no volveré”.

Cuando apareció la cara del sol detrás de la montaña comencé a correr alrededor de la escuela. Le preparé un sánduche al niño y después me puse a lavar una ropa. Mis estudiantes llegaron a la escuela y me encontraron sin bañar. Les conté que estaba enferma; les pedí que me calentaran el agua para el baño. Muy obedientes hirvieron el agua. Cuando salí de la ducha, mirándome frente al espejo, me puse a reír y a llorar al mismo tiempo. Les comenté que estaba muy mal y que por eso necesitaba veinte abrazos para no enloquecer. Uno por uno me abrazaron, y mientras lo hacían me dediqué a ponerles apodos: Ruby la escala, Jorge Barón televisión, Duende con ropa, y Cristian, mi niño, un granito de frijol. Entramos al salón, pero no era capaz de dar clases. Les pedí que cantáramos el himno a Granada: “Alabemos la tierra sagrada / Que amorosa nos brinda sostén / Y cantemos loor a Granada / Dulce patria de paz y de bien”. Después salimos al patio a jugar una dinámica que me inventé: los cuerdos a coger a los locos, los locos a coger a los cuerdos. Dibujábamos una raya en la mitad y en ella se paraba alguno de tantos y pedía con gritos que los cuerdos cogieran a los locos. Todos salían alborotados como un avispero. Como ganaron los cuerdos, todos teníamos que ser cuerdos.

Al siguiente día no podía más, dejé a Cristian donde Blanca y regresé al hospital. Le conté al médico todos los episodios. Me cambió la fluoxetina por otra pastilla y me incapacitó durante tres días. Me dediqué, en la incapacidad, a dormir sin comer. El sábado, temprano en la mañana, llegó hasta la casa de Granada Jessica López, una de mis estudiantes.

—Profe, mi mamá me mandó a ver cómo sigue usted —dijo.

La llegada de la niña fue como la de un ángel, porque realmente estaba muy indispuesta. Le anoté en un papel el teléfono de Argiro, el otro profesor que habían enviado para Granada, y le dije:

—Dígale que venga, porque me voy a morir.

Estaba tan débil, que me levanté al baño y me desmayé. Argiro llegó con un tarro de suero y un caldo de bagre. Jessica me ayudó a bañar y ese mismo día regresé al hospital del pueblo. Le conté al doctor los síntomas que tenía, como las otras veces, y me remitió al psiquiatra. Ya en la clínica de Salud Mental Integral (Samein), en Medellín, me atendió Gabriel Jaime López, un hombre que se reía de todo lo que le contaba.

—¿Con quién vino?

—Sola, ¿por qué?

—Es que la voy a dejar aquí.

—¿Por qué?

—Porque está un poquito loquita.

Cuando escuché sus palabras, pensé en un cuento de Gabriel García Márquez en el que una mujer termina por equivocación en un bus con otras mujeres que están siendo trasladadas a un hospital psiquiátrico. Aunque María de la Luz Cervantes, la protagonista de la historia, insiste en que solo se subió al bus para llegar a un lugar donde pudiera hacer una llamada telefónica, los enfermeros la terminan sedando con medicamentos.

“Un poquito loquita y todo, pero he sido inteligente”, me dije en mis adentros mientras me invadía el terror de ser encerrada.

—Doctor, vea, yo tengo un niño de tres años. Él se quedó allá en Granada con la señora que me lo cuida. Lo tengo que ir a recoger a las cinco de la tarde. Lo tengo que recoger a esa hora, yo no me puedo quedar aquí.

—Venga en cinco días para quedarse.

—Listo.

Como la vez con Luis Guillermo en Bellavista, juré que no iba a volver: “No vuelvo por acá”, me decía. Estuve incapacitada quince días en febrero por Luis

Fernando Jurado, médico general del hospital de Granada. Empecé a asistir a unas terapias con un psicólogo llamado Jorge Iván y me sentí mejor. Regresé con Cristian a la escuela. Algunas personas en la vereda me criticaban y otras me trataban de ayudar. Incluso los mismos guerrilleros, que se enteraron de mis problemas de salud, me enviaron carne de cerdo. Nunca supe si alguno de mis estudiantes era hijo de un guerrillero, para que tuvieran ellos tal gesto conmigo. Siempre trataba de ser muy reservada al hablar con la gente. Algunos guerrilleros iban a la escuela y jugaban fútbol, sin estar camuflados, con mis estudiantes. Yo no les decía nada, porque no me gustaban los problemas. Procuraba estar enseñando clases o encerrada en mi habitación. A veces mis estudiantes se acercaban y me contaban: “Ay, profe, cómo le parece que los guerrilleros están hablando con Cristian”. Me describían el diálogo de la siguiente manera:

—Unos malos tumbaron Granadita —les decía mi niño.

—¿Quiénes son los malos, nosotros? —le preguntaban y se reían.

—Unos que tienen armas y se visten de verde.

Hace diez años llegué a esta casa en La Ceja donde ahora vivo. Lo que más me gustó fue la entrada de aire y de luz. Me aterran las casas donde hay que prender la luz en el día. No puedo con los apartamentos, me hacen dar dolores de cabeza. Sufro de claustrofobia. La casa donde pago arriendo está en un segundo piso. En el balcón tengo sembrados tres helechos, una orquídea, una sábila, una ruda, un orégano, una rosa y una planta de cebollas. A lo lejos, cada vez que salgo, puedo mirar los tejados de muchas viviendas, las montañas y algunos árboles de un parque público que está cerca. A dos cuadras está el colegio María Josefa Marulanda, donde dicté clases varios años, pero me aburrí porque en los colegios de la zona urbana son muchos más niños para una profesora.

En el computador de escritorio me gusta poner a sonar música relajante, como los sonidos que hace el mar con sus olas al chocar las costas. En el baño,

cerca al espejo, pegué una frase en una hoja de block: “Mi cuerpo es buen amigo, confío en el proceso de la vida. Todo fluye en forma natural”. También pegué otro mensaje, pero en un escaparate de mi habitación: “Soy libre del pasado y vivo el presente con plenitud”. En el patio están Suertudo, Lulú y Juanita, y los puedo ver desde la ventana de la sala con solo correr la cortina. Suertudo y Lulú son dos gatos blancos que tienen seis y diez años; Juanita es una coneja, también blanca, que tiene cinco. Los dos gatos son muy diferentes, pues Lulú es perezosa y tierna, mientras que Suertudo es esquivo: cuando llega un visitante a mi casa, sale corriendo y se esconde debajo de las camas. A Suertudo le puse así, porque la tía de él, una gata gorda y perezosa, se comió a tres de sus hermanos; él fue el único que se logró salvar. Si no tuviera gatos, tendría plantas también en el patio. Lo que más extraño del campo son los árboles. Cuando murió mi mamá, me iba para el monte con Capitán, el perro de mis hermanos.

Tengo un único hijo llamado Cristian Daniel de Jesús, y sí, le puse Jesús en su nombre porque creo mucho en Dios. Mi hijo, aunque tenga ese Jesús en el nombre, no cree en nada. Es ateo. Cuando se ve en apuros, grita: “¡Ayúdame, Dios tuyo!”. Y yo me río, me río a carcajadas por él.

Si algo me llena de orgullo es decir que ocupó el primer puesto del Icfes en su colegio, el cuarto mejor en toda Antioquia en 2014. Cuando salió la nota de prensa en *El Colombiano*, la mandé a enmarcar y la puse en su habitación, donde también están los diplomas de quinto de primaria, del preescolar y del bachillerato.

Mis ojos no lo han visto jugar rugby ni una sola vez, porque no soportaría ver que un tipo grandulón lo manda por los aires como una hoja de papel. Me han contado que en el último diciembre corría y les gritaba a sus demás compañeros de equipo como todo un líder: “¡Corran, corran!”. “¡Solos atrás, solos atrás!”. Los tres partidos de los departamentales, jugando con el equipo Los Toros de La Ceja, los perdieron. Llegaba a las siete u ocho de la noche a la casa, porque se quedaba mirando otros partidos en la cancha sintética de San Antonio de Pereira. Se le notaba cierta cojera subiendo las escaleras de la casa. De tanto lanzarse en el césped sintético, llevaba heridas sangrantes en los codos y las rodillas. Era como

si lo hubieran torturado en un calabozo. Y yo preocupada detrás de él, por toda la casa, preguntándole si estaba bien. Respondía que sí.

Cristian piensa que la vejez, en sí misma, es una tragedia, ya que impide hacer muchas de las cosas que se hacían con facilidad en la juventud. Una vez le escribió a una amiga, a través de un chat, que la vejez lo asustaba porque sentía que en cualquier momento le daría un dolor de cabeza, un infarto o una fractura por la fragilidad de sus huesos. Al menos ahora estoy segura de que mi hijo puede pensar en la vejez.

En el 2002 Cristian ingresó al preescolar de la escuela Tiberio de Jesús Salazar, ubicada en el casco urbano de Granada, mientras yo trabajaba en la escuela de El Tabor. Gladys, la esposa del maestro Argiro, lo cuidaba. Un año más tarde, me trasladaron a otra escuela de Granada llamada La Milagrosa, cerca de El Santuario, donde podía darle clase a mi hijo.

A diferencia de El Libertador, La Milagrosa estaba controlada por los paramilitares, el Bloque Metro, pero yo no tenía la menor idea. Una sabía que para donde se moviera había gente armada, entonces si no eran los unos eran los otros. De todas maneras, tenía que tratar de llevar la situación con tranquilidad.

El primer día de viaje hacia La Milagrosa tuve que tomar un taxi porque nos dejó el bus que salía desde Granada hacia la vereda todos los días a las cinco y media. Cristian me acompañaba. En el camino nos detuvieron.

—¿Para dónde va? —me preguntó un encapuchado.

—Para la escuela.

—¿A qué va por allá?

—A enseñar, yo soy la profesora.

—Siga.

Tenía mucho miedo, porque, dos o tres años antes, un helicóptero azul y blanco había volado bajito por Granada lanzando unos volantes que advertían a la población no tener cercanía con guerrilleros.

¿Pero yo en qué había apoyado a la guerrilla? ¿Negándoles la carne de cerdo que me habían mandado cuando se enteraron de que estaba enferma? ¿Yo qué culpa tenía de que los guerrilleros subieran a la terraza de mi casa y lanzaran desde allí pipetas hacia la estación de Policía? ¿Qué culpa tenía de que Ovidio se hubiera metido en el EPL? ¿Yo qué culpa tenía de que los guerrilleros jugaran en la cancha de la escuela con mis estudiantes y mi hijo? Yo, Martha Nelly, ¿qué culpa tenía de estar en medio de una guerra, siendo inocente?

En La Milagrosa me levantaba a las seis de la mañana, me bañaba, lavaba ropa, hacía el desayuno y, a las ocho en punto, comenzaba las clases. Recuerdo mucho que hacía más frío en el patio de la escuela que en el congelador de la nevera. Un día estaba estregando una ropa en el lavadero cuando vi que se me acercaba hombre alto de piel trigueña.

—¿Tiene gaseosa? —me preguntó.

Su rostro estaba bañado en sudor.

—Yo no manejo gaseosa —le dije.

Entré a la cocina. Raspé una panela y le ofrecí agua y limón. Se la bebió de un solo sorbo. Ricardo, me dijo que se llamaba. Un mes después, regresó y me volvió a pedir limonada. Se la bebió rápido. Todos esos hombres con los que venía se quedaron en la escuela durante mayo, junio y julio. Quizá por ser los maestros de la escuela, a Walter (el otro profesor que enseñaba en tercero, cuarto y quinto) y a mí nos respetaban mucho. Hacían sus formaciones en la cancha. Adentro, en la escuela, montaban los cambuches donde dormían. Eran paramilitares. No sentía miedo, tal vez porque conocía el rostro de Ricardo.

Para escribir un poema necesito tener despierto algún sentimiento de tristeza, amor o alegría. No es que me diga que el lunes de tres a cuatro de la tarde voy a

escribir. No. De repente, haciendo alguna cosa, me veo en la necesidad de buscar un lápiz y un papel, porque de lo contrario no soy capaz de seguir con las labores cotidianas. A Ricardo le escribí los versos de un poema titulado “Piel morena”: “Piel morena, estatura gigante / Ojos risueños, contextura delgada / Piernas de acero, de eterno caminante / Piel morena, no pidas que te quiera / Sería un encuentro y una despedida / Me gustas tú, no el mundo en el que te mueves / Jamás podría compartir tu vida”.

En La Milagrosa, Cristian siguió estudiando conmigo su primer año de colegio. Casi todos los sábados viajábamos hasta el casco urbano de Granada. Mientras a él lo cuidaba Gladys, yo me dedicaba a estudiar para la universidad. Era el primer o segundo sábado de junio de 2003. Toda la tarde había estado en la casa de Gladys. De regreso pasó por el frente de una frutería y vio a dos hombres que arrastraban un bulto de color naranja muy grande. Caminó media cuadra más y llegó a nuestra casa. Después de cerrar la puerta, se escuchó un ¡boooooom! El niño dejó de sonreír. Algo había pasado en la calle. La curiosidad lo llevó a caminar hacia la puerta del balcón.

—¡No salga! —le dije.

Si Cristian hubiera salido cinco minutos más tarde de la casa de Gladys, hubiera aparecido al otro día en las noticias de los periódicos que él mismo encontró en internet veintiún años después. Ese bulto naranjado que vio en la tarde, empujado con mucha dificultad por dos hombres, era una bomba que acabó con la vida de Alfonso Quinceno, un hombre que vendía chance en la esquina, y de Sergio, Wilmer y Yurlady, tres niños de doce y catorce años, que ese día estaban jugando en la calle. A finales de ese 2003, cuando Luis Guillermo salió de Bellavista, estuvo llamando con insistencia a la casa. Una de tantas veces contesté: “A mí me hace mucho daño hablar con usted —le dije, con un dolor terrible de rodillas y escalofrío—. Mejor no me llame”.

El primer sábado de las vacaciones de junio de 2006, después de las doce de la noche, sonó el teléfono de nuestra casa. Pensé que había muerto un familiar cercano. ¿Quién llama a esta hora?, me preguntaba. Alcé la bocina.

—Buenas noches —dije estando dormida.

Del otro lado hablaba un hombre al que nunca le había escuchado la voz.

—Doctora, necesitamos que nos mande un millón de pesos. Si no no respondemos por su vida y la de su hijo. Ya sabemos quién le cuida el niño. No le avise a la Policía. Sepa que la tenemos vigilada.

Sentí que estaba cerca de sufrir un infarto. Me dolía la garganta. La sangre no me circulaba en las manos. Tenía ambos pies entumidos. Estaba mareada y casi no era capaz de respirar. El tipo colgó. Empecé a rogarle a Dios que nos protegiera. A los quince minutos volvió a sonar el teléfono. No era una pesadilla. Me repitieron el mismo mensaje: tres días para pagar un millón de pesos o la vida de mi hijo estaba en riesgo. Al día siguiente, sábado, también llamaron. Cuando el teléfono sonó eran las nueve de la noche.

—¡Nos tiene que pagar un millón de pesos! —dijo.

Un millón de pesos, en el 2006, era más de los ochocientos mil que ganaba siendo maestra.

—¿Pero yo de dónde voy a sacar un millón? Yo no tengo esa plata, por Dios, eso es más de lo que yo me gano.

—Entonces denos ochocientos mil pesos.

Cada llamada tenía menos violencia que la anterior.

—Mi amor —me decía con descaro—, es por una buena causa, salve su vida y la de su hijo.

Ese fin de semana, como la Cooperativa Creafam estaba cerrada para pedir un préstamo, me dediqué a pensar en qué podía hacer. ¿Ir hasta donde la Policía?

Pero si al mismo Jorge Alberto Gómez, alcalde de Granada en 1997, lo mataron en el parque principal mientras caminaba con su escolta. ¿Hacerle saber el caso al alcalde Diego Aristizábal Hoyos? ¿Pero cómo? ¿Para qué? Si ese hombre no me quería desde el momento en que se enteró de mi enfermedad de tristeza, cuando visitaba psiquiatras y psicólogos. A veces me imaginaba escapando en el helicóptero que transportaba la plata de los bancos. A lo mejor podíamos correr a toda prisa hasta la cancha de fútbol cuando aterrizara. Al siguiente lunes me embelesé viendo los policías que cargaban las tulas donde estaba empacado el dinero. Luego, el helicóptero despegó. La esperanza de escapar de Granada se alejaba por los aires.

—Yo me llamo Garra Seca —otra vez sonó el teléfono—. ¡Somos un grupo armado! Mándenlos el dinero dentro de una caja de maicena en el bus de la empresa Transoriente que sube desde San Carlos.

La forma en la que hablaba el tipo me hacía pensar que no pertenecía a un grupo armado, porque yo ya había trabajado en zona de guerrilla y en zona de paramilitares y no había tenido problemas con ellos. Además, cuando ellos iban a matar a alguien, no avisaban. Simplemente lo mataban. Tenía que ser delincuencia común.

Le expliqué a Cristian que nos habían amenazado y nos iban a matar, que por ello no debía salir solo a jugar con los amiguitos de la cuadra. ¡No puede salir a la calle!, le dije muy seria. Él comprendió bien a qué me refería, porque ya había visto muchos muertos en las calles del pueblo. Se escondía detrás de un sofá grande diciéndome: “Protégeme, mami, protégeme”.

El lunes, muy temprano, fui a la cooperativa y pedí prestado el dinero que me exigían en las llamadas. El miércoles en la mañana me aprobaron el préstamo. Cuando la empleada de la cooperativa me entregó los ochocientos mil pesos en mis manos, yo le di a guardar las llaves de la casa y una carta dirigida a Argiro. En la carta le describía las razones por las que me iba del pueblo y le pedía que recogiera los corotos de mi casa. También le pedía que entregara la casa. Empaqué el dinero

en una caja vacía de maicena, tal como me lo habían indicado. Fui hasta el acopio de los buses, y le dije al Flaco, el conductor del bus, que la caja de maicena se la iban a reclamar en el camino.

Todo ese día sentí que me vigilaban: entraba a la iglesia, y había una mujer a mi lado; entraba a un almacén y entraban, hombres y mujeres, detrás de mí; andaba por las calles y los veía a todos como sospechosos. Tenía miedo. A las ocho de la noche sonó de nuevo el teléfono. Alcé la bocina.

—Como usted nos cumplió —dijo la voz de Garra Seca—, puede estar tranquila que no le vamos a hacer nada.

—¿Quién me mandó a amenazar? —le pregunté.

—Reclame una carta en la papelería de La Variante. Ahí le vamos a decir quién la mandó a amenazar.

Fui hasta la papelería y me respondieron que nadie había llevado nada. El jueves Cristian y yo salimos del pueblo cogidos de la mano. Otra vez llegamos donde Carmelina en Medellín. Solo llevábamos una maleta con nosotros. Denuncié el caso en la Fiscalía. Ellos se encargaron de contactar al Gaula y los agentes me propusieron que regresara a Granada, y que si se repetía la llamada extorsiva iban a estar vestidos de civil para capturar a los responsables. Les respondí que ni loca iba a regresar a Granada, que cómo se les ocurría.

Trabajé todo el mes de julio en La Alpujarra, esta vez buscando los registros de algunos diplomas que la gente solicitaba. Las labores no eran tan tediosas. La encargada del trabajo era una mujer muy amigable, tanto así que me llevaba de vez en cuando una fruta. Ya en agosto decidieron trasladarme a la Institución Educativa Ignacio Botero Vallejo de El Retiro. Estaba acostumbrada a escuelitas rurales donde les enseñaba clases a veinte o treinta niños. En El Retiro me encontré con tres grupos, cada uno de cuarenta estudiantes. Más de cien niños a mi cargo. Muy rápido me cansé. De muy poquitos me aprendí sus nombres a final de año. Era tan diferente. En Aquitania me sentaba con mis niños en el borde de una acera y nos

poníamos a hablar en los descansos, en cambio en El Retiro me ponían a vigilarlos, sin poder hablar con ellos.

Peluche, el perro que se había quedado en Granada, llegó hasta Rionegro en el camión del trasteo. Movía su cola y saltaba. Su felicidad reflejaba la esperanza de tiempos mejores. Vivimos en Rionegro desde agosto hasta marzo. Cristian estuvo sin escuela. Yo viajaba, todos los días, para enseñar.

Después de buscar y buscar, encontré una casa alquilada en El Retiro. Nos mudamos. Por las noches, Cristian dibujaba dinosaurios y veía programas de Discovery Chanel. Incluso en esas hojas de cuaderno ponía a esos mismos dinosaurios a disputarse la Segunda Guerra Mundial. A pesar de estar en El Retiro, que era el cielo porque no sentía miedo y podíamos salir a caminar con Peluche los sábados en la mañana por el borde del río, me seguían consignando mis cesantías en la sucursal del Banco Agrario de Granada. Y no sabía por qué, pues mi sueldo llegaba a El Retiro. Uno de aquellos días, mientras Cristian dibujaba en hojas de block y veía televisión, me armé de valor para viajar hasta Granada a reclamar mis cesantías. Empaqué mis cosas y me acosté a dormir.

Esa noche soñé que estaba en Belén, una vía importante de Rionegro por donde transitaban los buses para Granada. Veía pasar carros y más carros a toda prisa. Estaba esperando el bus blanco, rojo y azul. Apenas lo atisbé, le puse la mano y se detuvo. Cuando levanté la mirada para subir los escalones, en todo el frente, no encontré el bus de la flota, sino un carro de funeraria.

Desperté muy asustada. Ese sábado, cuando me levanté, desempaqué todo lo que había echado en el bolso. ¡No vuelvo!, me prometí. ¡A Granada no vuelvo! Desde entonces hasta hoy, no regresé nunca más.

Recuerdos finales:

Jessica López, la niña angelical que me visitó cuando estaba enferma en Granada, fue asesinada por la guerrilla cuando se enteraron de que sostenía una relación amorosa con un militar. Me lo contó Gloria, su mamá. Asistí al entierro con Cristian, pero no pude ver su cadáver en el ataúd porque el médico me recomendó, por el bien de mi salud mental, no ver más muertos.

El 26 de enero de 2014, Luis Guillermo Ramírez, el padre de Cristian, fue asesinado en Cartagena por unos sicarios que se desplazaban en una motocicleta.

El sonido de las balas

¿Qué es lo que aparece en internet al buscar San Juan, el lugar donde se desarrolla esta historia? El primer resultado asegura que San Juan es una de las veintitrés provincias de Argentina; el segundo afirma que es uno de los 78 municipios que conforman la isla de Puerto Rico. La provincia del sur es reconocida por programar anualmente una vuelta ciclística con los mejores escarabajos del mundo; la capital de la isla centroamericana es la casa de cantantes de música urbana como Daddy Yankee o Nicky Jam.

Aunque estoy seguro de que ninguno de estos dos son los resultados que busco, el San Juan que se narrará tiene ambas características: por estas tierras decenas de campesinos, niños, jóvenes y viejos montan a diario bicicleta y estarían preparados para una competición. Uno de ellos es Jhovany, un muchacho de mal calculados veinticinco años, jean y saco de lana, quien protagonizó en 2018 un video de una divertida competencia con Rigoberto Urán, uno de los ciclistas más importantes del país. A lo largo de este viaje, en una que otra casa de paredes blancas y rojas se escaparán varias canciones de reguetón que inundarán los potreros y después los oídos de los hombres y las vacas.

San Juan también es, aunque Google no lo registre en la primera búsqueda, una de las 24 veredas de La Unión, en el Oriente antioqueño. Algunos avisos de tránsito advierten la presencia de culebras en la vía. Tiene clima frío. Un par de perros le ladran a los que pasan en moto. A mano derecha, aparece el río turbio, lento, rodeado de vacas. Por el borde de este caserío, desde las últimas décadas del siglo pasado, está trazada la vía principal que comunica a los municipios de La Unión y Sonsón, una especie de culebra de sesenta y muchos kilómetros de curvas, ríos, neblina, bosques, cultivos de aguacate, tomate de árbol, papa criolla y caras campesinas.

Por las ventanillas del bus, mientras el paisaje de cultivos se extiende en la montaña y en otra casa campesina aparecen letreros de venta de hortensias, empanadas o leche, se aprecian también los calvarios, tipos de monumentos, hechos en cemento, donde los familiares de un muerto le recuerdan a los vivos que allí, por un infortunio de tránsito o de violencia, murió alguien. La mayoría de ellos tienen escritos el nombre y la fecha del deceso. Las flores y las veladoras acompañan estos sitios en los primeros momentos de la muerte, porque después lo que aparece es la maleza y el olvido.

Según la base de datos del Observatorio de Memoria y Conflicto, entre 1989 y 2006, en La Unión, que no supera los veinte mil habitantes, se registraron 58 casos de desaparición forzada. Entre 1997 y 2007, 230 secuestros. Entre el 2000 y el 2001, veintidós masacres.

Hugo Botero López, alcalde de La Unión en el periodo 2001-2003, recuerda que la seguridad en ese entonces de la vía “era un mierdero, una cosa muy hijueputa”: “¡Ay, hombre! —dice la voz al otro lado del teléfono—. Usted se encontraba un retén del Eln, de las Farc, del Ejército y por último de los paracos. Todos hacían retenes. Eso era miedoso. Ojalá que nunca se vuelva a repetir una cosa así, porque esos pueblos se acaban”. Los pueblos a los que se refiere Botero son Argelia, Nariño, Sonsón y La Unión. Entonces agrega: “Si esos pueblos mermaron su desarrollo en ese tiempo, donde pase una cosa de esas medio parecida ahora... Virgen santísima”.

Hubo un momento de la historia reciente colombiana, finales de los noventa y comienzos del dos mil, en que San Juan y esta vía rumbo a Sonsón fueron noticia recurrente en los medios nacionales. El 13 de febrero de 2000, el periódico *El Tiempo* tituló una de sus noticias como: *Farc retiene cincuenta vehículos en Antioquia*. En el cuerpo del artículo se lee: “Los ocupantes de unos cincuenta vehículos, entre buses, camperos y camionetas, completaron ayer veinticuatro horas bajo el poder de los guerrilleros del Frente 47 de las Farc, que no los dejan pasar entre La Unión y Sonsón, en el Oriente de Antioquia”.

En ese entonces, Blanca Miryam López Giraldo era una de los cuatro profesores de primaria del Centro Educativo Rural San Juan, y una de las más encariñadas con sus estudiantes, pues había llegado a la vereda en junio de 1997. El 11 de febrero, como todos los viernes, salió a la vía principal en compañía de su pequeña hija Ximena del Pilar a esperar que pasara el bus de las cuatro de la tarde que la llevaba hasta Sonsón. La profesora López ya estaba acostumbrada al ambiente de zozobra de la vereda y a la cara de horror de los campesinos, a ver grandes camionetas por la vía en las que se movilizaban los paramilitares, y a las preguntas que le hacían de si había visto o no por ahí guerrilleros. También a los rumores que escuchaba sobre los muertos en el puente del río Piedras.

A lo mejor por eso no notó nada extraño cuando se subió al bus. El vehículo continuó consumiendo curvas, paisaje y canciones en un reproductor de audio. Sin embargo, a la altura de un sitio de la vía llamado Altamira, ubicado a quince

kilómetros del casco urbano de La Unión y a 38 de Sonsón, encontraron un retén de las Farc. En el lugar, como lo describe la noticia de *El Tiempo*, estaban de pie varios guerrilleros haciéndole una señal de pare a los carros que pasaban. Incluso, cuenta Blanca, retenían a los campesinos residentes en la zona que regresaban a sus casas después de una jornada de trabajo. Algunos de ellos señalaban con sus manos lo cerca que se encontraban de sus parcelas. La alcaldesa de Sonsón en 1997, Luz Amparo Patiño, le afirmaba al periodista de *El Tiempo*: “Por ahora no tenemos datos ni de secuestrados ni de vehículos quemados”.

Al recordar, Blanca asegura que fue un momento muy duro, porque les tocó presenciar el enfrentamiento entre la guerrilla y el Ejército. “Lo que nos decían es que nos metiéramos debajo de los carros. Había una casita al lado de la vía. Allí nos encerramos los que pudimos. Éramos los unos encima de los otros. Yo me tiré encima de mi niña y la cubrí con mi cuerpo. Para mí era salvarla a ella”. Al final, después del enfrentamiento, los dejaron continuar.

Dos años antes, en 1999, ya la guerrilla había entrado a la casa de las profesoras Blanca y Judith y les habían quemado la ropa y las camas y las ollas. Cuando el profesor Sergio se atrevió a preguntarles por qué lo hacían, los guerrilleros le respondieron que los campesinos dueños de la casa no pagaban las extorsiones. “De malas los que estén viviendo ahí”, dijeron los guerrilleros. A Sergio lo amenazaron con los años, y esa fue la causa de su traslado a otra institución educativa.

La profesora Amparo Marín recuerda esta como una época en la que hubo mucha angustia en las familias. “Para nosotros como profesores también. En las noches llegaban grupos armados y empezaban a robarse el ganado. Hubo un señor de la vereda que tenía platica y le sacaron los colchones de la casa y se los quemaron. Nosotras trabajábamos muy intranquilas porque no sabíamos en qué momento teníamos que salir corriendo porque venían los vecinos a decirnos: ‘Vean, por allí están esas personas en un enfrentamiento’. Nos tocaba terminar la clase y despachar a los muchachos para la casa”.

¿Qué más acontecía, entre el 2001 y 2002, en los alrededores de la vereda San Juan? Era tal el conflicto, que diecinueve de los veintitrés alcaldes del Oriente antioqueño, sentados con los diferentes grupos al margen de la ley, adelantaban conversaciones para hacer realidad el Proceso de Paz del Oriente, con el fin de bajarle, como lo asegura el exalcalde Botero López, la intensidad al conflicto.

“Los grupos al margen de la ley nos decían: ‘Ah, es que fulano o perano...’. Uno iba hasta donde esas personas y les decía: ‘Hombre, es mejor que se vaya y evite problemas’”.

—Pero ¿por qué? —preguntaban.

—Hermano, porque hizo esto, esto y esto. Es lo que me dijeron.

—Ah —se quedaban en silencio.

Casi siempre los rumores tenían que ver con ser colaboradores de la guerrilla. El exalcalde recuerda con detalles el caso de Albeiro, celador de la plaza del corregimiento de Mesopotamia, a quien le explicó que él le cargaba mercados a la guerrilla desde una tienda y se los llevaba a un sitio en las afueras del casco urbano. Le ofreció salir en la volqueta del pueblo, en compañía de sus hijos y su mujer. Y Albeiro aceptó. “Se libró una vida y también se salvó de que los niños no fueran a quedar solitos”.

Mientras el bus avanza en su camino, trato de encontrar más datos de la vereda en el celular. Soy más explícito: San Juan, La Unión, Antioquia. Al instante, el buscador arroja algunos resultados más: dos producciones audiovisuales del Canal 8. Ezequiel Valencia, uno de los campesinos entrevistados en 2016, asegura que los tiempos de la violencia eran muy bravos. Vanesa Arango, una joven que cursaba el grado décimo, denuncia que a la vereda le faltaba más apoyo en la educación, pues en su curso hacen falta profesores. Julio Antonio López, con sombrero y camisa de cuadros, habla de los rumores en los que se decía que la vereda sería un corregimiento a futuro.

San Juan está ubicado a ocho kilómetros del casco urbano de La Unión. Cuando uno se baja del bus, lo primero que ve es un caserío construido con palos de guadua, pintados de rojo, naranja, azul, negro y verde, donde dos pequeños que no superan más de seis años juegan con dos balones a los que, de tanto rodar y ser pateados, se les han despegado los parches. A un lado de ellos está una tienda: dos bafles, cuatro sillas de madera, una mesa, ningún letrero que diga su nombre y cuatro vallas publicitarias de cerveza y gaseosa.

Son las ocho de la mañana del primer lunes de diciembre. A lo lejos se escucha el sonido de la corriente, furiosa y turbia cuando ha llovido, como en la última noche, del Río Piedras. Es el mismo caudal que tiene pensado represar Empresas Públicas de Medellín en La Ceja, para suplir la demanda de energía que tendrá el Oriente de Antioquia en un par de años.

El personaje que le da vida a esta historia lo conocí en la universidad. Una tarde, sentado en la casa donde pagaba arriendo, empezó a contarme historias relacionadas con el conflicto armado en San Juan, la vereda donde creció. Quedé, dos meses después, de encontrarme con él en su vereda, para realizar una caminata mientras recordaba los hechos que más lo habían marcado de niño.

Norbey Orozco Arango es un hombre de veintiséis años, pómulos rojos, cuerpo robusto y estatura de uno con setenta. Los sábados, domingos, lunes... Los demás días de la semana se la pasa buscando por su cuenta los vacíos que le deja la universidad, donde estudia Ingeniería Agropecuaria, la profesión que aprendió a querer desde muy joven.

Norbey camina por San Juan. Saluda a sus vecinos y presenta con amabilidad la escuela, la cancha y la capilla. Conoce, casi de memoria, la fauna y la flora que hay alrededor de su casa. Comenta la forma de una montaña, después dice, reparando el firmamento grisáceo, que va a llover en poco menos de una hora, hecho que sucede, pero en dos. Se sienta en los pastos y comienza a contar los hechos que acontecieron en su vida de niño en relación con el conflicto armado.

Mientras anda con sus botas por el camino polvoriento, Norbey comenta que, después del conflicto armado, “el monocultivo de la hortensia comenzó a desplazar muchas de las actividades comerciales y de subsistencia de los habitantes de la vereda. Casi que la gran mayoría trabajan en ellos. Digamos que en la última década, después del conflicto, muchas de las actividades económicas han cambiado”. Asegura que al regresar los habitantes, se despertaron muchos cultivos, entre ellos los de ornamentales, como consecuencia de estar tan cerca al aeropuerto de Rionegro. Se sorprende, lo dice con desconsuelo, que la misma gente de la vereda se deba desplazar hasta La Unión para conseguir cebolla, cuando en sus parcelas, veinte y treinta años atrás, las tenían sembradas.

Por el mismo camino que recorreremos, pasa una pareja de esposos arriando tres vacas. Algunos metros más adelante, al frente del colegio, vemos a “El loco de la vereda”, un vagabundo de unos cincuenta años, vestido con chompa verde, camisa blanca, jean sucio y un palo en su mano derecha. Junto a él, ladrando fuerte, van cuatro perros lo suficientemente gordos para creer que se alimentan bien con los sobrados que les ofrece el hombre.

Norbey no sabe cómo se llama, pero recuerda el miedo que le provocaba cuando niño verlo llegar a su casa a pedir alimentos como arroz, chocolate o arepas. Hoy, simplemente, cuando se lo encuentra en el camino, lo saluda con unos buenos días.

En el colegio, de paredes blancas y puertas azules, hay cámaras de seguridad, una cartelera con el año en que Cristóbal Colón descubrió América y tres anuncios, pegados en la puerta principal y con algunos errores de ortografía, que le piden a la comunidad no ingresar a la institución sin autorización, se prohíbe el ingreso entrar con mascotas y se invita a los jóvenes que hayan terminado su bachillerato a realizar una técnica en conservación de alimentos.

A mano derecha, hay una cancha de fútbol en arenilla. A finales de los ochenta, relata el periodista Guillermo Zuluaga Ceballos en su libro *Campo de Juego*, Luis Carlos Arias, el exdelantero del Deportivo Independiente Medellín, salía temprano de su casa a entrenar en esta cancha el deporte que tanto lo apasionaba. “Desde pequeño, Luis Carlos se ponía a llorar porque no lo entrábamos a jugar con los grandes’, recuerda Fredy, hermano mayor de Luis. (...) ‘En la casa hemos jugado fútbol toda la vida, y Arias desde que se levantaba quería salir a jugar y me tocaba decirle: espérese que nos den desayuno siquiera, hombre; espérese’. Fredy lo llama Arias y recuerda que su hermano menor comenzó jugando en la vereda y de allí su fama de gambeteador y definidor llegó al pueblo. Luis Carlos comenzó a ser parte de los equipos escolares y participó de los intercolegiados representando a su municipio”.

Cerca de la cancha, a cinco minutos, hay una pequeña capilla con una extensión de navidad prendida y, en todo el centro de su fachada, la Virgen de La Paz. Es bien curioso que esté la Virgen y no San Juan Bautista, San Juan de Dios, o San Juan Bosco, en alusión al nombre de santo con el que fue fundada la vereda.

Norbey nació el 9 de enero de 1995 en el hospital de La Unión. Fue el tercer hijo del matrimonio que conforman su madre, María Dolly Arango Ospina, y su padre, Edgar Orozco Grisales. Antes de él, nacieron Víctor y Juan Esteban. Al nuevo integrante de la familia le gustaba correr descalzo por los potreros alrededor de su casa entre los sembrados de papa, freza y maíz. Aquella era la mayor felicidad que experimentaba de niño. Sus camisetas, de tanto estar jugando por ahí, se mantenían pintadas con la clorofila del pasto.

De uno de esos días de su infancia, con un mediodía de cielo azul despejado, guarda el primer recuerdo del sonido de las balas: “¡Ta!”, “¡Ta!”, “¡Ta!”. María Dolly corrió por el patio a toda prisa y cerró las dos alas de madera rojas de la ventana y la puerta de la cocina. Después agarró a Juan Esteban y Norbey y se metió con ellos debajo de la primera cama que encontraron. Allí el pequeño de tres años y medio sintió el sudor que se escapaba de los poros de su madre, una desesperación tenaz y un miedo que no se iba ni siquiera con las oraciones a la Virgen María y los

padres nuestros que rezaban. Ella sabía que en cualquier momento se iban a encontrar dos grupos armados.

Norbey, por el contrario, no entendía nada de lo que sucedía afuera. Su madre lo calmaba con los susurros de voz que le pedían silencio mientras escuchaban el temblor de los vidrios de la ventana, las hélices del helicóptero de la Fuerza Aérea y los disparos y más cohetes cayendo entre los bosques. Allí, sin embargo, debajo de la cama, no se veía nada, ni siquiera las tablas ni el colchón.

A finales de los noventa, la vereda se convirtió en un campo minado. San Juan, después del caserío, tiene un camino que, a principios del siglo XX, fue de gran utilidad para los arrieros, quienes trasportaban madera, tabaco, cuero de roble y carbón. Por este se puede llegar a El Carmen de Viboral o a Sonsón. Nicolás Eugenio Gutiérrez Cardona, campesino residente en la vereda en el año 2000, esposo de la profesora Myriam, quien hoy vive en el casco urbano de La Unión, comenta que por el camino rural de San Juan, además de llegar a los dos municipios antes mencionados, se puede también salir a San Francisco, Puerto Triunfo y Argelia de María, todos ellos, en su momento, controlados por diversos grupos armados.

Muy pronto, Norbey aprendió la rutina de vivir entre la guerra. Cualquier día escuchaban el ruido de las armas, las ollas y los morrales en el corredor. Cuando su madre salía a ver qué pasaba, varios hombres se disponían a dormir en los alrededores de la casa. Nunca supo si eran paramilitares, guerrilleros o soldados. Y nunca, para ahorrarse problemas, se interesó en preguntarles a cuál grupo armado pertenecían. En la noche no prendían las luces, pues así llamaban menos la atención de los grupos armados. Se levantaban temprano, generalmente cuando el gallo cantaba.

Blanca Myriam y Nicolás Eugenio también estaban pasando por la misma situación en la finca donde pagaban arriendo en San Juan. “Decían que uno era colaborador. Como en el caso de mi esposo y yo. Cualquier día llegaba el Ejército

y se quedaba alrededor de la casa. Después, por ahí a los quince días, llegaban los otros. Todos llegaban a pedir cosas. A mi esposo a pedirle plata porque teníamos unas vaquitas de leche. ¿Y cómo les decía que no? Y ese susto para decirles que sí. Esa fue la presión del momento: uno no sabía con quién era que estaba hablando, ni con quién era que se estaba metiendo”, cuenta Blanca. Y Nicolás agrega: “A uno lo visitaba el uno y lo visitaba el otro. Eso era muy complicado porque el uno lo amenazaba y el otro también. Primero la guerrilla, después los paramilitares y luego el Ejército. Uno no sabía qué hacer”.

La profesora Amparo Marín, quien en ese entonces vivía en la escuela, debió abandonar su habitación e irse a pagar arriendo en La Unión. “Y viajar todos los días. En la escuela nos daba miedo dormir. Imagínese que una noche, como nosotros dejábamos las luces prendidas, llegaron. Escuchamos pasos, descargaron ollas y otras cosas muy pesadas. Después comenzaron a empujar las puertas con violencia. Una por una. Usted no sabe el miedo tan horrible. Pensábamos que ya se nos iban a entrar y que nos iban a hacer algo. Estaban buscando la forma de amanecer en los salones. Enseguida nos dejaron sin luz. Se acostaron en el corredor. Esa noche éramos todos ahí muertos de miedo, sin saber quién había llegado: si el Ejército o la guerrilla. Al otro día, cuando nos levantamos, vimos que era el Ejército”.

Norbey, caminando muy cerca de la escuela, recuerda que entró a estudiar en 1999. Cada vez que camina por donde estamos siente inseguridad, desesperanza, terror. Un día, durante la clase, vio que unos hombres armados estaban buscando a alguien que se había escondido en la escuela. Entraron hasta los baños. La profesora Amparo Marín no recuerda exactamente el suceso, pero a su cabeza viene el recuerdo de una reunión con los padres de familia, cuando un hombre entró al salón y los interrumpió, diciéndoles que estaba buscando a alguien. Afuera, rodeando la escuela, esperaban de pie varios tipos. Asustados, todos los padres de familia se despidieron y se fueron para sus casas. Dolly, la mamá de Norbey, recuerda las muchas veces que les tocó a varias madres de familia quedarse

refugiadas en el colegio, porque los unos y los otros comenzaban a disparar y a matarse.

Así era la vida en la escuela. Entretanto, en los días de calma, Norbey trataba de imitar —con los colores que le prestaba su compañera Carolina en las clases de artística— los mismos paisajes de la vereda: una garganta de montañas, las casitas campesinas de bordes rojos y azules, los árboles de pino, guamo, ciprés, siete cueros, helecho y tabaquillo.

Los papás de Yorledison pasan en una moto. Norbey comenta que no es una buena idea entrevistarlos, porque todavía les duele su hijo. De camino a la casa de Yorledison, que aparece en medio de una montaña, dice que la familia es muy reservada para hablar. A finales de septiembre de 2001, los presentadores de noticias nacionales mencionaban los nombres de secuestrados, comandantes guerrilleros y de las autodefensas una y otra vez: Ingrid Betancourt Pulecio, Luis Edgar Devia Silva, alias “Raúl Reyes”, Pedro Antonio Marín Marín, alias “Manuel Marulanda Vélez”, “Tirofijo”, Vicente Castaño Gil y Víctor Julio Suárez Rojas, alias “Mono Jojoy”. Álvaro Uribe Vélez, candidato presidencial, con sombrero, poncho y hablado paisa arraigado, prometía en las entrevistas de televisión y radio, ser implacable con la guerrilla en caso de llegar a la Casa de Nariño.

Los habitantes de San Juan eran cada vez menos. La familia de Norbey no había abandonado la vereda porque no tenía adonde llegar. “Se fueron, más que todo, los vecinos. Después, los amigos de la infancia: Reinaldo, Diego y Marinela se fueron pa’ La Unión, y nos volvimos a encontrar como a los diez o quince años. Eso siempre daba pesar, porque es que dejar la tierrita. Uno aquí en el campo lo tenía todo, en cambio en la ciudad lo tenía que ir a comprar”, comenta Juan Esteban, hermano de Norbey. En La voz de La Unión, emisora del municipio, habían anunciado que el coliseo estaba repleto por los campesinos desplazados de las veredas San Juan y La Linda. “La emisora tenía buena sintonía y en esos momentos

de crisis se convirtió en una compañía, un aliciente, como una voz de ánimo para las familias que padecían todas esas dificultades. Normalmente se informaba que había fallecido tal persona y que las exequias se iban a hacer tal día. La mayoría de esos fallecimientos pertenecían a personas a las que les habían quitado la vida”, comenta Luaskin Arley Pérez, director de la emisora.

El martes 9 de octubre de 2001 parecía un buen día. Por lo menos en San Juan hacía sol. Un día brillante con pocas nubes en el firmamento. Todo andaba tranquilo. Algunas mamás esperaban a sus hijos en el patio de la escuela donde Norbey jugaba golosa y lazo. De repente, los vecinos que trabajaban en los cultivos cercanos comenzaron a correr hacia la parte alta. Decían murmullos entre ellos. Norbey no entendía qué estaba pasando, pero notaba la misma angustia en cada rostro que pasaba por su lado. Esa tarde, después de uno de los tantos enfrentamientos que se dieron en la vereda, la profesora les dijo a sus estudiantes que podían ir a sus casas. A los primos mayores de Norbey les gustaba jugar en el río con Yorledison, un muchacho de veinte años, ojos chinos, nariz pequeña, piel blanca y pecas en la cara, el hijo de Luz Dary Gallo y Rogelio Morales, los mayordomos de una finca lechera. Los tres muchachos construían pequeñas represas con piedras y se ponían a nadar. En el momento que iban saliendo los niños de la escuela, los rumores se hicieron tan fuertes, que casi toda la vereda terminó, después de correr quince minutos, en la casa de la familia Morales Gallo. Luz Dary, la mamá, estaba llorando. Todos los otros también estaban llorando. Cuando Rosa, una de las vecinas, abrió la puerta roja del garaje, los ojos de Norbey, como los de los otros vecinos, se estrellaron con el horror: Yorledison estaba desmembrado en cientos de pedazos: sobre la pared, en el techo y en el suelo roñoso. La única parte de su cuerpo que seguía intacta eran sus pies. Era una granada, era una granada, les escuchaba a los vecinos. ¿Y él de dónde cogió eso, de dónde sacó eso Yorledison?, se preguntaba en silencio. Norbey no fue capaz de contener el miedo, su cuerpo estaba helado, por eso salió corriendo a los brazos de su abuela.

—¡Yorledison, Yorledison! ¿Por qué? —gritaba la mamá.

Cristina, la hermana menor que estudiaba con Norbey, lloraba en el patio. Rogelio, el papá, daba vueltas. Entraba y salía de la casa. Entraba y volvía a salir de la casa. A las dos de la tarde Norbey regresó a la escuela. “No podía entender qué era lo que estaba pasando. Eso fue tan fuerte para mí, que casi dieciocho años después no se me olvida”, cuenta.

Medicina Legal llegó a las seis de la tarde para realizar el levantamiento del cadáver. Yorledison, al igual que sus amigos, recorrían las zonas donde los soldados habían hecho sus campamentos, tratando de encontrar lo que ellos dejaban olvidado. Ese año, las cifras de la base de datos del Observatorio de Memoria y Conflicto registraron nueve víctimas de minas antipersonales y munición sin explotar en La Unión. Todos hombres.

“Yo le di clase a Yorledison. Fue un niño que se retiró de la institución. Cuando yo llegué a la escuela, solo le di a él como segundo y tercer grado. O sea, yo vine en octubre y resulta que ese grupito estuvo mucho tiempo sin clase. Yorledison era un niño muy introvertido y muy callado, pero a la vez necio. Yo en varias ocasiones tuve que mandar a llamar a la mamá y al papá porque me hacía travesuras en el colegio”, comenta la profesora Amparo.

“Allá hubo una cosa —cuenta el exalcalde Hugo Botero—, la más horrible del mundo, porque entró Karina un día, no recuerdo la fecha, y hasta mataron al hijo de un señor de apellido Panesso. Era un muchacho que hacía valoraciones para el banco. En ese momento aparecieron esos señores y desafortunadamente lo trataron de paraco y allá mismo lo mataron. Como también mataron a otras personas más. Ese día hubo un enfrentamiento, de los más duros que tuvo La Unión. Se dio entre las Farc con la gente de alias ‘McGiver’. Por ahí al 98 por ciento de la comunidad nos tocó atenderla en el coliseo cubierto. Con otra condición, que en la parte de arriba había una familia de Medellín que tenía una empresa de truchas y cuentan que a Israel Vera, joven que cuidaba la finca, lo volaron. Dicen que a ese

muchacho le amarraron unos tacos de dinamita y lo tiraron a uno de los charcos donde engordaban las truchas y lo volaron con truchera y todo. Eso fue miedoso. Por allá no subía el que quería sino el que podía y el que tenía güevas”.

El miércoles, una multitudinaria marcha recorrió las calles de La Unión. En los días posteriores, Norbey volvió a escuchar a los helicópteros de la Fuerza Aérea lanzando misiles en la montaña. Nicolás, que iba con frecuencia a la finca de don Rogelio, lo visitó al día siguiente. “Yorledison tenía cinco fusiles. Se los había encontrado en el monte después de los bombardeos. Hubo muchos bombardeos del Ejército. Se los encontró, con la granada, en el sector de La Linda, en una pinera muy grande que había por allá. Él se iba a ir para la guerrilla con un amigo llamado Pablo. Decía la idea abiertamente. Incluso yo con el hermano estuve buscando en el monte el lugar donde tenía escondidos los fusiles. Los buscábamos para entregarlos, pero no los pudimos encontrar. Tuvo esa granada en la troja escondida. Ese día, después del mediodía, le dio por sacarla y ponerse a jugar con ella y una navaja. Se le desaseguró y se le estalló en el garaje de la casa”.

Nicolás le propuso a Rogelio, al ver que todavía había huellas de la tragedia, recoger los restos que veía en el techo y en el barranco que lindaba con la casa. Cuando terminaron, tenían una bolsa que pesaba diez kilogramos.

—¿Qué hacemos con estas partes, las enterramos o las echamos al río? —le preguntó Rogelio.

—No. Vamos y hablamos con el sepulturero a ver si de pronto nos abre la bóveda y las echamos allá.

Ese día viajaron a La Unión y convencieron al sepulturero de que les abriera la tumba y allí echaron lo que había pertenecido en vida al difunto. Al regresar a la vereda, el jueves y viernes de esa semana, Nicolás le ayudó a Rogelio a blanquear las paredes del garaje. Incluso, para ocultar el olor a muerte que persistía, le

recomendó echar una mezcla de veterinaria y otras sustancias agrícolas para no tener que recordar, con cada suspiro, la tragedia.

Las clases siguieron, con advertencias, por parte de las profesoras, las cuales les decían que mucho cuidado de desviarse de camino a las casas. Rezaban una oración por la paz: “Donde haya odio, que yo lleve el amor / Donde haya ofensa, que yo lleve el perdón / Donde haya desesperación, que yo lleve la alegría / Donde haya tinieblas, que yo lleve la luz”. En el salón había veinte estudiantes: ocho niños y doce niñas. Los pupitres estaban hechos para dos, por eso a su lado se sentaba Luis López, un niño de piel trigueña y una estatura como la de él. Al hermano de Luis lo había reclutado el Ejército. Esa misma historia se repetía, pero con Juan Orozco, primo de Norbey, pues se lo llevaron a enfilarse un batallón del Ejército en contra de su voluntad, por no portar libreta militar, y lo habían enviado para el Putumayo, donde se enfermó de unos síntomas que Norbey no recuerda muy bien. Su posible destino sería prestar el servicio militar. Ya había escuchado que los hijos menores eran reclutados para el Ejército. Yo no he nacido para eso, se decía Norbey, yo nací para algo diferente, me siento muy débil para tener que empuñar un fusil.

Una mañana de 2002, mientras aprendía a sumar y a restar con la profesora Claudia Quintero, desde la ventana del salón donde se podía contemplar la carretera, los niños vieron pasar a unos hombres extraños: cargaban armas largas, ollas, muchas balas alrededor de sus cuerpos, cachuchas y sombreros, uniformes verdes y botas de caucho negras. Eran diez guerrilleros. Al verlos, Norbey recordó Héroes de honor, una serie de televisión que veía su padre todos los domingos, en la que los soldados luchaban y le disparaban a los insurgentes.

—Métanse debajo de las mesas —dijo la profesora con miedo.

Yeni, Mariana y Jessica, tres de las doce niñas, comenzaron a llorar desconsoladamente. Todos los otros niños, incluyendo a Norbey, temblaban de miedo mientras los veían a ellos subir la montaña. Ninguno de los niños tenía idea

de qué hacer. Al día siguiente y por cuatro meses, se quedaron sin clase. “A ellos no había que decirles nada —cuenta la profesora Amparo—, se metían solitos. Nosotros también nos asustábamos. Yo me ponía a rezar y les pedía que se tranquilizaran, que no nos iba a pasar nada, que eso pronto se iba a terminar. ‘Si oramos, Dios nos va a cuidar’, les decía. Eso fue impresionante”.

A finales de los años noventa, los guerrilleros se mantenían al borde de la vía principal. Después de llegar el Ejército a la zona y Álvaro Uribe Vélez a la presidencia de Colombia, se desplazaron hacia la parte alta de la montaña.

Desde entonces, a cualquier hora de la noche, en medio de la oscuridad y el canto de los grillos o las cigarras, comenzaban a escucharse y a brillar los disparos que salían desde los fusiles de los soldados apuntados hacia a la montaña y los disparos escupidos desde los fusiles de los guerrilleros que bajaban desnucados desde lo alto y se incrustaban en los troncos de los árboles, las tejas, los adobes, las latas, los ventanales, las vacas, los sembrados, los perros y los marranos. A uno de los tíos de Norbey, con su esposa en embarazo, le llenaron una noche el corredor con casquillos de balas.

Cada vez que salía a estudiar veía a los campesinos desplazados: unos corrían desesperadamente hacia la vía principal y otros, mirándolo detrás de las ventanillas de los carros Nissan, gritaban desconsolados. Se había agudizado el desplazamiento desde la vereda La Linda, por un enfrentamiento armado muy fuerte entre las Autodefensas y el Eln. Desde allí, bajando por el camino empedrado de San Juan, con bultos, marranos y gallinas, Norbey vio a muchos de los campesinos salir llorando, mientras gritaban desesperados: “¿Por qué esto?”. “¿Por qué a nosotros?”. “¿Por qué la vida nos trata así?”. “¡No nos queremos ir de aquí!”. “Vámonos antes de que nos quiebren el pescuezo”.

Los soldados, con los que se podía llenar un furgón completo, ya vivían en la vereda. Uno de los campamentos estaba ubicado en el parque de juegos de la escuela. El lugar era una zona plana, con algunas llantas de camión y varios árboles

de pino en los que colgaban gallinas para sacrificarlas. Norbey los veía ir hasta los bosques cercanos para recoger leña y prender los fogones improvisados — contruidos generalmente con una olla tiznada y dos adobes cualquiera— en los que cocinaban sus alimentos durante horas.

Cierta vez, en un descanso, cuando el Ejército había retomado el control de la vereda, vio cómo uno de los soldados, entre los veinte que había, decapitó a una gallina con un cuchillo. El hecho lo dejó absorto, pues pocas veces en la vida había presenciado un grado tal de crueldad con un animal. Otros soldados, ubicados en los alrededores de la escuela, muchos de ellos sin sus camisas, como en el bosque tupido de pinos, tenían sus carpas extendidas.

Una tarde de julio, después de salir de clase, cruzó de arco a arco la cancha de arenilla. Vivía a diez minutos de la escuela. Caminó con sus botas y su mochila azul. Como siempre, tenía un camino diferente al tradicional, porque la vía le gastaba algo más de tiempo y porque también le generaban miedo los marranos que se encontraba en una de las fincas. Aquel camino era uno de los que él llamaba “atajo”, aunque solo le ahorraba uno o dos minutos. Se trepó por el bosque sembrado con árboles de tabaquillo, siete cueros y ciprés.

Allí, desde donde se podían contemplar a las personas que bajaban y subían por el camino empedrado, los soldados habían construido un campamento. Era, en el año 2002, uno de los lugares desde donde planeaban sus estrategias militares en contra de los guerrilleros. En aquel momento no estaba ninguno de ellos. Norbey, como tanto lo sabía hacer con sus ocho años, se tiró al suelo: ambas manos adelante y ambos pies juntos atrás. La cabeza al frente, mirando el camino. Así como se tiraban los soldados y guerrilleros en el monte. Lo último él no lo sabía, ¿para qué iba a saber eso un niño de ocho años, si lo único que le interesaba, por lo menos en el momento de su vida, era el juego? Por detrás, con los pasos calculados, sin Norbey escucharlo, salió alguien. El hombre caminó hasta donde estaba él acostado con extremo sigilo. Norbey sintió en la parte posterior de su cabeza apoyarse el frío de un metal, como si le hubieran puesto una moneda de doscientos pesos.

—¿Quiere ir al paraíso hoy? Yo lo llevo —dijo la voz gruesa de un hombre.

Cuando dio la vuelta, se encontró a un soldado alto, blanco y de nariz notablemente larga. Llevaba una cachucha en la cabeza y un letrero de contraguerrilla en el brazo derecho.

—No —le respondió de inmediato.

Sin pensarlo dos veces, se lanzó por el voladero de tres metros que daba justo a la carretera, cayendo con el peso de su cuerpo sobre ambas rodillas. Ese día, cuando salieron con él para el hospital de La Unión en una motocicleta, comprendió para qué servían las armas que cargaban los hombres que subían y bajaban por el camino. Antes de eso, creía que hacían parte de los uniformes, como objetos decorativos, pero después, de camino a su casa con la velocidad límite que daban sus cortos pies, con las pecas del rostro borradas por la palidez, fue que entendió que con ellas se mataban los hombres y, claro, también se amenazaban niños inocentes que nada tenían que ver con la guerra del país.

En varias hojas arrancadas de uno de sus cuadernos, escribió después quién le iba a devolver la inocencia, los años perdidos y el tiempo invertido en medio de una guerra que no le pertenecía. Otro día, sentado en la sala de una casa donde pagaba arriendo teniendo veinticinco años, le respondió al periodista que por culpa de la maldita guerra tuvo una mala calidad en su educación primaria. Aquellas fueron las vacaciones más extensas de su vida escolar, y también las más aburridas, pues no se podía mover de la casa. Sentado en frente del televisor, se volvió fan de programas como Padres e hijos, Dragón Ball, Pokémon y de personajes como Jackie Chan. A Norbey y a sus hermanos, María Dolly les tenía muy advertido que no podían hablar con desconocidos en los caminos.

Él, como niño, no sabía quién era bueno y quién malo. Todos eran buenos. En la casa no se hablaba del conflicto, ni en el colegio tampoco. Solo le dijeron, muy por encima, que los profesores no los dejaban pasar desde La Unión. Lo último, lo pudo evidenciar la socióloga Olga Elena Jaramillo Gómez, quien se propuso identificar con un estudio las perspectivas de los jóvenes después de los escenarios

del conflicto. “Yo les preguntaba a las mamás si el tema de la guerra se hablaba en casa. Respondían como: ‘A nosotros nos da susto hablar con ellos. No sabemos muy bien cómo hacerlo’, ‘miren lo que pasó acá. En ese tiempo eso pasó y hoy estamos distinto’, ‘usted de esto no puede decir nada. Tenga mucho cuidado’. (...) Creo que en los últimos años las cosas han mejorado un poco, pero en general yo veo que en el colegio se habla mucho de la Segunda Guerra Mundial y se habla poco de la vereda. Eso me parece que tiene una falla muy grande, porque si yo no entiendo aquí qué pasó, si yo no visibilizo esas historias, si yo no comprendo cómo afectaron a mi vereda y cómo la gente se repuso, resistió y trató de hacer cosas para resignificar su dignidad... No tengo un contexto de historia local”. Dijo, además, que la guerra, a la gente de su vereda, le arrebató las oportunidades. “Aún sueño con lo que viví en mi infancia con todo el dolor, el miedo y las escenas tan horribles que dejó la guerra. Lo anterior me hace dar cuenta de lo fuertes que hemos sido”, comentó. En otra ocasión, sentado en su habitación, escribió: “En los años posteriores vivía aún con miedo, pues me dormía a altas horas de la noche por el insomnio. Recuerdo que hace trece días tuve una pesadilla. Estaba en medio de la guerra: los disparos, hechos por unos hombres con cascos que se escondían detrás de un barranco, pasaban de lado a lado, se escuchaban explosiones y las balas se incrustaban en el pavimento. Era una calle que conducía al mar. Dentro de una jaula vi a varias personas pidiendo auxilio. Más tarde terminé caminando con los soldados sobre unas rocas desde las que se escapaban nacimientos de agua. Aquel ambiente estaba cubierto por neblina. Una señora me pidió que le obedeciera y me metiera debajo de una carpa. Acepté su consejo. Allí, en medio del pasto, se refugiaban bebés, niñas y niños muy pequeños. Los abrazaba. Desperté”.

Hoy, dieciocho años después, de regreso a su casa como la tarde que sintió un frío en su cabeza, justo enfrente de la caseta comunal en la que cada vez que llueve se realzan los trazos de un letrero, escrito con aerosol negro, haciendo alusión a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), hay dos niños, de piel trigueña, jugando con canicas. Solo tuvo que irse de la vereda, teniendo más de veinte años, para realizar su carrera universitaria. Los dos niños intentan sacar varias bolas de un círculo mal dibujado en el borde la vía. En la parte izquierda del

camino hay un sembrado, con sus hojas resecas, de maíz. A la derecha, varios metros más arriba, hay una casa con adobes sin revoque y techo de fibra, desde donde una perra de color gris le ladra a Norbey. Desde el 2004 regresó la tranquilidad a la vereda. Por el camino de San Juan, dos hombres siembran lo que parece ser papa. Otro hombre traza los surcos de una nueva siembra montado en un tractor.

Más arriba, muy cerca de su casa, está sentado Luis Cardona, un campesino carismático que supera los setenta años. Su propiedad tiene una vista al horizonte y una extensión navideña con bombillos de mil colores. Al borde de un barranco, cuenta cómo un viernes, mientras trabajaba un sembrado de papa con otro compañero, quedó en medio de una balacera. No tenía un lugar cercano para refugiarse, por eso le tocó tirarse al suelo y esperar hasta que no sonaran más tiros.

Norbey, tomando el papel del periodista, interpela a don Luis.

—Así es, don Luis, pero ya la vereda está mucho mejor...

—Pueda ser que no se vuelva a dañar esto —responde.

Norbey sigue caminando hasta su casa. Vuelve a advertir que en poco va a llover, como en efecto sucederá. Su mamá, en la cocina, prepara el almuerzo: huevos, tajadas, arroz y gaseosa. Simón, el hermano menor de Norbey, es un niño muy inteligente de seis años. Trae un cuaderno donde se lee una adivinanza: cien niños y un soldado, todos visten de morado, se lee en una de las páginas. Pueda ser que a Simón, como sí le tocó a Norbey, un soldado no le apunte, cuando tenga ocho años, con una metralleta en San Juan. Pueda ser que a Simón, cuando tenga dieciséis, no le toque preocuparse por ser un militar.

Un falso positivo fallido

Por las calles de Sonsón, desde abril de 2019, corre un rumor: a los muchachos y viejos que visitan las discotecas y cantinas, después de las diez de la noche, les advierten que no pueden estar por fuera de sus casas. A esa hora, algunos hombres empiezan a patrullar las calles: ¿usted quién es, hijueputa?, le preguntan a cualquier desprevenido, ¿qué hace, malparido?, ¿para dónde va, gonorraa?, ¿a qué se dedica, sapo? En mitad de la noche, algo sucede: una amenaza, una puñalada, una requisa... un balazo.

Es el segundo viernes de mayo de 2019. Esta tarde el parque principal es un enjambre de ancianos que hablan de mujeres o negocios, uno que otro turista compra higos y esquiva las boñigas de los caballos, un culebrero vende sombreros y predice ruinas, hombres y mujeres, vestidos con sacos y sombreros aguadeños, salen y entran a la iglesia y algunos pordioseros piden desesperadamente una moneda. La noche todavía no llega y el pueblo mantiene su caos propio. Desde el “Balcón más bonito de Antioquia”, una famosa construcción colonial, se escapan sonidos de guitarras, clarinetes y tambores.

Sonsón es un rompecabezas de diecinueve calles, doce carreras, 108 veredas y ocho corregimientos. Tiene, en su gran extensión territorial, todos los pisos térmicos. En 2018, el Departamento Administrativo Nacional de Estadística

(Dane) estimaba una población cercana a los 34.339 habitantes, de los cuales el 58 por ciento vive en el área rural y el 42 por ciento en el casco urbano.

Hay mucho por decir de este pueblo: desde su territorio se llevó a cabo la Colonización antioqueña, esa empresa en la que familias enteras despejaron las montañas y levantaron pueblos como los de Caldas, Quindío, Risaralda y el norte del Valle del Cauca. Sonsón alcanzó a ser departamento de Colombia entre 1908 y 1910 y tuvo banco propio. Actualmente, conserva parte de su arquitectura colonial intacta, y es uno de los municipios antioqueños con más museos.

Es un pueblo, como la mayoría del Oriente antioqueño, muy conservador y rezandero: en abril la gente se vuelca a sus calles, sin importar que esté lloviendo o haciendo un sol infernal, para seguir una imagen de barro; en julio, un mar de motos, carros y camiones espera durante horas para ser bañados con el agua bendita que rosea un cura; todos los días de noviembre, a las cinco de la madrugada, suenan en un parlante oraciones y cánticos que se escuchan desde el cementerio hasta el hospital.

Ahora son las seis y veinticinco de la tarde. Quedan minutos para que las campanas de la catedral anuncien que ha llegado la noche. Esta es la segunda catedral: la legítima, la que enorgullecía a este pueblo por haber sido construida con las piedras de uno de sus ríos, fue derrumbada a mediados del siglo pasado después de que un terremoto le tumbara una de las torres. En el parque uno que otro hombre va con su mirada perdida pensando en cómo saldar las cuentas que debe; en la plaza de mercado, algunos hombres suben bultos a los camiones que viajan hacia las centrales de abasto de Medellín o Bogotá. En un par de horas, las calles del pueblo quedarán tan desoladas como los corredores del cementerio.

Sonsón no fue ajeno al conflicto armado colombiano. Según el libro *Sonsón, memoria viva*, publicado por Conciudadanía, entre 2001 y 2002 se registraron cifras espantosas: 665 homicidios; en 2002, 84 secuestros; y en 2003 fueron desplazadas 4.153 personas. En esos años, una cantidad considerable de sus habitantes huyeron a municipios cercanos del Oriente como La Ceja, Marinilla, La Unión,

Rionegro o Medellín. La imagen era recurrente en las carreteras: familias paradas en los semáforos con un pedazo de cartón en el que se leía: “Somos una familia campesina humilde desplazada del corregimiento La Danta en Sonsón —solo había que cambiar el lugar geográfico, porque todos los mensajes eran iguales—. Necesitamos de su colaboración. Mi Dios le ha de pagar”.

Hoy, a pesar de los panfletos y de las amenazas, la voz de un sacerdote interrumpe la programación de las emisoras locales con un mensaje: “Sonsón, ciudad de la esperanza”.

Esta cuadra, como la mayoría de este pueblo, no tiene pavimento. En la esquina hay una tienda y una carpintería, donde dos mujeres liján y barnizan todo tipo de maderas. Casi al frente, a diez metros, está ubicada una iglesia de garaje llamada como un famoso programa de televisión nacional, Séptimo día, desde la cual salen los rugidos de los fieles desesperados que buscan trabajo, una casa digna, sanar una enfermedad terminal, acertar el número de la lotería, lograr la pensión, cancelar la deuda con un paga diario, no volver a consumir perico. Diagonal, a otros cinco metros, hay un garaje donde se reparan volquetas, cacharros y escaleras, esos carros pintorescos, bien cuidados, en los que se transportan los campesinos hacia las veredas con sus bultos y animales.

La casa de Gustavo Villegas Hidalgo —campesino y líder comunitario— tiene la nomenclatura 12 - 31.

—¿Muy chimba la fachada? —comenta uno de sus vecinos con una mirada punzante, al notar la presencia de un periodista tomando fotografías. La fachada, sin embargo, no tiene nada particular. Entre los vecinos se comenta que la mujer que vende empanadas en la casa vecina es bruja. Otros aseguran que los algunos jóvenes de esta cuadra venden vicio. Nada confirmado, simples rumores.

Gustavo espera al periodista. Sabe que llegará en poco tiempo. Cuando escucha los nudillos estrellarse contra la puerta, se pone de pie y camina hasta la

ventana de la sala. Descorre la cortina. Lo saluda. Le abre. Lo invita a pasar. Es fácil reconocer en Gustavo a un campesino de la región: tiene la piel tostada como los granos del café, lleva puestas unas botas y una gorra gris, y en sus manos se ven los callos dolorosos que sacan los labriegos por empuñar azadones o machetes desmalezando los sembrados de yuca, papa, uchuva, tomate o maíz.

Por la ventana empieza a perderse el brillo de la tarde. En la sala de su casa tiene cantando a dos canarios que transmiten una extraña sensación de libertad en medio de su encierro; también tiene varios lazos para arrear ganado, un freno para un caballo, una moto que nunca ha estrenado, una bicicleta de ruta amarilla, un equipo de sonido prendido en el que cantan las voces de Amanda Miguel y José José, un cuadro religioso en el que Jesús es más obeso de lo normal, como si hubiera sido pintado por el escultor antioqueño Fernando Botero. Entre todos los cuadros de fincas y cultivos que adornan la sala de su casa, este último tiene un valor sentimental muy especial: Ana Hidalgo, su madre, lo compró en Salamina, Caldas, y cuando se trasteó a Sonsón con su marido, por caminos de herradura, no permitió que lo echaran junto con los demás corotos. Abrazó el cuadro con ambas manos y lo transportó con cuidado mientras subía y bajaba los abismales cañones de la Cordillera Central de Colombia.

Sus padres decidieron casarse muy jóvenes en Salamina. A los tres meses, aburridos, regresaron a la vereda Chaverras, en Sonsón, donde habían crecido. En el tiempo de su regreso no había la violencia. Su padre, Manuel José Villegas, se dedicaba en su finca a aserrar estacones. De los ríos sacaba la arena que, meses después, servía como mezcla de concreto para construir ese Sonsón que se veía a lo lejos. De los árboles utilizaba la macana, que era comercializada en el Alto de Las Palmas para hacer quioscos, empajados, cabañas y otros lujos, que, en su gran mayoría, eran comprados y disfrutados por las familias más pudientes de Medellín. Ana, su mamá, lavaba ropa, hacía de comer, barría, trapeaba, sacudía, ordeñaba a Paloma, una vaca de orejas negras, y recogía los huevos de quince gallinas que vendía a un par de vecinos.

La familia empezó a acomodarse económicamente. Su padre compró una finca dividida en varios predios en La Quebra, una vereda ubicada a quince kilómetros de los cascos urbanos de Sonsón y Nariño. Gustavo, sentado en una pequeña silla que no tiene espaldar, recuerda cómo era la vida en La Quebra en los años de su niñez: los carritos de juego compuestos por cajas de cartón, amarrados con una cabuya que arrastraba en medio de los potreros y la tierra de los caminos. O las veces que él, uno de los menos entre seis hermanos, ataba una cabuya a una chamiza que imaginaba era un novillo o una vaca de raza.

De aquel tiempo recuerda también la caminata de media hora, sin zapatos, que debía hacer para llegar hasta la escuela de la vereda Chaverras: “Éramos con los pies pelados caminando por las trochas. Había mucho pantano en invierno y en verano mucho polvo. Uno tenía callitos por debajo de los pies”.

La vía que conduce de Sonsón a La Quebra es solitaria, uno que otro carro transita por ella cada tres minutos. A un lado del camino hay altares con cientos de estampas religiosas, en agradecimiento por los milagros recibidos de la Virgen del Carmen o de María Auxiliadora. La carretera tiene abismos mortales donde han terminado carros con fallas mecánicas. A medida que se sube la temperatura descende a diez grados, a ocho, tal vez a siete. La neblina aparece. El lugar más concurrido, de camino al mirador del páramo, es un estadero donde venden arepas de chόcolo rellenas con queso y bocadillo.

Cuando Gustavo tenía veinte años, su padre enfermó de una hernia, y tanto él como sus hermanos empezaron a llevar la obligación de la casa. En esa época las nuevas políticas ambientales que prohibían aprovecharse de los recursos naturales ubicados en un páramo hicieron el trabajo del campo más difícil y menos productivo. Decidió irse a Sonsón, y compró, con la ayuda de su padre, un Ford modelo 54 de placas TDJ 768. Era de los mejores carros que había para la época. Entre las características con las que fue ofertado en el mercado se dice que pesaba 1.125 kilogramos, tenía cinco asientos y una transmisión manual de tres velocidades. Su Ford era potente, muy bueno para los caminos pantanosos de las

veredas. Se lo compró a un hombre llamado Jesús Franco: le pagó la mitad de contado y la otra mitad a cuotas.

Al inicio, el trabajo como taxista era muy bueno. No había competencia y las carreras abundaban. Viajaba con constancia entre Sonsón y las fincas en las veredas. Los viernes, sábados y domingos llevaba los mercados de los campesinos. Luego, más y más hombres se fueron enamorando del empleo y las carreras empezaron a escasear. De los diez años que trabajó como taxista recuerda tres atracos, especialmente uno en la vereda La Esperanza. De no haber sido por la falta de puntería del ladrón, hoy no estaría contando esta historia.

Gustavo esperaba su próximo cliente en la plaza principal.

—¿Me hace una carrera? —le preguntó el hombre.

—Bueno —le respondió Gustavo, como a la mayoría de clientes.

—¿Cuánto vale para que me lleve a La Esperanza?

Treinta y cinco minutos duraba el recorrido. No recuerda el valor de la tarifa. Por las ventanillas del automóvil se podían apreciar las montañas y sus cultivos, los diferentes tonos verdes de los bosques y alguna que otra casa campesina. En todo el trayecto no intercambiaron una sola palabra. El hombre llevaba la mirada clavada en el suelo, como si se le hubiera caído una moneda y la estuviera buscando. Se cubría el rostro, de vez en vez, con las manos. Tenía pena. Era lo que pensaba Gustavo.

—Pare aquí —anunció de repente.

Gustavo hundió su pie derecho en el pedal del freno. Se detuvo por completo. Mirándolo a los ojos, mientras le apuntaba al cuerpo con un trabuco de dos tiros, el hombre le dio una orden.

—Bájese que necesito el carro.

Gustavo, debajo del tapiz del chofer, siempre llevaba un revólver calibre 32 sin salvoconducto. “Juepucha”, pensó: “Pa’ entregarle el carro con todo. No, no, no”.

—No me vaya a hacer un movimiento extraño porque se muere —sentenció el ladronzuelo.

A pesar de la advertencia, Gustavo abrió la puerta y se tiró al piso, tratando de llevarse con sus movimientos el tapiz del carro. Aunque alcanzó a rozar el revólver, no lo pudo agarrar y fue a dar a una cuneta. “¡Pum!”, sonó el primer disparo desde el trabuco. Impactó en su mano. Sintió arder los tendones de su antebrazo, luego vino un calambre insoportable y después un río alarmante de sangre. El ladrón pensó que todo estaba resuelto: Gustavo debía estar en el mismísimo infierno. No era así, después del aturdidor disparo, recogió su revólver, y caminó agachado hasta la parte trasera del auto como si cumpliera el papel de un policía en una garita. Cuando levantó su mirada, notó que el ladronzuelo estaba sentado plácidamente en su asiento. Gustavo corrió a toda prisa por el lado derecho y le disparó. “¡Bang!”, sonó el primer tiro. El ladrón, asustado, se bajó del taxi a toda prisa y comenzó a correr por la vía mientras Gustavo disparaba. Lo siguió treinta metros y se regresó al auto.

Tiempo después vendió el taxi. Cuando decidió volver a La Quiebra, en compañía de su hermano Arturo, recién empezados los años noventa, se encontró con la violencia que no había conocido en los tiempos lejanos de su niñez.

Un documento titulado *Oriente antioqueño: análisis de la conflictividad*, publicado por las Naciones Unidas en junio de 2010, relaciona la violencia en la región con la llegada del Frente 47 de las Farc, en los años ochenta, procedente del Magdalena Medio. La guerrilla venía con un objetivo: hacer presencia en los corredores hacia el Norte de Caldas y, en el Oriente cercano de Antioquia, donde empezaban a desarrollarse obras tan importantes para el país como el aeropuerto José María Córdova de Rionegro, la autopista Medellín - Bogotá y la represa de Guatapé que, para el momento, generaba el 35 por ciento de la energía del país.

Para 1982, el Frente Noveno de las Farc hacía presencia en los municipios de San Carlos, San Rafael, San Luis, Cocorná, Concepción y Alejandría; mientras en Sonsón, San Francisco, Argelia y Nariño estaba el Frente 47. Desde allí enfrentaban al Ejército, cobraban vacunas y secuestraban.

El 30 de julio de 1997, Nariño soportó un combate de treinta horas eternas entre soldados y guerrilleros. De acuerdo con el portal *Rutas del Conflicto*, unos trecientos miembros de las Farc detonaron un carro bomba, varios morteros y cilindros, destruyendo la Alcaldía, tiendas, viviendas y la estación de Policía. La masacre dejó 16 muertos, entre ellos cuatro menores de edad, dieciséis heridos y ocho policías secuestrados. Antes de abandonar el pueblo, los guerrilleros hurtaron varios establecimientos y asesinaron en la plaza principal al comandante de la Policía de Nariño. Durante esos años de enfrentamientos y desplazamientos, Nariño pasó de tener dieciocho mil a nueve mil habitantes.

Cuando regresó a vivir a La Quiebra, Gustavo tenía 34 años y no se había casado aún. Como su hermano había heredado las hernias de su padre y una cojera en una de sus piernas, él era el encargado de los trabajos de carga. Ambos sembraban cultivos de lulo, curuba larga, maíz y papa, y cuidaban el ganado. Las cosas, a pesar de la guerra, iban bien: todas las cosechas se sacaban hasta Sonsón. Los grupos armados comenzaban a enfrentarse, pero a ellos nadie los molestaba. Los veían ir de un lado a otro. No sabían quién era quién y tampoco hacían preguntas. Todos se vestían igual: camuflado y botas. A veces decían que pertenecían al Ejército, otras a los paramilitares y otras a las guerrillas.

En el año 2000 todo cambió: los enfrentamientos entre los soldados de la Cuarta Brigada, las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio (Acmm) y las Farc, al mando de alias Karina, que ya comandaba a sus hombres desde Nariño, se hicieron más frecuentes en La Quiebra.

“Esa gente [las Autodefensas y la guerrilla] se mantenían comiendo frutas y cargándose el ganado a los camiones. Todo el ganado que había se lo cargaron. En ese entonces, la guerrilla voló el puente de Tasajo para que no pasara de aquí para allá mucho ganado. Eran los comentarios. Iban a volar el del Río Arriba, pero el control del Ejército no fue tan favorable ahí”, recuerda Gustavo.

El Puente Tasajo aparece reseñado en una noticia de *El Tiempo* como una zona roja para transitar en la Semana Santa del año dos mil: “*País Libre* llama la atención sobre otras vías que, sin ser principales, son consideradas de alto riesgo porque allí se han montado falsos retenes y los subversivos han hecho pescas milagrosas. Antioquia: puente Tasajo de Sonsón”.

Algunos meses después de la toma de Nariño, los diferentes grupos armados empezaron a utilizar el corredor de su casa como dormitorio. Gustavo nunca se acostumbró a escuchar los pasos de las botas en las noches. Nunca se acostumbró a abrir la puerta del corredor, entredormido, y ver a un pelotón del Ejército Nacional echado, descansando. O a un frente entero de la guerrilla. Nunca se acostumbró a ver los fusiles y el camuflado y los morteros y las pistolas y las cantimploras y las granadas y la metralla y el miedo constante que cargaban los soldados y los guerrilleros en la espalda.

Él no decía nada, sin embargo. Sabía guardar silencio, pero se sentía incómodo, molesto; también tenía miedo. Los que más visitaban el corredor de su casa, a la hora de dormir, eran los guerrilleros. Llegaban y le decían:

—Vea, nosotros nos vamos a quedar por aquí. No se preocupe, nosotros no vinimos a hacerle nada a usted; antes lo cuidamos.

—Bueno —respondía aburrido.

Por su casa, en aquellos días, también pasaban los empleados encargados del desminado humanitario con una advertencia: la tierra donde había crecido era campo minado. Las partes más peligrosas eran los nacimientos de agua y los caminos principales por los que caminaba el Ejército. Óscar Hurtado López, uno de

los dos hijos de Gabriela López Giraldo, la maestra de la escuela de La Quebra, tenía cinco años cuando le advirtieron que no se acercara al nacimiento de agua que surtía el centro educativo: “Un señor nos dijo que no podíamos volver a ir, porque todo por ahí estaba minado. Cargábamos de esa agua para el restaurante y también para los baños, pero ¿quién se volvía a arrimar por allá?”.

Desde 1990 hasta 2010, en Sonsón se registraron 73 víctimas de minas antipersona. En las cifras de Conciudadanía se evidencia un incremento en el uso de estos artefactos explosivos artesanales entre 2001 y 2007. En los últimos años, de acuerdo con la base de datos de desminado humanitario de la organización no gubernamental The Halo Trust, en La Quebra se reportaron dos áreas peligrosas de 8.941 metros cuadrados, que ya fueron despejadas: se encontraron tres minas antipersona y 42 municiones de bajo calibre; en Sonsón se han despejado 106.366 metros cuadrados: se hallaron 105 minas, dos municiones sin explotar y 72 municiones de bajo calibre; en Argelia de María fueron despejados 80.589 metros cuadrados y se registraron 72 minas antipersona, cinco municiones sin explotar, siete municiones de bajo calibre y dos artefactos explosivos improvisados; por último, en Nariño fueron despejados 113.923 metros cuadrados y se encontraron 121 minas antipersona, siete municiones sin explotar y 64 municiones de bajo calibre.

En esos años, comienzos de los dos mil, era común escuchar en buses, cafeterías, restaurantes, confesionarios, parques, burdeles, hoteles, colegios, bodegas, almacenes, estaderos, panaderías, estaciones de gasolina, bibliotecas, cantinas; en las conversaciones entre obreros, borrachos, gerentes, los presos de la cárcel y los cocheros de la plaza de mercado; los rumores de la guerra que iban y venían. “Que los guerrilleros del ELN hicieron una reunión en la escuela de la vereda Tasajo y les dijeron a los papás que iban a hacer presencia en la zona. Que no les iba a pasar nada”; “Oíste, mijo, que las Autodefensas están requisando a todo el que sube a La Quebra. Esta mañana, a una pareja que vino a comprar los

útiles escolares de las hijas, los cogieron en el camino y les dijeron que eso que llevaban era un mandado pa' la guerrilla"; "Hombre, imagínese que ayer quemaron tres buses en San Miguel. Que bajaron a la gente y les echaron candela"; "Que en Sonsón ya no se puede tener moto, porque la guerrilla les está exigiendo a los campesinos que se las tienen que prestar"; "Ayer hubo un combate, hermano, no, no me acuerdo el nombre de la vereda ni de la escuela... Que a la profesora le tocó encerrarse con los niños. Y que esos niños no dejaban de llorar. Cuando salieron al patio estaban tres guerrilleros muertos. Que los perros se empezaron a comer las tripas y los órganos".

María Gabriela López Giraldo fue la última profesora que dio clases en la escuela de La Quiebra. Es una mujer de poca estatura, sonrisas contagiosas y anécdotas, casi todas referidas a su vida como docente. Recuerda que los últimos días de septiembre de 2001 la guerrilla empezó a realizar los retenes en la vía que duraban dos y hasta tres días. A todo el que subía o bajaba lo requisaban y toda mercancía que se transportaba en los carros la esculcaban.

Una mañana, mientras Gabriela les estaba explicando a sus estudiantes el abecedario, o los continentes, o los números, o los países, o alguno de los tantos temas que se enseñan en primaria, un guerrillero apareció en la puerta del salón.

—Profe, ¿me puede hacer un favor un momentico?

Gabriela salió.

—Sí.

—¿Quiere que le bajemos unas cosas a un carro que hay allí para que usted se las dé a los niños? —le propuso el hombre, recordándole que ya estaba por llegar octubre, el mes en el que los niños reciben dulces y regalos.

—No señor. Ni peligro. Yo le agradezco mucho —respondió Gabriela.

—Pero vea, son zapatos, son botas... Pa' que les dé a todos los niños. Mire que ya va a empezar el mes de los niños —insistía.

—No, muchas gracias. Yo sé que para los niños ese es un regalo grandísimo, porque ellos son muy pobres, pero yo no lo hago.

Gabriela había escuchado historias. Sabía que la guerrilla o los paramilitares bajaban a Jorge Rincón y a Francisco Soto, los antiguos profesores de la escuela, y los requisaban. Que las Farc mataron a la profesora Rosalba Sánchez de Pareja en 1996, acusándola de ser colaboradora del Ejército.

Ella misma se vio intimidada por Alexander, un niño de trece años que andaba de arriba a abajo con un revólver. Alexander gritaba el nombre de la profesora desde la carretera, al tiempo que soltaba disparos al aire, como si le estuviera prediciendo su futuro. Cuando a Jefferson o Cristina, hermanos de Alexander, les pasaba algo en la escuela, entraba a la escuela y la amenazaba.

—¿Cómo así que a mis hermanos les pegó fulano de tal y usted no hizo nada? —le decía—. Tienen que respetar a mis hermanos, porque yo soy miliciano y los puedo matar en cualquier momento.

La voz aguda del niño no daba para creer su discurso, pero la pistola que cargaba sí. En las reuniones con los padres de familia, Gabriela les contaba a los papás de Jefferson y Cristina lo que pasa con Alexander. Ellos le respondían: “Ese muchacho es muy tremendo, no se deja manejar. Él vive enteramente con los guerrilleros, entonces a nosotros se nos sale de las manos”.

Otra mañana, Federico, el esposo de Gabriela, salió del cuarto donde vivían en la escuela y se dio cuenta de que el lugar estaba rodeado por los bolsos de muchos guerrilleros.

—Afuera está Karina —le dijo.

—¡Virgen María! ¿Y quién es esa señora?

Cuando Álvaro Uribe Vélez llegó a la presidencia en agosto de 2002, Karina en una de las comandantes más importantes de las Farc y era perseguida, según cifras oficiales, por dos mil soldados. Su nombre real es Elda Neyis Mosquera,

apodada con los alias de Karina, Nelly Ávila Moreno, Janet Mosquera y Rocío Arias. Fue reclutada a los dieciséis años y se desmovilizó en el 2008 en una zona rural de Sonsón. Un perfil periodístico reciente, escrito por la periodista estadounidense Maureen Orth para *Vanity Fair*, cuenta que en 1998 Elda Neyis, teniendo treinta años y liderando un ataque al Ejército, sufrió un grave accidente después de que le explotara una granada en la frente. El accidente le generó la pérdida de visión en un ojo y la audición en un oído. “Estuvo en coma una semana. Sus compañeros de armas la enviaron a un hospital de Medellín disfrazada de campesina”, relata el artículo. Entre los integrantes de la fuerza pública se comentaba que Karina jugaba partidos de fútbol con las cabezas de los militares. En el artículo de Maureen, sin embargo, Elda Neyis niega ser la responsable de hechos tan horrorosos. Después de su desmovilización, las Farc ofrecieron trescientos millones de pesos por su cabeza, por considerarla una traidora de su causa. Actualmente, está sindicada por los delitos de secuestro extorsivo agravado —fue imputada tras participar en 83 hechos que involucraron a 158 víctimas entre los años 1998 y 2002—, desplazamiento forzado, homicidio, hurto, desaparición forzada, reclutamiento ilícito y violencia basada en género.

Pero esa mañana, Federico le respondió a Gabriela con una propuesta.

—Ella es la fuerte de esta gente. ¿Usted la quiere conocer?

—Sí, yo sí la quiero conocer. Yo de aquí me voy, acá no vuelvo, pero la voy a conocer.

Era su último día en la escuela. Gabriela no soportaba más el miedo constante de que los guerrilleros fueran sorprendidos en una emboscada del Ejército y había decidido informar ese mismo día en la Secretaría de Educación lo que estaba pasando en la escuela y renunciar como profesora.

—Disimule, no vaya a salir así como así. Vaya y échele agua a las matas —le dijo Federico.

Cogió un balde y una silla y empezó a regar las plantas de la parte trasera de la escuela. Bordeó la pared de la parte derecha. Después de dar la vuelta vio a Karina sentada en el corredor principal. De no ser porque la mujer tenía un labial en su mano derecha y un espejo en la izquierda, Gabriela hubiera pensado que era un guerrillero más por el cabello corto y la corpulencia de su cuerpo.

—Buenos días —dijo Gabriela.

—Buenos días —respondió Karina.

—Ay, qué pena. Yo no le voy a echar más agüita al jardín, porque de pronto la mojo.

—No, tranquila. No se preocupe, no me moja.

Mientras Karina estaba concentrada en el espejo, Gabriela la detallaba: veía los dos dientes centrales superiores separados, los labios hinchados, las cejas depiladas. Le causaba gracia y asombro la escena que estaba viendo: a Karina no le daba pena, como a la mayoría de mujeres que ella conocía, ser observada mientras se arreglaba. No apartaba su mirada ni un solo segundo del espejo. Parecía estar hipnotizada. Perfectamente podía llegar alguien, un soldado o un paramilitar, y dispararle por la espalda.

Antes de las clases sostuvieron una breve conversación. Karina le preguntó cuál era su nombre, si estaba vinculada como maestra, cuánto tiempo llevaba trabajando y cómo le había parecido la vereda y su gente. Esa mañana Gabriela no dejó salir los niños al descanso. Les hizo saber que seguirían de largo para salir más temprano. A la una de la tarde, cuando observó que un bus escalera se asomaba por una de las curvas de la vía, se despidió de sus estudiantes diciéndoles que tenía que ir al pueblo para hacer unas diligencias.

No regresó. Un par de días después, por oídos de otras personas, le llegaron los rumores de lo que había pasado con la escuela: balearon las chapas, sacaron los archivos de las notas, utilizaron el baño y los baldes y las ollas y las traperas. Se enteró de que su alumna Herlinda murió después de pisar una mina, y de que el

hermano de ella quedó gravemente herido y traumatado. A Betsabe, la adolescente extrovertida que jugaba con los niños en los descansos, la mataron y abandonaron en la cuneta de una vía. A los papás de dos de sus estudiantes que salieron corriendo por una trocha los mataron al confundirlos con soldados.

Desde entonces, la escuela quedó sola y olvidada.

Gustavo no recuerda el mes ni el año, pero ya estaba casado con Belén y tenía a sus dos hijos. Vivía entre Sonsón y La Quebra. Tampoco recuerda por qué no se fue en su bicicleta de ruta amarilla. Solo recuerda que era un mediodía. Los carros se demoraban a veces una y hasta dos horas para pasar. Se subió al bus que viajaba hacia Nariño. Llevaba un bolso en el que guardaba una libreta donde estaba escrito el orden del día. En La Quebra tenía una reunión con los socios de la Junta de Acción Comunal (JAL). Llevaba más de cinco años siendo el presidente. Le gustaba trabajar con los campesinos de la vereda porque eran gente humilde y trabajadora. Cada mes, les llevaba las promesas que la alcaldía de Sonsón nunca cumplía: familias guardabosques productivas, reforma estatutaria, mejoras en el centro educativo rural.

En la vía, antes de llegar al sector conocido como Alto de los Cristos, ocho integrantes de las Autodefensas estaban haciendo un retén. “Nosotros somos las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio —comentó el hombre que se subió al bus—. Dejen los bolsos y se bajan ustedes”. Esculcaron todos los bolsos. Al hojear la libreta de Gustavo leyeron la fecha de una reunión, pero no el lugar.

Uno de los hombres, al parecer el del rango más alto por sus gestos y forma de tratar a los demás, lo llamó.

—Venga, venga usted. ¿Cómo se llama?

—Gustavo Villegas Hidalgo.

—¿Usted pa' dónde va?

—Aquí pa' la finca. Ya voy a llegar.

—Ah, ¿sí? A mí ya me comentaron quién es usted. Usted se mantiene aquí dizque alcahueteándole a la guerrilla.

—No, señor, yo no le alcahueteo a la guerrilla; esa gente se mantiene por todo esto. Esto por aquí es zona de ellos. ¿Uno qué va a hacer ahí?

—¿No me está diciendo mentiras?

—No, señor.

—Ah, bueno. Cuidado, pues, que usted ya sabe cómo es conmigo.

Nunca había tenido problemas con la guerrilla. No lo habían amenazado ni le habían cobrado extorsión ni lo habían acusado de pertenecer al bando contrario. Por ellos no tenía rencor. Como hablaba con la verdad ante los paramilitares, se sentía tranquilo. La reunión, a pesar de que varios socios de la junta asistieron y lo esperaron hasta las horas de la tarde, no se llevó a cabo. Ese mismo día, en la parte alta de la vereda Chaverras, los paramilitares detuvieron a los hijos de Miguel Álvarez y de Norberto Sánchez, habitantes del sector. Gustavo no recuerda sus nombres. Los señalaron de alcahuetes de la guerrilla. Les sacaron información. Les advirtieron que tuvieran cuidado.

Según el artículo “La máquina de guerra de Ramón Isaza”, publicado por el portal *Verdad Abierta*, a finales de los setenta Ramón María Isaza Arango, un campesino de Sonsón, convocó a un grupo de ganaderos y maderos para que lo apoyaran económicamente en la conformación de un grupo de autodefensa. Estaban hartos de las extorsiones, los robos y los secuestros de la guerrilla. Ese primer grupo recibió el nombre de Los Escopeteros, y hacía presencia en algunos corregimientos de Sonsón como San Miguel y La Danta.

Al mismo tiempo, en Puerto Boyacá (Boyacá) otro grupo de campesinos organizó su propio grupo. Con los años y con la fusión de ambos grupos nacieron

las Autodefensas del Magdalena Medio de Puerto Boyacá. Ramón Isaza, más conocido como El Viejo, lideraba las tropas en el territorio antioqueño. Ya para finales de los noventa, después de múltiples alianzas y divisiones, Isaza se independizó y creó cinco frentes nuevos. Esos frentes hacían presencia en Caldas, Cundinamarca, Puerto Triunfo, Puerto Nare y Sonsón.

Una carta, escrita por un soldado del Ejército Nacional y publicada en *La Silla Vacía*, relata lo que eran los enfrentamientos en La Quebra en abril de 2002: "(...) Llegamos a La Quebra, una intersección de caminos que conducían a Sonsón, Nariño y Argelia. Era una noche tranquila. Habíamos llegado exhaustos a nuestro punto. Instalamos la seguridad y reposamos al lado de la carretera. Al despertarme, hacia las cinco de la mañana para atender el llamado de mi comandante, vi un cable que iba por la orilla del camino. No lo toqué, simplemente seguí su curso. Este cable tenía bifurcaciones hacia todos los puntos cardinales. Continué hacia el norte, acercándome al sitio donde había descansado el otro pelotón del escuadrón. Levanté a los soldados diciéndoles que se movieran de la manera más leve posible. Así lo hicieron. Ahí me aterroricé. Estaba en un campo minado, inmerso en un área de muerte.

»Días antes, el Noveno Frente de las Farc y las Autodefensas habían sostenido cruentos combates, y nos preocupaba encontrarnos con más campos minados. Buscábamos alguna estructura armada, pero no logramos entrar en combate. Al evidenciar que tenía la situación bajo control, opté por regresarme por una ruta diferente. Resultó ser una vereda fantasma: fincas, casas y bares vacíos.

»Mi falta de experiencia no me daba para entender el porqué de este escenario. De repente, sentí un olor nauseabundo; los gallinazos estaban dándose un banquete a la orilla de la carretera. Emplazamos las armas de acompañamiento y apoyo y salimos a la carretera destapada. Di la orden de espantar aquellas aves y en una cuneta encontramos el cadáver de un niño, no pasaba de los ocho años. Su cuerpo, a pesar del estado de descomposición, evidenciaba algunos impactos

por arma de fuego. Procedí a informar al comandante de la compañía. Jamás imaginé lo que me esperaba días más adelante.

»Llegamos nuevamente a nuestra área de reunión y nuestro capitán ordenó reubicar la compañía. El clima frío nos obligaba a armar nuestras carpas en el piso y para ello se entierran estacas en el suelo. La tierra era blanda y nos permitía con nuestras palas asegurar las carpas y hacer frente a los fuertes vientos. De repente un soldado me llamó. Un codo humano sobresalía de la tierra. Seguimos excavando, encontramos un brazo... Y así, en los diferentes puntos iban apareciendo restos, cabezas, manos, piernas y troncos... Jamás había fumado, pero, para calmar los nervios, pedí un cigarrillo a un cabo, y sin saber fumar, tragándome el humo, me senté a ver aquella escena tan dantesca. Ordené que no siguieran excavando. Informé y mostré a mi capitán la situación. Horas después, llegó la Cruz Roja. Recuerdo que en su mayoría eran italianos; para sacar aquella imagen de mi mente me concentré en la belleza de una chica que venía en esa comisión, dejé volar mi imaginación para distraerme por lo menos unas horas, antes que verle la cara a la maldad. Día a día escuchábamos las trágicas noticias de la situación de Argelia, los desplazamientos, desabastecimientos, ejecuciones y desapariciones. Nos sentíamos impotentes”.

Un día de abril de 2002, Gustavo se levantó a las seis de la mañana. La noche anterior, como de costumbre, había preparado el chocolate en dos termos para beber muy temprano. Entre él y su hermano Arturo hicieron el desayuno y el almuerzo: arepa con quesito y sancocho con arroz sudado. Comida sencilla de campo, como él la describe.

Ese día tenían planeado fumigar una curubera, por eso alistaron un tanque de veinte litros de veneno que Gustavo cargaría en su espalda toda la jornada. Era común escuchar los tiroteos a lo lejos. Cuando regresaron a la casa, a las seis de la tarde, empezaron a sonar los disparos de fusil, las granadas y todos esos estallidos fuertes y coordinados, como si hicieran parte de la banda sonora de una

película de guerra. Se acostaron. Ambas camas estaban tan cerca, que podían decirse cosas entre sí. Después de las diez, empezaron a sonar repetidos estallidos a la vez. “¡Ra-ta-tá!; ¡ra-ta-tá! ¡pum!; ¡ra-ta-tá! ¡buuum!; ¡pum!”.

—Arturo... Oiga, hombre, oiga eso —comentó Gustavo, entre el miedo y la oscuridad—. Pidámosle a mi Diosito, hombre, porque vea: tiran una bomba y nos matan aquí.

—Avermaría, ¿nos metemos debajo de las camas?

—Peor. Si nos pillan escondidos, nos matan también. Si vienen y nos preguntan qué estamos haciendo, les respondemos que estamos acostados.

Gustavo metió todas las oraciones que se sabía en un disco imaginario y las puso a sonar: padre nuestro que estás en el cielo, llena eres de gracia, el señor es contigo, santificado sea tu nombre, bendito sea el fruto de tu vientre Jesús. Amén.

En La Quiebra no había luz eléctrica, por eso no había forma de mirar un reloj y saber la hora; sin embargo, según sus cálculos, el enfrentamiento terminó más o menos a la una de la madrugada. Trató de dormir, pero sus pensamientos no lo dejaron conciliar el sueño. Era la hora de planear, sobre su cama, lo que iba a suceder con su vida. En Sonsón estaba su familia, pero no tenía trabajo y necesitaba dinero para comprar la panelita. “¿Yo qué me voy a ir a hacer en Sonsón, por Dios?”, pensaba.

—Arturo, por la mañana nos vamos. Mejor dicho: si amanecemos vivos, vienen por aquí y nos rematan —se sentía muerto.

—Sí.

—Vale más la vida que todo.

Gustavo recordaba a sus hijos, Adolfo y Andrés Felipe, esos dos niños de trece y ocho años, cachetones, y a su esposa Belén, quienes lo estaban esperando en la casa que tenía en el pueblo.

No esperaron ni un segundo de más, y apenas el sol asomó su cara salieron hacia Sonsón. No empacaron nada: todo se quedó en la finca. Ni siquiera esperaron el bus escalera que salía desde Argelia a las siete. Caminaron dos horas, por el borde de la vía, hasta llegar a abrazar a su familia.

Los pensamientos de los días que siguieron los recuerda como los peores: no sabía si quedarse en la casa, aburrido, sin comer, sintiéndose muy débil, encerrado, castigado como un niño sin recreo, porque su vida era trabajar en el campo desde la mañana hasta la noche. Se sentía muy agradecido por tener vida, pero también muy nervioso por habersele escapado a la muerte. Salía a las calles, deambulaba, pensaba, deambulaba, se preguntaba, deambulaba, creía que lo seguían, caminaba más rápido, conversaba con la gente... Volvía de nuevo a la casa: se sentaba, miraba todas las paredes, detallaba el cuadro del Corazón de Jesús que cargó su mamá en la mano desde Salamina y el cuadro donde estaban sus dos pequeños hijos abrazados. Se volvía a poner de pie y se quedaba en la ventana, mirando, detrás de la cortina, más allá de la niebla, la montaña en donde había quedado su finca con los sembrados de papa, uchuva y tomate, y Peluche y Jerry, los dos perros que lo habían acompañado tantos años. Arturo tampoco comía. Vivía con Gustavo, Belén y sus sobrinos. Su salud se empezó a desvanecer. Decía cosas sin sentido, como que lo llevaran de visita donde su madrastra, que ya estaba muerta. Todos los indicios conducían a la locura. Algunos días después murió. Gustavo asegura que fue causa de la tristeza profunda que sintió por el desplazamiento.

“Yo me regreso pa’ La Quiebra. A la mano de Dios, a ver qué se ve por allá”, decidió Gustavo quince días después. A pesar de las noticias que traía la gente que se bajaba de las escaleras en el parque principal, de los muertos tirados en las cunetas, de esa noche tormentosa en la que no pudo dormir, esa mañana se subió en el bus de las diez.

Las dudas le ganaron: quería saber qué había pasado con su finca, con los animales, con los cultivos. Se fue para La Quiebra, a pesar de que Belén y sus hijos le rogaron que no lo hiciera: “Papá, ¿usted cómo se va ir a exponer por allá?”. “No sea porfiado”. “No sea intenso”. “¿Es que yo qué me quedo haciendo

aquí, por Dios?”, les respondía él con toda la calma en su voz. “No, hija, yo mejor me voy pa’ la finca, porque yo no le debo nada a nadie. Yo no he hecho nada. ¿Yo qué he hecho? Nada. Que lleguen, yo les digo la verdad y listo”.

Después de bajarse del bus, encontró un lienzo pintado con la desesperanza: los cultivos de lulo, curuba y mora estaban destrozados, y solo quedaban ocho cabezas de ganado. Se veían las pisadas de las botas en el suelo, estaban por todas partes. A pesar del desconsuelo, Gustavo se sentía feliz de estar vivo. “Es que la vida vale mucho”, decía, al tiempo que abría las compuertas de su alma, dejando escurrir por sus ojos el cauce de dolor. “Pero gracias a Dios estoy vivo, hombre”, repetía.

Durante un par de semanas estuvo dedicado a recuperar el ganado, y descolgó de los campos el alambre del que prendía la curuba. Era muy poco lo que hacía, porque ahora estaba solo. Viajaba cada ocho días. Empezó a ver la vereda particularmente arruinada. Sentía nostalgia y estrés.

Una tarde, a las cuatro, después de ir a ver el ganado, encontró a seis soldados en su propiedad. “Ve, hombre, tan bueno... Ahí está el Ejército. Gracias a Dios, hombre”, pensó con alegría.

—¿Qué más los señores? —los saludó.

—Venga a veer —respondió muy serio uno de ellos—. ¿De dónde viene?

—Vengo de ver unos animalitos por allá.

—¿Usted está solo?

Tres soldados lo interrogaban; los otros tres, a ochenta metros, los escoltaban.

—No, señor —mintió; también había escuchado historias en las que el Ejército desaparecía a la gente. Lo requisaron.

—¿Por ahí hay más gente?

—Sí, señor, por allá pa' arriba hay unos señores que están sacando maderita, eso es ya que vienen, sí señor...

—Ah, bueno. ¿Usted trabaja aquí?

—Sí, señor...Nosotros trabajamos por aquí.

—Oiga, ehhhh... ¿Dónde dejó a la gente, a la guerrilla? No nos negués, gran hijueputa. Vos te mantenés aquí, gran hijueputa, alcahueteándole a la guerrilla.

—No, señor, yo no soy alcahuete con ellos.

—No me digás que no, que vos te mantenés alcahueteándoles y te mantenés cargándoles esos morrales. Quítate a ver esa camisa.

Gustavo pensó: "Ay, jueputa, de pronto tengo callo en la espalda por cargar la fumigadora". Era lo más obvio: una bomba de veinte litros con veneno, de metal, varios días a la semana, deja su huella en la piel. ¿Y cómo hace un soldado para saber que un hombre como Gustavo es guerrillero? ¿Por las botas? La mayoría de campesinos llevan botas. ¿Por el callo en la espalda? La mayoría de campesinos cargan bombas fumigadoras de veinte litros que tallan la piel. ¿Cómo carajos hace un soldado para saber si ese hombre que humilla es un guerrillero?

Los ojos de los soldados repararon su piel. Lo miraron de pies a cabeza. Gustavo seguía retraído en sus pensamientos: "A lo mejor voy a tener callo".

—Acuéstese bocabajo —le ordenaron—. No negués, gran hijueputa.

Mientras decían eso, trataron el cuerpo de Gustavo como si fuera un balón de microfútbol: una patada en la costilla derecha, otra en la izquierda, una en las piernas, otra en el tórax, una más en el hombro; después, ya como si fueran jugadores de billar, le empezaron a asestar golpes con las cachas de los fusiles. Lo único que exclamaba, mientras lo golpeaban, era un: ¡ay, mi Diosito bendito!

Lanzó su suerte en una pregunta, quería saber rápido su destino.

—¿Me van a matar?

—...

Sentía un dolor insoportable en los antebrazos. Era tan fuerte, que daba por hecho la fractura de los huesos.

—Agachate ahí bocabajo.

Pensó que por fin iba a escuchar los fusiles: primero unos cuantos “clic, clic, clic”, y después un número incierto de disparos que se incrustarían en su cuerpo por la espalda: “¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!”. No se sentía nada bien: pensaba que sus intestinos estaban despegados. Los otros tres soldados lo miraban impávidos.

—Párese a ver.

Se puso de pie. Los árboles giraban, las montañas giraban, la casa giraba, los soldados giraban: estaba borracho.

—Corra hacia la casa —le ordenaron. Gustavo corrió los veinte metros que lo separaban del corredor.

La Corte Interamericana de Derechos Humanos describe las ejecuciones extrajudiciales como “una violación que puede consumarse en el ejercicio del poder del cargo del agente estatal, de manera aislada, con o sin motivación política, o, más grave aún, como una acción derivada de un patrón de índole institucional. Usualmente se entiende que la ejecución se deriva de una acción intencional para privar de la vida a una o más personas, de parte de los agentes del Estado o bien de particulares bajo su orden, complicidad o aquiescencia”.

El escándalo de los falsos positivos en Colombia estalló a finales de 2008 cuando varias investigaciones periodísticas revelaron que el Ejército asesinaba a hombres y mujeres inocentes, y luego los reportaba como guerrilleros o paramilitares muertos en combate. Uno de ellos fue Víctor Gómez, un vigilante, quien apareció muerto en Ocaña, Norte de Santander, a 740 kilómetros de Soacha, su pueblo natal. Los reclutadores del Ejército lo emborracharon y se lo llevaron con

la falsa ilusión de encontrar un mejor empleo. Luego, Víctor fue señalado como un paramilitar más muerto en enfrentamientos.

En 2019, durante doce horas, el coronel Gabriel Rincón dio su versión sobre los falsos positivos ante los magistrados Catalina Díaz y Óscar Parra de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). “Él (Mario Montoya, comandante del Ejército Nacional hasta el 4 de noviembre de 2008) hacía un programa radial: ‘Vamos a leer el top diez —anunciaba Montoya—, el resto no me sirven pa’ nada, no me sirven pa’ un carajo, porque no están dando los resultados y no me sirven’. Dio un plazo... Y está en el libro: no podían pasar más de treinta días sin que una unidad pasara sin dar resultados. Si usted reportaba más de treinta días sin ese batallón dar resultados, a ese comandante le daban de baja. Una brigada móvil, por ser brigada móvil, no podía pasar más de una semana”.

Rincón exponía el tema con la ayuda de un tablero. Varias víctimas lloraban al escuchar su testimonio.

“Cuando él hacía los programas radiales —agregaba Rincón—, cuando se refería a todas las unidades, sus instrucciones eran: ‘A mí no me vayan a reportar heridos, yo necesito son muertos en combate y litros de sangre’. Y a usted lo medían era por eso. Muertes o bajas a como diera lugar”.

Ambos magistrados le pidieron que aclarara la expresión “a como diera lugar”, bastante repetida en sus declaraciones: “Era que no importaba si eran guerrilleros o personas civiles o milicianos o personas que no tuvieran relación alguna con el conflicto”.

Rincón se secaba las lágrimas con un pañuelo blanco. “Y el tomar la decisión de manifestar esto es quitarse —no lo decía en primera persona— una carga... Pensar en que... No sé si se pueda resarcir ese dolor tan grande que tiene una familia, porque lo estoy viviendo en carne propia, porque no dije no. Infortunadamente, pues, todo eso se daba para que en el fragor de la legalidad existiera la ilegalidad... Yo lo único que les pido es que exista un poquito de entendimiento frente a lo que pasó y sucedió. No les vamos a devolver a sus seres

queridos, porque no va a ser así, pero que sí exista de pronto una reconciliación y que esto no vuelva a pasar nunca”.

Los excoroneles de la Policía Ómar Eduardo Rojas y Fabián Leonardo Benavides, en su libro *Ejecuciones extrajudiciales en Colombia 2002 - 20018*, citado por el medio británico *The Guardian*, aseguran los falsos positivos en Colombia fueron más de diez mil; sin embargo, un estudio publicado en 2015 por la organización no gubernamental Human Rights Watch, afirma que el número de colombianos desaparecidos, asesinados y luego presentados como guerrilleros muertos en combate, entre 2002 y 2008, ascendió a más de tres mil.

En el estudio de Human Rights Watch, además, se señala a la Cuarta Brigada del Ejército Nacional, con presencia en el Oriente antioqueño, como autora de 426 casos de falsos positivos. Entre las once brigadas estudiadas, la Cuarta Brigada fue una de las que más aportó al “top diez” que leía el general Mario Montoya en sus informes radiales. Si en un mapa de Antioquia señaláramos la cantidad de ejecuciones extrajudiciales, los círculos desbordarían su croquis.

En esos años, el Ejército ofrecía importantes incentivos por esas bajas en combate. La directiva militar número 62162, firmada por el mayor general Fabio Duván Pineda Niño, dice textualmente en el apartado condecoraciones distinguidas en orden público: “Estos resultados deberán estar relacionados con la recuperación de áreas de influencia de las organizaciones narcoterroristas y el incremento de la sensación de seguridad que favorezca el crecimiento de la economía regional”. En el cuarto apartado se lee: “Para el otorgamiento de la condecoración se tendrá en cuenta aquellas operaciones donde mínimo sean dados de baja cinco narcoterroristas, se incauten armas largas y las novedades en las tropas sean mínimas”.

Si los soldados hubieran decidido dispararle a Gustavo y presentarlo como una baja dada en combate, les hubiera significado desde un permiso de vacaciones para ver a sus familiares y novias, un aumento en el salario, un curso de formación,

hasta un ascenso, una medalla que se puede conseguir por cincuenta mil pesos o menos en internet, o una felicitación de un general.

Se quedaron mirándolo. Lo siguieron. Cuando llegó a la puerta, todas sus cosas estaban desorganizadas: los colchones, las mesas, las cobijas, las sillas, los documentos. Más tarde se enteraría de que los militares le habían robado un reloj, un machete, un alicate y unas botas nuevas.

—Cierre la casa para que se vaya con nosotros... Póngase la camisa —le ordenaron.

—No, eso no le pasa nada, yo voy a dejar abierto —dijo con desconsuelo.

—Es mejor que cierre, después se le roban las cosas y piensa que fuimos nosotros.

Medio ajustó la puerta.

—Vámonos, pues, a ver... Vamos a llevarnos a este hijueputa adelante; si hay un enfrentamiento o alguna cosa que sea el primero al que le quiebren el culo.

Caminaron doscientos metros hasta la carretera destapada.

—¿Pa' dónde vamos? —preguntó asustado Gustavo.

—No pregunte, no pregunte —respondió uno de ellos.

Varios soldados, en ambos costados de la vía, permanecían de pie. Los que llevaban a Gustavo, comentaban las mismas frases: “Vean, aquí llevamos a este hijueputa”. “Vean, si quieren les prestamos a este”. “Este hijueputa es un alcahuete”. “Yo no soy nada, hombre”, respondía ofuscado Gustavo.

El trayecto duró veinte minutos. El dolor que sentía en su cuerpo le hizo olvidar cuáles eran las características del lugar.

—Vaya donde mi mayor —le ordenó el soldado que más lo había torturado.

—¿Usted qué? —lo cuestionó el mayor—. Oiga, ¿usted le mantiene trochas a la guerrilla por la finca suya? ¿Les alcahuetea?

—Ellos mantienen trochas por todo esto —respondió Gustavo—. Vea, el decir en Sonsón es que la guerrilla se mantiene en el páramo, pero la guerrilla se mantiene es en La Quebra. En Sonsón dicen que es en el páramo.

—Ah, es que como yo no conozco. Oiga, ¿usted le colabora a esa gente en su casa?

—Si llegan a mi casa y me piden aguadulce, yo les doy aguadulce. ¿Yo cómo les voy a decir que se vayan? A mí me da mucho miedo preguntarles quiénes son; a mí me da mucho miedo de las armas; a mí me da mucho miedo de los hombres armados.

—A mí también... A mí también.

La idea que rondaba la mente de Gustavo era escapar. Me les voy a meter al bosque y ahí me pierden, pensaba.

—¿Qué hace? ¿Cómo se llama? ¿Usted quién es para la guerrilla? ¿Hace cuánto están por ahí? ¿Cuántos pasan?

Que campesino, que Gustavo, que nadie, que hace mucho, que varios.

—¿Han comido en su casa? —continuó preguntando el mayor.

—Lo único que han bebido es aguapanela, porque yo no soy capaz de negarle una taza de aguapanela a nadie. Y si llegan a mi casa hombres armados, a mí me da mucho miedo de las armas. Es como llegar ustedes a mi casa y decirme: ‘Nos vamos a quedar aquí’. ¿Yo qué les puedo decir a ustedes? ¿Váyanse? No. Así es con esa gente: llegan y me dicen: ‘Nos vamos a quedar aquí’. ¿Yo qué les voy a decir? ¿Váyanse de aquí? ¿Pa’ que me maten?

El mayor no le despegaba los ojos ni un solo segundo del rostro. El soldado que tanto lo golpeó, escuchaba en silencio el diálogo.

—Llévenlo pa' allá —les ordenó a sus hombres.

Lo arrastraron por un camino de rastrojo: solo se veían árboles y más árboles. “Si me están metiendo por aquí es porque me van a matar estos hijueputas”, se lamentaba Gustavo. “Aquí me van a matar”, pensó cuando llegaron a una cuneta. “Aquí no me voy a poder escapar”.

—Vean, pa' que nos llevemos enseguida a este hijueputa —comentó un soldado a dos centinelas que estaban allí—. Déjenlo ahí a ver.

A pesar de la fría neblina que soplaba en el páramo, Gustavo no percibía en sus poros la baja temperatura. Sentía miedo, nostalgia y esperanza. Todo al mismo tiempo. Se sentó. Ambos soldados, de vez en cuando, lo detallaban. “Vea en las que se mete usted por alcahuete... Se mete sin necesidad, por ponerse a alcahuetearlos a esos hijueputas”, le decían.

Gustavo sigue sentado en la silla. La oscuridad ha invadido la sala. Detuvo la entrevista una sola vez, para verificar, desde la ventana, que los camiones parqueados al frente de su casa no golpeen el tejado como lo han hecho en anteriores ocasiones. Belén todavía no llega de la papelería donde trabaja. Sus hijos viven en Medellín. Andrés Felipe es enfermero profesional y Adolfo zootecnista. Nada le hincha tanto el pecho de orgullo como haber logrado que sus dos hijos fueran a la universidad. Su vida, tantos años después, es un viaje constante entre los cultivos de La Quiebra y su casa en Sonsón. Hace cinco años dejó la presidencia de la Junta de Acción Comunal de La Quiebra, y ahora pertenece a Familias Guardabosques, un programa del gobierno nacional que ofrece estímulos económicos a los campesinos que protegen los bosques.

De todo el relato, este es el momento más amargo de recordar. La nostalgia llega a su voz. Suspira. Saca un pañuelo blanco y se seca las lágrimas. La voz,

quebrada, dice: “Lo más difícil fue acordarme de los muchachos, de mis hijos, que me habían dicho que no me fuera por allá. Después de decirme que no me fuera para la finca y vea, meterme en esto. Yo pensaba: ‘Me van a matar aquí’. ‘No me va a tocar ver más la familia, hombre, a los niños...’”.

—Por ponerse a alcahuetearle a esos hijueputas —le repetía otro soldado.

—Yo no soy alcahuate; yo no le alcahuteo a nadie. Esa gente anda por todo esto de cuenta de ellos. Controlan todo por aquí. Se mantienen pa’ arriba y pa’ abajo, por la carretera. Trabajan en sus carros y todo.

—Véalo, véalo, sin necesidad de meterse en estos problemas.

Por la trocha apareció un soldado. Eran las nueve de la noche.

—¿Y usted qué? —le preguntó.

—Pues ahí —respondió convencido de que aquel lo iba a fusilar.

—Camine vámonos.

Después de caminar quince minutos por la misma trocha estrecha y oscura que lo habían llevado, llegaron hasta la carretera principal.

—Bien pueda váyase, bien pueda váyase —le dijo el soldado.

Se sintió feliz, era como volver a nacer. Caminó veinte minutos al borde de la vía, convencido de que estaba vivo de milagro. Quitó el alambrado. Entró a la finca. Abrió la puerta. Para calmar el dolor se echó agua fría en ambos brazos. Intentó levantar el colchón que estaba en el suelo, pero no tenían fuerza. Salió de nuevo a la carretera. Cerró la cerca. No sabe de dónde sacó fuerzas y caminó las dos horas que lo separaban de Sonsón. Antes de la medianoche tocó la puerta. “Qué pesar de mi papá”. “Mi papá es muy porfiado”, decían sus hijos cuando lo vieron. Se veían pálidos, asustados. Ellos mismos, en compañía de Belén, lo ayudaron a bañar. Se

puso unas tablillas en sus manos y con pomadas calientes encajó de nuevo los huesos de sus brazos.

Pasaron tres meses para regresar a la finca. De nuevo se subió en la escalera de las tres de la tarde.

Cuando se bajó, se dio cuenta de que la cerca estaba abierta. Pasó al otro lado y la cerró. Algunos minutos más tarde aparecieron dos tipos: ambos de camuflado, uno con el rostro cubierto. Los rumores más recientes eran que ya no les disparaban a las víctimas sino que las degollaban. Se vio picado, lanzado por ahí en alguna cuneta o en una quebrada.

—Hombre, ¿me va a dar aguadulce? —dijo el que tenía el rostro descubierto.

—Bien pueda entre a la cocina que ahí hay una olla.

El hombre bebió. Segundos después salió a la puerta con la misma taza que había utilizado. Se la pasó al hombre que estaba encubierto.

—Oigan, ¿ustedes a qué grupo pertenecen? ¿Ustedes son de la guerrilla? —les preguntó Gustavo.

—Sí... —respondió el tipo que dejaba ver el rostro.

—Dígale que no averigüe chismes —se entrometió el encapuchado.

—Si son de la guerrilla yo necesito hablar con ustedes.

No le respondieron. Ambos hombres, después de terminar de beber la aguapanela, desaparecieron por el mismo camino que habían llegado. Ni siquiera dieron las gracias ni se despidieron. A las seis de la tarde regresaron. El brillo del sol comenzaba a ocultarse del otro lado de las montañas.

—A ver, ¿qué es lo que usted tiene que hablar con nosotros? —dijo el encapuchado.

—Ustedes pertenecen a la guerrilla, ¿cierto?

—Sí, ¿por qué?

—Porque vea, hombre, sabe qué: mire cómo tengo estas manos —dijo Gustavo mientras les mostraba los antebrazos—. Aquí vinieron los del Ejército y casi me matan. Me pegaron la aporreada del siglo que porque yo les estoy alcahueteando a ustedes. Mire las que estoy pagando, hermano, por esas cosas.

—Deje y verá que a esos los levantamos... Nosotros vamos a venir a dormir aquí esta noche. Por ahí están los jefes de nosotros.

—Sí, por aquí vamos a venir ahora en la noche. ¿Nos deja disparar unos tres o cuatro tiritos? —dijo el otro.

—Usted verá. Yo no estoy de acuerdo con eso. Usted se pone a hacer tiros y aquí viene el Ejército, porque esa gente se mantiene escondida por todo esto. Esa gente se mantiene por ahí escondida.

—¿A usted le gustan las armas?

—No, señor, a mí me da mucho miedo. Qué miedo.

—Vea esta —el hombre le presentó un revólver calibre 38 recortado de color blanco—. Vea, cójala.

—No, no, no. Yo le tengo mucho miedo a las armas.

La noche había llegado con su oscuridad a los bosques y a los potreros. Un reflejo de luna en el firmamento hacía menos terribles los pensamientos. Las estrellas se podían contar desde el corredor. El guerrillero que llevaba el rostro cubierto le pidió a Gustavo una linterna y unas botas. Le prestó lo que necesitaba. Se despidieron. El otro guerrillero, el del rostro cubierto, se acostó en el corredor. Le recomendó que se fuera a dormir.

Aquella noche Peluche y Jerry ladraban con rabia. Gustavo abrió la puerta, salió al corredor. Vio a un grupo de gente caminando hacia su casa. Pensó que eran más guerrilleros que iban a dormir.

—Éntrese, éntrese. Cierre, cierre —le murmuró el guerrillero.

Luego de cerrar, se recostó nuevamente en su cama.

—¡Altoooo! —escuchó en la voz gruesa de un hombre.

El guerrillero del corredor comenzó a disparar. Fueron seis tiros. “¡Bang!; ¡pam, pam!”. Los otros, a quienes no les vio el uniforme, respondieron con sus fusiles. “¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Buum!!”. Durante quince minutos, Gustavo escuchó cómo la pólvora de las balas estallaba en su casa. No sabía qué estaba pasando; creía que los guerrilleros estaban probando sus armas. “¿Por qué vienen a hacer a aquí este escándalo? Esta gente sí es muy hijueputa de descarada”, se lamentaba. De pronto los fusiles dejaron de estallar. Tocaron la puerta, luego la ventana. Gustavo abrió. Afuera había un batallón completo.

—¿Usted qué? ¿Quién más hay ahí?

—Nadie.

—¿Seguro que no?

—No. Nadie.

Entraron y revisaron toda la casa.

Después le anunciaron que se iban a quedar a dormir en el corredor. Que se acostara tranquilo. Escuchó los murmullos entre los soldados sobre el muerto. Se lamentó por el guerrillero. No pudo dormir. Al día siguiente vio que los ojos del difunto estaban abiertos, y que en el bolso que cargaba tenía una sardina para el almuerzo y un pedazo de pan, que las botas estaban rotas y empantanadas.

Sintió pesar por él.

—Miren cómo queda la gente... Es un ser humano —dijo.

Los encargados del levantamiento se rieron.

—A mí sí me da pesar, es un ser humano, un hermano nuestro. Mire en las condiciones que terminan, hombre.

Se volvieron a reír.

¡Mi mamá no, mi mamá no!

Su mujer abre la puerta. Al fotógrafo y el periodista, después de repararlos de pies a cabeza y mirarlos con recelo, les dice que esperen. Sube las escaleras y le grita que lo buscan dos desconocidos. Unos cuantos segundos después, Camilo Andrés —como se va a llamar en esta historia— aparece en la calle sin camisa. Estira su mano derecha, gruesa, morena, con la misma que disparó calibres 38, vendió dosis de bazuca y marihuana, robó en los solares y lijó las maderas en una ebanistería. Pide que lo esperen, pues le falta terminar de vestirse. Antes de perderse por las escaleras, aclara que su casa no es un buen lugar para hacer la entrevista, porque sus hijos pequeños no lo dejarán hablar.

Se tarda más de diez minutos en volver. El ambiente del barrio donde vive es tranquilo: árboles con enredaderas enfrente y algunas pajareras. A dos cuadras de su casa, en el mismo barrio, hay una cancha de microfútbol donde varios jovencitos persiguen un balón. Su barrio linda con un centro recreacional de cinco pisos abandonado —lugar donde estuvieron reclusos los jefes paramilitares más temidos del país hasta el 2006, año en el que fueron trasladados a la cárcel de máxima seguridad de Itagüí—. Dos de sus cinco hijos pequeños, vestidos con pantalonetas y en chancas de baño, juegan en la calle. Uno de los vecinos, desde su balcón,

trata de descifrar quiénes son los dos desconocidos que lo buscan; un muchacho sale de su casa, saluda, mira con algo de desconfianza y se monta en una bicicleta. Camilo Andrés vuelve a aparecer en la puerta. Lleva puesta una camisa gris Oakley y una sudadera negra Adidas. Propone hacer la entrevista en un parque que está a dos cuadras, bajo las sombras de unas palmeras. De camino al parque, recibe el saludo de un par de hombres. Es silencioso, solo se dedica a andar.

Nació en noviembre de 1989 en Tarazá, Bajo Cauca antioqueño. Allí solo vivió dos meses, pues su mamá decidió regresar a La Ceja, su pueblo natal. Su papá, Gabriel, era un costeño procedente de Nepomuceno, Bolívar, dedicado a la carpintería. Ella una mujer loca y aventurera, dedicada a la venta de alucinógenos: le gustaba ir de pueblo en pueblo con sus amigas, hasta que conoció a Gabriel. “Allá me fabricaron”, dice Camilo entre risas. La magia del amor se acabó cuando su padre terminó en la cárcel después de un extraño accidente en la carpintería.

Él y su madre constituyeron la primera imagen que tiene de un hogar. Años más tarde, llegaron una hermana media mayor, a quien aprendió a querer, y un padrastro, dedicado a dormir y comer. Vivían en Palenque, un barrio ubicado a una cuadra del cementerio de La Ceja, considerado como peligroso y marginal, donde los hombres y las mujeres encontraban bazuca, marihuana, ruedas, perico, revólveres, objetos hurtados a bajo costo, cantinas y prostitutas.

Palenque no siempre fue el Palenque de la droga, las putas y los ladrones. En 1970 llegó una rockola a la cantina El Arañal, donde los hombres, con monedas, ponían a sonar todo tipo de canciones, es lo que recuerda Rubén Valencia, un cliente frecuente del lugar. En Palenque —con alguna pelea a machete de por medio entre dos borrachos— sonaban canciones, nada más. El barrio cambió desde el momento que a él llegaron personajes del bajo mundo como León y Nevera, haciendo de Palenque lo que fue. José David Gaviria García, el sepulturero de La Ceja, quien vive hace cuarenta años en el barrio, preocupado por los restos que están por llegar para ser sepultados, recuerda que Palenque era bueno. “Cuando comenzó a llegar el vicio se degeneró, pero antes era muy bueno. Nadie se metía con nadie. Usted se sentaba en una cantina de esas y se parchaba con las viejas

que venían de Medellín o de por acá mismo. Podía amanecer con la plata en la esquina y no lo robaban, pero cuando llegó el vicio se comenzó a dañar el barrio”. Sentado en el corredor donde se celebran las eucaristías los lunes, recuerda cómo los jibaros soltaban con gran facilidad su dinero en las apuestas de los partidos que se disputaban entre los barrios. Un día, incluso, se salvó de caer en una de las redadas que hacían los paracos en la cantina donde estaba ebrio porque uno de ellos lo reconoció y lo elogió como buen trabajador.

A los diez años, Camilo y otro amigo, apodado como Chavito por el personaje de la televisión, jugaban bolas en la calle. Ambos, a lo lejos, vieron unas camionetas que venían hacia donde estaban. “Esa es la Sijín”, dijeron al tiempo. La Sijín siempre llegaba a Palenque en una camioneta de color gris. Mientras ambos niños intentaban apuntar con sus pulsos a las bolas, un hombre les apuntaba con un revólver.

—¡Quietos, gonorreas! —les gritó.

Chavito corrió y se escondió entre un arrume de chatarra, siete carros echados a perder, uno sobre otro, que estaban en la esquina, donde normalmente hay una casa antigua o un solar repleto de vegetación. Camilo se ocultó detrás de una puerta alta donde vivía Asprillita, otro amigo del barrio. Miró hacia donde estaban los paramilitares, justo en el momento en que uno de ellos, desde la camioneta, le disparaba a Asprillita en la cabeza con un fusil, dejándolo tendido en un pozo que había en la mitad de la calle, de donde los vecinos de la cuadra sacaban el agua para preparar alimentos, lavar ropa y bañarse. Corrió más rápido.

Al llegar a su casa, Camilo metió la mano por la ventanilla que había en la mitad de la puerta, abriendo de inmediato la chapa. Cerró. Desde allí escuchaba los disparos. Tiros por todos lados. Una balacera que se alargó durante quince minutos. Cuando volvió a salir, todavía con la curiosidad, descubrió un hueco con el diámetro de una moneda en la pared de tapia, a contados metros de su casa, en el que había quedado un casquillo de bala que, por factores como la pésima suerte y puntería

del paramilitar y la buena suerte suya, no se había incrustado en su cuerpo y lo había matado.

A los diez años, la vida de Camilo era ir de un lado al otro. Acompañado por el que sería su cuñado cuando tuviera catorce y varios amigos como Narita, Chiqui, Limón y Maminclis, robaban frutas y verduras en solares y fincas. Sabían que las cosechas se daban en agosto y en enero. A sus casas regresaban con los bolsillos repletos. Lo mismo hacían con los cultivos de papa. En una ocasión, en el barrio Maderos, vieron a un hombre con un ocho (escopeta) en la mano. El metal brillaba con el sol. Salieron corriendo. Ni siquiera les quedó tiempo de saltar por el árbol. Se treparon un muro del susto.

En unas Fiestas de las Flores, una imitación de parranda en agosto que tiene, como en Medellín, silleteros, desfile de autos clásicos, cantantes y demás, robaron uno de los toldos donde se exhibían sombreros, ponchos, billeteras, zapatos, libros y juegos para niños. Como eran tantos, unos preguntaban, entreteniéndolo a los vendedores, y los otros sacaban lo que podían por debajo de las mesas. Otro grupo, ubicado metros más atrás, se llevaba las cosas. Ese día se adueñaron de un pato inflable, dos laser, tamagotchis y pasamontañas. Algunos policías, alertados por los comerciantes, los cogieron en pleno parque principal. Les decomisaron todo lo que habían robado y los trasladaron al patio de la estación, donde los desnudaron, los golpearon y los bañaron con agua helada.

A veces subían al cementerio y les gustaba jugar con unas jeringas a las que les habían taponado su escape. En sus mentes, esas jeringas era la imitación de los revólveres: un disparo a presión que volaba contados metros en diagonal. Mamincli tenía quince años y era el más invaluable de sus amigos. Callado como una tumba. Le gustaba fumar marihuana. Algo acelerado. En las peleas, estaba primero que los demás. Limón, en cambio, era un cobarde. A todos los mataron o se mataron entre ellos a medida que entraban en bandas delincuenciales.

Un día, uno de los amigos le pegó a una niña. Quince minutos después estaban rodeados por diez paramilitares montados en varias motos. Les

comenzaron a dar calvazos. El Chiqui se orinó en los pantalones del susto. A Camilo, por el contrario, lo invadió una risa nerviosa. Uno de los tipos, al ver que se reía, le dio un golpe. La vida era un juego entre travesuras y golpes.

De acuerdo con un artículo titulado *El paramilitarismo*, publicado por la revista *Semana*, el surgimiento de los grupos paramilitares en el país se remonta a la década de los ochenta, especialmente “como respuesta a las cada vez más asfixiantes prácticas del boleteo, secuestro y extorsión llevados a cabo por los grupos guerrilleros, que habían asolado el campo colombiano ante la ausencia casi que absoluta del Estado”.

En el Oriente antioqueño, y particularmente en La Ceja, hicieron presencia, desde 1997, el Bloque Metro de las Autodefensas con su base de operaciones en el corregimiento de San José, y el Bloque Héroes de Granada, fundado en diciembre de 2003, después de una serie de confrontaciones y la posterior desaparición del Bloque Metro. El proceso de reestructuración lo llevó a cabo el jefe paramilitar José Miguel Gil Sotelo, alias “Federico”, quien militó en el Ejército Popular de Liberación (EPL) entre los años 1990 a 1995.

Para entender mejor el interés de estos actores en la región, en el artículo *El hombre que creó el Bloque Metro y lo exterminó*, publicado por *Verdad Abierta*, se nos explica que el Bloque Metro creció simultáneamente en Medellín y el Oriente antioqueño, porque esta región que era especialmente usada por la guerrilla para esconder a los secuestrados. Más allá del narcotráfico, lo que les interesaba a los grupos paramilitares asentados en la región era: “La contención de la guerrilla, porque en el Oriente existen muchos corredores estratégicos. Para los frentes noveno y 47 de las FARC son claves las zonas montañosas para llegar al Magdalena Medio, Caldas y al Nordeste antioqueño”.

Ricardo López Lora, alias La Marrana, capturado en La Ceja el 23 de enero de 1998, aseguró en versión libre que la orden que le dio Vicente Castaño, cuando fue traslado del Urabá al Oriente antioqueño, era “crear allí un grupo paramilitar que

enfrentara no solo a la insurgencia, sino a toda persona que fuera catalogada de 'indeseable', lo que derivó en sendas acciones de 'limpieza social' contra expendedores y consumidores de sustancias alucinógenas".

El medio *Verdad Abierta*, en su artículo *La violencia contra los "indeseables"*, publicado en marzo de 2016, explica que: "Las mal llamadas 'limpiezas sociales' se convirtieron desde finales de los sesenta en un lugar común en el conflicto armado. Aunque los paramilitares fueron el grupo que más cometió este tipo de crímenes, todos los actores de la guerra perpetraron masacres y asesinatos selectivos contra los sectores más marginados de la sociedad. (...) miembros de los actores armados, en diferente medida, han convertido en objetivo militar a todo aquel que consideren un 'peligro social': desde habitantes de la calle, drogadictos, prostitutas y presuntos ladrones, hasta miembros de la comunidad LGBTI".

A finales de 2003, el Bloque Metro pasó a llamarse Bloque Héroes de Granada, como lo reseña *Verdad Abierta*: "Debido a los hechos ocurridos en el año 2000 en ese municipio del Oriente antioqueño. (Lo que no se sabe es qué se conmemora, si los diecinueve muertos a manos de los paramilitares en noviembre, o los caídos que propició las FARC, como retaliación, quince días después, en la toma de Granada)".

La casa donde vivía Camilo con su mamá era de tapia y no tenía ni luz ni agua ni teléfono. Había sido arrendada por una anciana que nunca regresó a cobrar la mensualidad. Como la casa lindante también era de la misma dueña, tumbaron un muro e hicieron dos habitaciones más. Esas se las arrendaba su madre a amigas o consumidores por tres mil pesos.

Su mamá ya había dejado de vender vicio, porque le tenía mucho miedo a un carcelazo, desde la vez que la había cogido la Policía. Decía que si la llegaban a encanar de nuevo no resistiría el encierro.

Las comidas se hacían en un fogón redondo que funcionaba con petróleo, al que había que soplarle para que su llama cogiera fuerza. Lo que fuera que comieran, carne o lentejas, sabía a lo mismo: combustión. Para hacerle una gelatina de sobre, por ejemplo, su mamá tenía que poner a hervir el agua dos días antes.

Un jueves de agosto, cada año, se celebraba la misa carismática, un evento multitudinario de creyentes católicos que reunía a la cantidad de gente necesaria para atiborrar de sudor, paraguas, plegarias, vendedores ambulantes y lágrimas el parque de La Ceja. Por eso su mamá, en compañía de una hermana, madrugaban a preparar salpicón y avena. Prestaban dos ollas grandes. “Vamos a hacer plata”, decían. Parecían felices. Mientras ellas ofrecían sus productos en el atrio de la iglesia, él estaba pendiente de qué se encontraba en el suelo o qué podía robar entre el descuido de tanta gente. En la noche repartían las ganancias. Regresaban las ollas. Su mamá le compraba un helado de colores llamado lapicero, que estaba muy de moda por esos días. Se acostaban a las diez. La puerta de la calle siempre la cuñaban con un palo en diagonal.

Una de esas noches, a las dos de la mañana, escucharon el primer taponazo, “¡Pom, pom!”, que hizo volar el palo. Eran cinco hombres encapuchados. Preguntaban por su mamá con nombre y apodo. En medio del susto, Camilo les respondió que la señora que buscaban estaba en la cárcel. “¿Ella no está en la cárcel con el marido, pues?”, les dijo. Esculcaron la casa. Mientras los paramilitares buscaban con escopetas en sus manos, Camilo se aferraba al cuerpo de su madre. Ella al rincón de la cama y él a su lado, en la orilla. No era ni siquiera capaz de llorar. Los hombres se dieron por vencidos y salieron. Prendieron los motores de las dos camionetas que estaban afuera, y avanzaron unos cuantos metros.

Algunos vecinos que presenciaron la escena, comentaron después que en el interior de los carros llevaban a otros dos hombres. Uno de ellos, de profesión polvorero, les dijo que la mujer buscada era la misma que habían visto en la casa. “Ella está ahí con el hijo”, dijo. Lo que Camilo y su mamá escucharon fue el sonido que hacen algunos carros cuando reversan.

—¡Venga a ver, malparida, que usted es! —gritó uno de los paramilitares desde el borde de la puerta.

—¡No, no, no! —le gritó Camilo—. ¡Mi mamá no, mi mamá no!

Uno de ellos, la jaló a ella bruscamente del cabello; Camilo se aferró de su pie. Otro hombre lo cogió a él.

—Quédese ahí, quédese ahí, pelao', que ella ya viene. Quieto. Quédese ahí —le gritó, apuntándole con una de las pajizas.

Escuchó cómo los motores se alejaban. Pensó que era verdad lo que le había dicho aquel hombre: su mamá volvería dentro de un par de horas. Sin embargo, a pesar de la inocencia, corrió hasta la casa de sus abuelos, donde estaba su hermana.

—¡Hermana, hermana, se llevaron a mi mamá, se llevaron a mi mamá!

—¿Quién? ¿Los tombos o la Sijín?

—No, los paracos.

Todos se levantaron. Llamaron a la Policía. Su abuelita conocía a un paramilitar, quien visitaba frecuentemente su plaza de vicio para consumir bazuca o acostarse con prostitutas.

Temprano, pensaba que su mamá aún estaba viva. Con dos hermanos de los otros desaparecidos, se fueron a buscarlos. En un automóvil, no recuerda de quién, recorrieron la carretera sin pavimentar que comunicaba a La Ceja con El Retiro. Subieron la montaña, la volvieron a bajar, en medio de las curvas y el bosque nativo. Se detenían en las trochas, verificando los espesos matorrales, con las esperanzas de encontrarlos. Nada. No había rastros de su mamá, ni de los otros dos hombres. Al llegar la noche, en su casa, estaba resignado: “No, ya mamá está muerta”, se decía.

Ahora mismo, con treinta años, edad cercana a la que tenía su madre cuando la vio por última vez, le lleva flores los lunes hasta el cementerio. Dice que la llora. A sus hijos, cuando tienen disgustos con su mujer, les recuerda el privilegio que tienen al poder verla todos los días: “Agradezcan, hombre, que tienen mamá, ustedes no saben lo que me tocó a mí”, les dice. “Uno desde los once años sin mamá, eso es lo más hijueputa que puede haber en esta vida”.

El viernes se quedó dormido sin noticia alguna. El sábado, a las nueve de la mañana, lo levantó su hermana con el titular para una primera plana: “Hermano, encontraron a mamá en El Retiro”. La Sijín no tardó en llegar hasta la casa de su abuela, para anunciar que habían hallado tres cadáveres con impactos de bala en sus cabezas detrás del cementerio de ese municipio. El hombre que los encontró, a las cinco de la madrugada, dijo que cuando los tocó sus cuerpos aún tenían el calor corporal. En el momento, como la cinta de una película, las imágenes del recuerdo comenzaron a pasar por su mente: las veces que había sido grosero con ella, los cumpleaños, las peleas, las sonrisas. No era capaz de mirar ni de hablar. Estaba pasmado. En la tarde, cuando llegaron con el ataúd, ni siquiera le provocó mirarla. “Pienso: si mi mamá estuviera viva, me hubiera seguido mimando y hubiera seguido viviendo en Palenque, no hubiera conocido a mi mujer, ni tampoco hubiera sido papá de los hijos que tengo, hubiera podido estar en la cárcel, muerto, o hubiera sido de pronto algún gamín de la calle. Si mi mamá hubiera vivido, de pronto hasta hubiera sido un hijueputa más gamín todavía”.

La vida cambió por completo cuando a su mamá la mataron. Él tenía once y su cuñado trece, abandonaron el colegio y empezaron a vender vicio. Aún se pregunta por qué no se volvió adicto, como la mayoría de sus tíos, a la bazuca. Se mantenía metido en las volutas de humo, entre tres y cuatro consumidores que soplaban en una habitación cerrada. Probó la marihuana, por pura tristeza y curiosidad, en una cancha de fútbol con uno de sus primos. Se llenó de la risa y el hambre que nunca antes había experimentado en la vida. Cuando caminaba de regreso a Palenque, sentía como si lo estuviera haciendo de lado. Los postes, las

montañas, la calle, las casas, los carros, todos se habían vuelto hinchas del Medellín, porque estaban de rojo. La segunda vez, quince días después, fue con una prima al mismo lugar. Cuando regresó a la casa de sus abuelos, donde estaba viviendo, dejó sin bananos el racimo que tenían para alimentar pájaros.

Los bolos de marihuana los vendía Pablo, uno de los jíbaros más conocidos en el barrio. Le compraba dos, cada uno a mil pesos, para armar un solo bareto: el resto, que caía en el piso, por la falta de experiencia, se perdía. A su abuela no era capaz de llamarla cariñosamente. No le tenía confianza. Recién muerta su mamá, la vieja lo mandó a la estación de Policía, donde estaba recluido uno de sus tíos, pagando una condena por estupefacientes y porte de armas de fuego. Las idas eran frecuentes. No ponían mayor problema para ingresar. Siempre lo mandaban con bolsas de mecato. Llevaba chitos, papitas fritas y un yogurt. Ese día, desde que puso los pies en la estación, el agente de la Policía Nacional se quedó mirando la bolsa de yogurt. Era como si alguien le hubiera dicho su contenido. Cuando la abrió, además de yogurt, encontró quince bazucos y dos bolsitas con marihuana rodeadas con cinta y echadas en bombas de piñata. Los agentes de la Fiscalía le preguntaron para quién era el encargo, amenazándolo con enviarlo a La Pola, un centro de reclusión en Medellín, especializado en menores de edad. “¿Para quién mandaron esto?”, le preguntaban. “Ah, el tío mío”, respondió. A Camilo lo dejaron durmiendo, de un día para otro, en la habitación de los archivos, pues, por ser menor de edad, no lo podían ingresar a ninguna de las celdas.

A su tío lo habían dejado en libertad, pero con un proceso pendiente. Dos meses más tarde, a la casa de sus abuelos llegó la orden de captura contra su tío, enviándolo dieciocho meses a prisión. “Por culpa suya lo encanaron”, le recriminaba su abuela. Cada vez que lo regañaba, se convencía, mentalmente, al punto de sentirse mal: “Ah, sí, fue por mi culpa”. Desde allí, al ser su tío el hijo más querido de la abuela, se limaron los genios.

Tenía una relación mejor con su abuelo. Tanto ella como él se la pasaban, gran parte del día, con cigarrillos prendidos de los labios. Ella se murió de un cáncer en el pulmón. En los últimos días, bien que lo recuerda, se mantenía pegada a una pipeta de oxígeno, pero también a sus entrañables cigarrillos. Al abuelo, en cambio, lo mató un cáncer de colon. Después de morir su abuela lo visitó la depresión: no comía, no trabajaba, no era el mismo viejo de antes. Lo único que hacía era beber unas cuantas copas de aguardiente diarias que él mismo se había recetado.

La hoja de coca se cultiva entre los quinientos y dos mil metros sobre el nivel del mar. Archivos históricos registran su uso tres mil años antes de Cristo. Las tribus indígenas la consumen mascada, en un proceso conocido como mambeo, para lograr una mejor absorción del poco oxígeno que necesitan los pulmones en las altas montañas que conforman a Sudamérica. Para ellos es una planta sagrada, porque también logra reducir el cansancio, el dolor, la sed y les permite tener contacto con divinidades sagradas como Apus, Achachilas, Tata Inti, Mama Quilla y Pachamama. Su exportación a los Estados Unidos comenzó a darse en los años ochenta, cuando carteles colombianos y mexicanos se unieron con un fin: hacer llegar, desde laboratorios improvisados en la mitad de las selvas, pastas blancas a las costas y los aeropuertos del país que, hasta 2016, tenía más de un millón de consumidores. La demanda marca la oferta: 212.000 hectáreas sembradas en Colombia hasta 2019, 23.000 en Bolivia y 49.000 en Perú, países que tienen la mayor cantidad de coca del mundo. Aunque las autoridades hayan bañado las selvas con glifosato, aunque se hayan llevado extenuantes jornadas de erradicación manual, aunque se hayan propuesto cambios de cultivos, la coca sigue presente en las zonas rurales de Colombia. Con los abundantes recursos económicos que deja —una investigación realizada en el año 2018 por el Centro de Estudios sobre el Desarrollo Económico de la Universidad de los Andes (CEDE), evidenció que mientras el café tuvo ganancias por siete billones, la coca alcanzó una suma de 18,3 billones de pesos— se han financiado campañas políticas, se han comprado mansiones y camionetas, hasta se han pagado cirugías estéticas. Así en Tumaco

Iván Duque haya erradicado con una pala una mata de coca en 2019, en su campaña a la presidencia hay fotos con Ñeñe Hernández, un hombre dedicado al ganado, sindicado de ser narcotraficante, asesinado en Brasil en 2019. Los cultivos de coca se expanden tan rápido como la maleza, dejando a su paso cifras de violencia aterradoras: según Ideas Paz, en los municipios donde se sembró coca en 2018 se registraron en promedio 48 homicidios por cada cien mil habitantes.

A los tres meses de la muerte de su mamá, apareció en el barrio un conocido de su familia que llevaba varios años desaparecido. Nicolás, un hombre de unos cuarenta años, les contaba a sus familiares lo bien que le estaba yendo en el Cauca. Tenía un cultivo de hoja de coca y una finca. “Este por acá solo”, le decían sus tíos. “Váyase por allá a conseguir plata, marica, eso por allá alguna cosa consigue”, insistían. “Ah, vamos, ¿me van a prestar los pasajes?”, les respondió.

Una de ellas le prestó los 120 mil pesos que necesitaba. Salieron de La Ceja, de Medellín viajaron hasta Cali, de Cali a Popayán, de Popayán hasta El Tambo, y de El Tambo, por carretera destapada, tres horas y media, en Jeep Willys, hasta el corregimiento de Huisitó. Salieron el jueves en la mañana y llegaron el sábado justo antes de ponerse el sol. “Vea —le dijo Nicolás, señalándole una de las montañas—, allá tenemos que llegar. Yo le presento al comandante que está mandando la parada en el momento”.

Cuando llegó a Huisitó, tenía dieciséis mil pesos. Huisitó era, según sus ojos de esa tarde, agua recolectada de las montañas, capilla, calles sin pavimento, casas de dos pisos hechas en madera, sin energía eléctrica, puteaderos, tiendas y restaurantes. Lo que más se le hizo extraño era que, en vez de soldados, los que patrullaban las pocas calles eran guerrilleros. Al llegar donde el comandante, un hombre de baja estatura, con bigote pronunciado, lo que más lo asombró fue la jovencita que lo acompañaba: tenía trece o catorce años y portaba un AK 47 en sus manos. La imagen nunca la pudo sacar de su mente.

—Vea —le dijo Nicolás—, a este pelao' los paracos le mataron la mamá. El pelao' quedó solo. Se vino por aquí a ver si echa pa' adelante. Él quiere salir adelante.

—¿Y cómo se llama usted? —le preguntó directamente el comandante.

Donde sus abuelos lo apodaban Héctor, como había pensado bautizarlo su madre. Se guardó la idea y dijo su nombre original, el mismo que tenía en un carné. Nicolás le había advertido que si caía bien lo dejaban, pero que si caía mal lo devolvían, lo mataban o se lo llevaban reclutado para las filas de la guerrilla. “Hágale, hermano, manéjese bien y no se haga quebrar el culo”, le advirtió el comandante.

El domingo, a las seis y media, ya estaban levantados. Nicolás había alquilado una mula, para hacer más llevadero el camino de monte espeso que los esperaba. Mientras más subían, más lágrimas se escapaban de sus ojos. “¡Hijueputa! ¿Yo qué estoy haciendo por acá? ¿Yo para qué me vine? Me hubiera quedado en La Ceja más bien. ¡La chimba! ¿Yo qué hago por acá?”, se recriminaba. En algunos trayectos se montaba en la mula, para descansar, al tiempo que Nicolás caminaba, pero en otros era al revés. Miraba con miedo los voladeros, para después mirarlo a él.

—No, Nicolás, ¿yo qué estoy haciendo por acá, hermano? —le decía.

—Hágale, mijo, que esto es bueno. Espere y verá que lleguemos a la finca — le respondía, tratando de regresarle así las esperanzas perdidas.

Llegaron cuando faltaban pocos minutos para las seis de la tarde. Buscaron leña y también le pusieron las pilas a una linterna. Solo estaban ellos dos, pues la cosecha de coca apenas iba a comenzar. Las cuatro habitaciones, incluyendo el cuarto donde se guardaban las herramientas, se dividían por cortinas. Las paredes exteriores eran de madera nativa, cortadas y puestas por aserradores del mismo sector que se ganaban la vida en ese trabajo. La cama, construida con estera de

paja gruesa, no lo dejó dormir a pesar del cansancio acumulado durante todo el día. El lunes amaneció gritando de dolor por su columna.

Cada una de las fincas aledañas daba cosecha en tiempos distintos, por ello los raspachines, muchachos de la misma edad que él, pasaban por cada una cuando había trabajo. “En ese tiempo era muy mal pago. Para mí era mal pago. Nicolás me pagaba a quince mil pesos el día, pero me daba todo: la comida, la dormida, implementos de aseo y la dotación: botas, linterna y machete”, dice.

Muy emocionado, comenzó a hablar de los animales que más lo asustaban en ese tiempo. No se podía salir sin botas ni machete, porque las culebras asediaban entre la vegetación. Una vez, por broma, le atravesaron el cadáver de una en el camino. Cuando rozaba maleza con un machete, la que más aparecía era la coral, pero también la rabo de ají, las cenizas y las granadillas. A las corales había que matarlas de inmediato, porque su veneno era mortal. Alguna vez, cuando lo mandaron por unas libras de carne, vio que una culebra grande lo estaba siguiendo entre la vegetación. Su arrastre hacía sonar las hojas. Se detuvo y dejó que siguiera su camino. La granadilla, cuando lo habían enviado a prestar una guadaña, la vio entre un bosque de pinos. La rabo de ají aparecía en los semilleros, pues se escondían entre la tierra. Nunca escuchó que a alguno de los trabajadores lo hubiera picado una serpiente. Había un tipo de edad, eso sí, del que no recuerda el nombre, sin varios dedos en la mano derecha por la picadura de una venenosa. El mismo tipo, en su desesperación, para que el veneno no avanzara por su torrente sanguíneo, se los mochó con un machete.

Los grillos, utilizados como cuchillos por los indígenas, medían entre quince y veinte centímetros. Una vez que Nicolás cogió uno, recuerda que los golpes de las patas, sobre la madera, sonaban tan fuertes como el metal. En ese ir y venir entre las plantaciones de coca, con las palmas de las manos quemadas por la falta de experiencia, extrañando su barrio y sus amigos, le llegó una oferta. Ya Nicolás le había recomendado: “No se vaya a poner a irse por allá. Por aquí al nuevo y eso acostumbran mucho a invitarlo pa’ la guerrilla, o si les cae mal o alguna cosa así se lo llevan a la hijueputa”, le dijo. Cualquiera día, un raspachín desenfundó un ocho y

comenzó a bajar unas papayas de un árbol a punta de tiros. “Vea a este hijueputa”, dijo Camilo sorprendido. “Vámonos pa’ la guerrilla, pa’ que aprenda, allá le enseñan a disparar una chimba”, comentó. “No... ¿La guerrilla? No, a mí me han dicho que eso es bueno, pero no, yo me quiero quedar aquí consiguiendo platica”, le dijo Camilo. En su mente escuchaba el discurso de Nicolás: “No se vaya a poner a irse pa’ allá, que eso es mentira: que la guerrilla es buena y que todo lo que se roban lo reparten entre ellos. No. Eso es más mierda que un hijueputa”.

Muy pronto se enteró de cómo funcionaba el negocio: las hojas que recogían los raspachines las llevaban al laboratorio, un rancho perdido en medio de la selva, hecho con plástico, madera y canecas de todos los colores. “La chimba, yo necesito ir a mirar a ver cómo es que hacen eso”, se dijo un día. Lo primero que hacían los quimiqueros, es decir, los encargados de hacer el procedimiento, era oxidar. Picaban las hojas con una guadaña, y las metían en una bolsa. Luego, en canecas, las mezclaban con soda cáustica. Aprendió que en los laboratorios de bajo costo secaban las hojas al sol, pero en los de más nivel y profesionalismo, con estufas. A la base de coca le echaban agua mezclada con ácido sulfúrico. Después, la filtraban en telas, para ponerla a secar. La parte del procedimiento terminaba con baldes llenos de un líquido lechoso, parecido a la cuajada. Cuando estaba seca, la empacaban y la pesaban, para terminar en cuadros que parecían bocadillos gigantes, envueltos en mucho plástico, evitando el agua, en caso de tener que ser echadas al fondo del mar o un río.

La curiosidad le dijo que probara. Cogió un pedazo pequeño recién cortado, y se quemó las narices, pues su contenido estaba muy puro, ni siquiera había sido secado. Le generó un dolor de cabeza y lo puso a soltar lágrimas. Aprendió el nombre de las plantas de coca más comunes en el Cauca: pringamoza, peruana y pajarita: la primera era la de mejor calidad, de la segunda no guarda recuerdos, pues casi no se sembraba, y de la tercera sabe que era esponjosa y de mayor tamaño. En el Cauca solo estuvo una cosecha, tres meses, por culpa de una pelea con Andrés, hermano de Nicolás.

La primera pieza era la del patrón, la segunda la de él y el resto de raspachines, la tercera habitación estaba llena de herramientas y en la cuarta vivía Andrés con su hijo pequeño y su mujer, una santandereana alta de piel morena, que les hacía de comer. Cualquiera día, Nicolás le pidió a Camilo que fuera a la habitación de Andrés por una cinta. Camilo entró y, sin preguntar, alzó la cortina y encontró a Andrés en la cama y a su mujer desnuda, bailando para él. Después del acontecimiento, los dos comenzaron a chocar fuertemente.

—¡Ah!, ¿cómo vas a entrar así? —le dijo Andrés.

—Qué pena, hombre, ¿yo qué iba a saber? Vos sabés que todos aquí tenemos confianza.

—¿Cuál confianza, carechimba?

Salieron y se siguieron insultando. A Camilo no le importaba que Andrés fuera mayor, estaba dispuesto a irse a los golpes. Nicolás, al ver el problema, les prohibió discutir. Ni el uno ni el otro se podían encontrar, porque se perseguían con insultos y malos tratos. Pero una de las reglas que hay en el negocio del narcotráfico, y hasta en la vida, dice que primero está la familia.

—¿Sabe qué? —le dijo Nicolás a Camilo—. Si quiere yo le consigo trabajo en otra finca. Yo le digo a don Vicente, pa' que le dé camellito y se quede allá.

Camilo se quería quedar, pues Nicolás ya le había regalado un lote pequeño, donde tenía sembradas más de doscientas matas de coca. Si bien todavía no le alcanzaba para sacar ni un kilogramo de base, quería quedarse. Pero quedarse no era una opción. Le ganaron entonces los pensamientos de volver a su barrio. “No, hágale, Nico, yo me voy... Venda usted la vuelta de la cosecha esta semana”, le respondió.

Cuando salió, tenía 650 mil pesos en el bolsillo. Los raspachines que más dinero conseguían eran los que soportaban los zancudos, el sol y los grillos durante doce a catorce meses en lo profundo de la selva. A algunos de ellos les pagaban

por kilo recogido, pero él era lento para hacer el procedimiento por su falta de experiencia.

Don Vicente, uno de los fuertes en la región, en compañía de Nicolás, salían hacia Cali. Se fue con ellos. Al llegar a La Ceja, buscó a su novia Natalia para invitarla a salir a una discoteca. Compró ropa. Le regresó el precio del pasaje que le había prestado su tía. Le regaló plata a su abuela y a su hermana. Aunque era poco dinero, nunca se había sentido tan millonario como ese día.

Al regresar al barrio, comenzó a armarles la droga a los compradores que visitaban la plaza de su abuela. Como andaban tan trabados, no eran ni capaces de hacerlo por ellos mismos. Algo le pagaban. Así se la pasó unos años. Por esa época y por error, disparó el primer tiro de su vida. Uno de sus tíos, el mismo que había pagado condena por su falta de experiencia para mentir ante las autoridades, estaba de fiesta en su casa en compañía de varios amigos. Llegó su hermana, y le pidió prestado un fierro para asustar a una piroba que le estaba echando los perros a su novio. Su tío, en medio de la ebriedad, sacó el revólver y lo puso en las manos de su hermana. “Pero sáquele las balas, que solo es para asustarla”, agregó ella. No le prestó atención. “Vea, vaya”, le dijo. Su hermana, con el revólver escondido entre la blusa, salió a la calle. “Venga vámonos detrás que de pronto va y le pasa alguna cosa”, le dijo a Camilo. Uno se fue por la acera derecha y el otro por la izquierda. Su hermana iba cinco metros adelante.

—¡Piroba hijueputa, seguite metiendo con el novio mío y verás que te voy es a matar! —gritó su hermana, apuntándole a la cabeza.

Dos hermanos de la víctima, se tiraron encima de su cuerpo, lanzándola al piso. El tío también se lanzó, recuperando su revólver, soltando algunos disparos de gracia contra la puerta de un garaje. Un vecino, desde su balcón, anunció que venía la Policía. “¡Los tombos, los tombos!”, gritó. “Vea, vuélese con eso, abrace”, le dijo el tío a Camilo, entregándole el revólver. Camilo lo echó en su pantaloneta, pero como pesaba más de un kilo, se la tumbó. Decidió llevarlo en la mano. “Eh,

esto tan chimba”, lo elogiaba, caminando las tres cuadras que lo separaban de la casa de su abuela. Puso su índice derecho en el gatillo y lo aprisionó, creyendo que no quedaban balas en el tambor. “¡Pum!”. La bala salió a toda velocidad, incrustándose en la puerta de un garaje. Corrió. Al llegar a la esquina, asustado, ingresó a la tienda de un hombre mayor, y le pidió una bolsa negra. El hombre, al ver el arma en su mano, tomó aquellas palabras como una orden. Se la entregó. Al llegar a la casa, le pidió a una de las tías que guardara el fierro. “Vea lo que me dio mi tío, eso por allá se me disparó”, le dijo. “¡Oiga a este hijueputa, casi se mata con eso!”, lo regañó. Regresó al lugar donde se le había disparado el arma. Estaba acordonado por policías. Una de las vecinas presentes lo miró a él, pero no dijo nada.

Una publicación hecha por la Unidad de Investigación Periodística del Politécnico Grancolombiano, titulada *Microtráfico, un negocio con menores*, asegura que “en los barrios periféricos y populares de Colombia, los menores de edad son reclutados por redes criminales para que alerten sobre la presencia de la fuerza pública, empaquen droga y hagan parte de la comercialización de sustancias psicoactivas. A cambio, reciben objetos de valor como celulares o ganancias sobre sus ventas. No cumplir con lo pactado puede costarles su vida o la de sus familiares. Prueba del fenómeno es que entre 2012 y septiembre de 2018 fueron aprehendidos en el país 50.742 niños, niñas y adolescentes por el delito de tráfico, fabricación o porte de estupefacientes.

(...) El Observatorio de Drogas de Colombia ha identificado que los narcotraficantes y sus estructuras involucran a niños, niñas y adolescentes, porque les reduce el riesgo de perder mercancías, debido a que dicha población no puede ser requisada fácilmente por las autoridades. Legalmente, los menores de edad pueden ser requisados únicamente por o en presencia de la Policía de Infancia y Adolescencia. ‘Por lo mismo, se utiliza mucho a las niñas, pues un policía llega a un parque y requisas más fácil a los adolescentes de diecisiete años que parecen de dieciocho, que a una mujer menor de edad, pues es muy complejo, debido a la

vigilancia social que hay sobre esto. Entonces encontramos que a las mujeres las usan más para guardar drogas y armas. En muchos grupos o pandillas tienen siempre una niña al lado', explica un experto del Observatorio de Drogas, quien pidió la reserva de su nombre".

—¿Usted es que es marica vendiéndole a otro? —le dijo su cuñado un día—. Gástese esa chimbada y montemos la empresa usted y yo.

Camilo trabajaba para otro hombre. Se gastó la droga y se desapareció un tiempo. Después, cuando tuvo su plaza de vicio, buscó a su antiguo jefe.

—Vea, me disculpa, pero yo quería ir a trabajar lo mío —le dijo.

Le entregó el doble de la droga que le debía. Vivía en la casa que había dejado su suegra, asesinada por los paramilitares. Farreaban y entraban jovencitas. A su futuro cuñado solo le gustaba el chorro. A Camilo, en cambio, le llamaba la atención la marihuana. Se enamoró a los trece años. Antes de cumplir catorce, por primera vez, fue papá. Su mujer le llevaba varios años y tenía un hijo con otro hombre. Era la hermana del amigo de toda la vida con el que había montado la plaza. Ella les hacía de comer y les lavaba la ropa.

Consiguió la segunda arma que tuvo en la vida, una melliza oxidada que había comprado por setenta mil pesos a un consumidor de alucinógenos. La utilizaba para gaminear en el solar de la casa, practicando su puntería contra sillas de plástico despicadas que volaban en mil y más pedazos. Eran tantos los disparos, que una de las paredes estaba llena de orificios. En el solar de la casa del lado, donde había funcionado una guardería, escondía las caletas de la droga, y por eso en ninguna raqueta le llegaron a decomisar la merca. La tercer arma fue un calibre 32, más pequeña que la melliza y más letal que el 38. Juancho, un amigo, compraba la munición que él gastaba en el solar. "Eso es como adictivo, usted estalla el primero y quiere seguir estallando", afirma.

Luego, cuando la plaza empezó a generar buenas ganancias, se compró uno por ochocientos mil pesos, que traía doble cargador. Dentro de la casa lo mantenía en el cinturón. Le gustaba llevarlo a la zona rosa y encontrar problema con otro hombre cualquiera para estallararlo de inmediato. Por medio de cámaras de rollo, algunos jovencitos del barrio —soñando de grandes ser dueños de una plaza propia— se tomaban fotografías con fierros prestados, exhibiéndolas en las salas de sus casas. Su cuñado era igual: le gustaba exhibirlo, pues así ganaba respeto. Algunos, por tener un arma, conseguían novia, pero no era el caso de Camilo, pues acepta que él, en su juventud, no era como ellos: solo tenía el arma para hacerse respetar entre los hombres, no para conquistar mujeres.

“El que esté vivo —dice, refiriéndose a los hombres que mataron a su mamá—, ya que yo no les puedo hacer nada, que mi Diosito se los haga, o Satanás en el infierno. El que sea, pero yo no los perdono. Yo no. Como mucha gente que perdona, yo no perdono. Que sea rencor o egoísmo, no los perdono. Pa’ nada. Y ojalá tuviera la oportunidad de conocerlos, o de mirar a ver quién fue el que le disparó a mi mamá”.

En la plaza de vicio había fines de semana donde se vendían tres millones de pesos. Los repartían entre él y su cuñado. Era tan productivo el negocio, que tenían trabajadores mientras ellos dos se iban a farrear. Dejaban 65 papeletas de bazuca, liquidando el precio de cincuenta. Así como entraba de fácil el dinero se iba. Compraban cadenas de plata, anillos, electrodomésticos y fierros.

“Para mí ese dinero es maldito, porque si yo hubiera sabido aprovechar la plata que cogí tendría por ahí dos o tres casas, o hasta más. Eso cogía uno mucha plata. Quedándole a uno trescientos y cuatrocientos mil pesos de ganancias diarias. Cuando eso usted trabajaba libre, no es como ahora que están todas esas bandas de Medellín. Esto por acá se puso que al que no le venda vicio a esa gente lo quiebran, o tiene que dejar de vender, en cambio en esos tiempos usted vendía lo que quisiera”.

Una investigación hecha por la sección *Revelaciones del bajo mundo* del periódico *El Colombiano*, titulada *Bandas del Valle de Aburrá se expanden en pueblos de Antioquia*, publicada en marzo de 2019, confirma las palabras de Camilo: “Los pueblos de Antioquia se están convirtiendo en un botín para las bandas delincuenciales del Valle de Aburrá, que de manera silenciosa se están propagando para traficar drogas, extorsionar e infectar como una plaga los negocios de aquellos municipios. (...) la banda ‘Los Chatas’, cuya base de operaciones es el municipio de Bello, extendió sus redes de microtráfico de drogas hacia la subregión del Oriente antioqueño, con énfasis en El Retiro y La Ceja. Sus actividades en la zona son monitoreadas desde 2014 y hasta la fecha (2017) la Policía ha ejecutado seis operativos en su contra. Una de las primeras fue la Operación Andrómeda, el 25 de septiembre de 2014, cuando capturaron a 31 integrantes que actuaban en los barrios Manantial, Tahamí y Obreros de Cristo, de La Ceja. Recibían apoyo logístico de ‘Los Chatas’ y en esos vecindarios se hacían llamar ‘Los Bellanitas’. (...) En los últimos años se conformó un combo en La Ceja, con el patrocinio de ‘Los Chatas’, llamado ‘Palenque’. Según la Policía, ese grupo puede generar narcoingresos anuales cercanos a los 2.800 millones de pesos”.

Cuando Camilo y su cuñado tenían la plaza solo vendían bazuca, porque era la más apetecida. Entre 2001 y 2004, se tenía confianza con los vecinos: las plazas, cuando faltaba mercancía, se prestaban droga. Los únicos que entraban a la casa eran fletes frecuentes y gastones, que dejaban más de dos millones de pesos en un fin de semana. Todavía recuerda algunos de esos consumidores. Al recordarlos, sonrío. No se siente culpable de dejarlos en la ruina, asegura que ese era su trabajo. A Albeiro, un empleado de la empresa que proveía la luz en Antioquia, que le entregaba la tarjeta del banco con la clave para que retirara la plata hasta un cajero electrónico y poder seguir consumiendo. Él iba y sacaba no solo los doscientos mil pesos que le había dicho, sino también otros cincuenta o cien mil por el mandado. No hay muestra de culpa en su rostro. Conoció a otros hombres que comenzaron con la bazuca en su casa, y después terminaron como indigentes en las calles. El Mono, por ejemplo, visitaba la plaza cada quince días, y gastaba entre trescientos y cuatrocientos mil pesos un fin de semana. Cuando se encontraba muy

embazucado, pagaba para que lo vistieran de mujer. Había un médico del hospital. Recuerda a Rodrigo, el alcalde, quien antes de ser elegido como principal autoridad, compraba hasta cuatrocientas papeletas de bazuca. Cuando no iba él, mandaba un domiciliario. También estaba Minuto, un tipo que anda las calles de La Ceja recogiendo reciclaje, con un letrero de cartón en el pecho en el que pide limosna, al que le dieron dos tiros en la cabeza que lo dejaron con una movilidad reducida en su pierna y mano derecha. Minuto se dedicaba a ser matarife antes de ser consumidor. Según Camilo, debido a su adicción, robaba de su trabajo entre siete y ocho kilos de carne, para cambiarlos por dosis. Con el tiempo, perdió su trabajo y terminó durmiendo en la calle. Se ríe. A Pan de queso le pasó algo similar: tenía un negocio de parva en Guarne, con el que surtía tiendas y negocios pequeños del Oriente antioqueño, y la bazuca lo dejó en la quiebra. Llegó al punto de cambiar parva por dosis. Antes de perderle el rastro, Camilo lo vio mendigando en las calles. Como el zaguán de la casa era tan extenso, los consumidores se parchaban a fumar en él, sin interferir con la casa. En más de una ocasión, de noche, José, trabajador de una floristería, lo llamó desde el solar.

—Camilo, venga.

Él iba.

—Camilo, ¿me va a dejar parchar atrás? —le decía.

—Hágale.

Minutos más tarde lo volvía a llamar.

—Camilo, venga yo le muestro.

Desde una de las montañas del Valle de San Nicolás, donde está la vía que conduce a La Unión con La Ceja, se veían las luces amarillas del alumbrado público y algunas rojas de las antenas repetidoras del aeropuerto de Rionegro.

José lo abrazaba.

—Usted no me las va a creer, y nadie me las va a creer, pero todas esas lucecitas, absolutamente todas, son ovnis. Cuando menos piense se vienen y pailas.

Camilo se reía.

Judas, un hombre obeso y de gafas, dedicado a vender chances en el parque principal, se empelicolaba tanto que se metía debajo de las camas.

—Dejen esa bulla, silencio —decía, con el dedo índice en las comisuras de sus labios.

Camilo iba hasta el solar, y lo encontraba gateando. “Hey, Camilo, silencio”, le decía. Otros días, cuando veía la pistola, antes de empezar el consumo, le pedía que la guardara.

—No, no, no, es que usted a toda hora con esa chimbada encima mostrándola. Uno se mete en la película y piensa que lo va a matar.

Al Indio, otro consumidor frecuente de la plaza, le encantaba fumar bazuca empelota. Siempre mandaba a llamar prostitutas para hacer ratos, pero no hacía nada. Solo les decía que se desnudaran y se quedaran acompañándolo. “No, a mí donde ese hijueputa no me vuelva a llamar. ¿A qué? Para que lo deje a uno empelota nomás”, le decían las trabajadoras sexuales.

Unos consumidores, se quedaban horas pasmados. Completamente quietos como las estatuas. Otros se movían desesperados. Una de sus tías, después de darse el pipazo, buscaba pulgas donde no había. En forma de broma, le tiraban granos de arena sobre la cama, y ella se ponía a buscarlas durante horas eternas para matarlas. Otra de sus tías, cuando estaba embazucada, jugaba con su cabello como una niña.

A Huevo, su cuñado, lo que más lo ofuscaba era que le dijeran su apodo. De niños, habían compartido en el televisor de la casa, en un súper nintendo, juegos como contra o fútbol. La olla llegó hasta el día que lo mataron. El domingo 27 de marzo de 2005, él había salido a beberse unas cervezas en la zona rosa. Encontró

una pelea en la que le asestó dos puñaladas a un sobrino de un paramilitar. El 28 de marzo, la mujer de Camilo les preparó un sancocho para pasar el guayabo. Al terminar, destapó una botella de tequila que le había comprado a un jíbaro. Se sentó en la puerta. Camilo y su mujer estaban en el segundo piso reposando el almuerzo, cuando comenzaron a escuchar varios disparos.

—Estas gonorreas hijueputas, descarados —les gritó su mujer desde el balcón, al ver que su hermano estaba tendido en el piso.

Se iban a devolver para ingresar a la casa, pero uno de ellos le recomendó al otro no hacerlo.

—No, no, vámonos, vámonos.

Cuando Camilo se enteró de la muerte de su cuñado, sintió rabia, dolor, algo de todo; era como si le hubieran matado a un hermano de sangre.

La sentencia de Justicia y Paz de la Fiscalía 45 de Medellín, describe el crimen así: “La compañera sentimental de la víctima aseguró que él trabajaba en la construcción y que no le conoció empleadores. Aseguró que, a su parecer, los móviles del hecho se debieron a que días antes del asesinato, él le había comentado que estando en la zona rosa de La Ceja injiriendo licor con unos amigos, tuvo una disputa física con otro grupo de hombres, entre los que se encontraba el hijo del reconocido paramilitar John, y que la rivalidad continuó a partir de ese momento, ya que siempre que se encontraban peleaban. Sin embargo, Luis Alfonso Sotelo Martínez, alias John, confesó que él fue quien ordenó ejecutar al joven, debido a que, supuestamente, este era el jefe de una banda de delincuencia y además poseía una plaza de vicio en La Ceja. ‘Desde que llegué a La Ceja lo oí mentar. Estuvieron varios comandantes bregándolo a coger y no pudieron. Lo cogimos Sebas, Pocholo y yo. Tenía una banda, una plaza de vicio muy grande. No le copiaba ni a la Policía. Lo perseguimos hasta que lo cogimos. Yo di la orden para que lo mataran a Sebas y este delegó a Pocho. Como fuera había que cogerlo’. Narita, su cuñado, se encontraba escrito en la lista de objetivos militares del Grupos Armados Organizados Al Margen de la Ley (GAOML), y no lo habían podido ejecutar, pese a

que alias Martín o Sebastián, comandante de los grupos urbanos en la localidad, había dado la orden en múltiples veces. Este último detalló que: ‘El señor estaba montando un grupo armado para robar a la gente del pueblo, lesionando a personas con armas blancas. Ese día les dije a estos señores que nos dirigiéramos al barrio Obreros de Cristo y cuando llegamos estaba sentado en la puerta de la casa. Maicol (Franklin Gallego Higueta, asesinado el 3 de abril de 2009) y yo nos bajamos del carro blanco como a una cuadra de la casa. Maicol se fue por un lado y yo por el otro y le di dos tiros en la cabeza con una nueve milímetros. Cayó en la mitad de la calle. Maicol y yo le seguimos disparando en el suelo. Inclusive, la hermana, desde el balcón, vio cuando lo maté. De ahí salimos corriendo para el cementerio, que era donde nos íbamos a encontrar con los del carro y allí nos recogieron y nos fuimos... Fuimos a San Antonio de Pereira y en una trocha cambiamos las placas del carro. Volvimos a Rancho Triste, pero no les alcancé a colaborar en lo que ellos necesitaban, que era coger a una persona en Rionegro. Llevaba como dos meses detrás de él, ya que muchas personas del pueblo se habían quejado con Martín del grupo que estaba conformando. Detrás de él estaba todo el grupo, a él lo seguía Tigre, Sebastián. Él sabía que las autodefensas lo estaban buscando”’.

El viernes que se llevaron a su mamá, logró identificar algunos rasgos físicos, pese a que los dos hombres estaban encubiertos con pasamontañas: uno era de contextura gruesa y poca estatura, y otro de piel morena. Estaba casi seguro de que el de poca estatura era uno de los consumidores de bazuca que visitaba la plaza de su abuela. Camilo entró a la casa y se aseguró de que estuviera. Le preguntó a uno de sus tíos a qué horas se pensaba ir el cliente que estaba en la habitación. “Ese marica ya debe de estar que sale, porque no está comprando más”, le respondió. Se escondió en la esquina, con un arma en el cinto, dispuesto a esperarlo. Sabía que en la sala de la casa tenía una moto Yamaha Dt lista, blanco y rojo, para irse en cualquier momento. Allí estuvo de pie quince minutos, sin quitar la mirada de la puerta. En el momento de espera subía una patrulla de la Policía, así que, para evitar una requisita innecesaria, regresó a la casa de su abuela. Entró, asegurándose de que el paramilitar todavía estuviera en la habitación. El tipo tenía todo listo para marcharse. Camilo, desesperado, salió nuevamente a la calle. No pensaba

dispararle en la habitación, sería generarle un escándalo terrible a sus abuelos: llegaría la Policía, contados minutos después, a preguntar y requisar los colchones y los rincones de la casa donde estaban escondidas las papeletas de bazuca; los periódicos regionales titularían un ajuste de cuentas en una plaza de vicio de La Ceja; sus tíos vivirían perseguidos por el recuerdo de un muerto el resto de sus vidas. Caminó nuevamente hasta la esquina y lo esperó en la tienda de don Camilo y Araceli. Diez minutos y nada que aparecía. “No, la chimba, voy es a ir a esperarlo en la puerta de la casa. Ahí va a ser”, se dijo. Tocó la puerta. Su tío, al que le había hecho la pregunta veinticinco minutos antes, abrió. No tuvo tiempo siquiera para desenfundar su arma y dispararle, pues el hombre lo embistió con la moto. Alguien le había dicho que lo estaban esperando afuera. Camilo se encontraba pasmado. “¿Este hijueputa cómo salió así de una?”, era lo que se preguntaba.

De Palenque queda el recuerdo de lo que fue: algún habitante de calle durmiendo en sus aceras; algún hombre trabado caminando por los pasillos solitarios del cementerio a las diez de la mañana. Cables de luz con tres pares de tenis colgados, advirtiendo que en la cuadra por la que se anda se venden alucinógenos, o se tiene una disputa entre pandillas. La mayoría de las ollas, incluyendo la de Camilo, fueron derrumbadas por retroexcavadoras. Los tíos, si no terminaron en la cárcel, están el cementerio. De las muchas cantinas de los noventa, solo queda una que se resiste al olvido, la cual no tiene nombre en su fachada. Ahora no suenan en sus aceras los tacones puntudos de Chimba de oro —ojos claros, cabello largo, era la más cotizada: en los ochenta, mientras las otras prostitutas cobraban cuatro pesos por media hora, ella pedía siete. Cheché Rodas, el dueño de cuatro bares en el sector, le había obsequiado una motocicleta para que hiciera sus servicios a domicilio—, La ñata, Tostada, Berta chula, Mano de hombre, La nana, La pacha o Flor, prostitutas que atendían y destruían matrimonios.

Llamo al celular de Camilo Andrés. Suena apagado. Una fuente cercana me comenta que Camilo fue capturado, con su mujer, el 16 de septiembre de 2020. Las noticias registraron el hecho como la Operación Tulipán, donde 250 integrantes de la Policía Nacional, en doce barrios de La Ceja, capturaron a 43 personas

sindicadas de vender alucinógenos. En los 34 allanamientos que hicieron esa madrugada, incautaron dos pistolas, una escopeta, 32 cartuchos nueve milímetros, 495 cigarrillos de marihuana, 190 dosis de bazuco, 3.573 gramos de cocaína y veintinueve celulares.

Nota: algunos nombres de esta historia, incluyendo el del personaje principal, fueron cambiados u omitidos por petición de la fuente.

Diccionario con términos del parlache popular utilizado.

Afiebrado: ardiente, apasionado, inquieto.

Bazuca: droga derivada de la base de cocaína.

Bolas: canicas como juego; testículos en hombres.

Bolos: dosis de marihuana que se venden.

Caliente: sinónimo de peligroso.

Calvazo: golpe propinado con la mano en la parte posterior de la cabeza.

Carcelazo: estancia de poco tiempo en la prisión.

Chorro: forma vulgar de nombrar el aguardiente o una bebida de licor.

Chulo, muñeco, tostao': muerto.

Cholos: indígenas.

Crack: droga ilegal utilizada comúnmente con fines recreativos, fabricada a partir de la combinación del clorhidrato de cocaína y el bicarbonato sódico.

Craquero: consumidor adicto a la bazuca.

Echar los perros: galantería, enamoramiento.

Embombado: justo después de consumir sustancias como el sacol o la marihuana, hay una reacción en el cuerpo que se llama así, la cual consiste en el atontamiento y en un leve mareo.

Empelculado: momento en el que los consumidores de una sustancia psicoactiva alucinan y están dentro de sus viajes.

Farrear: fiesta, generalmente nocturna,

Flete: clientes frecuentes de la olla, o, en el sentido del amor, una posible experiencia afectiva.

Gaminear: estar o andar por las calles sin rumbo ni ocupación determinados.

Gomoso: compra de armas, joyas y ropa de buena calidad.

Guarapazos: caídas o golpes violentos que se dan a una persona o una superficie.

Güiro: pelea.

Jibaro: hombre encargado de vender la droga a los consumidores.

Melliza: escopeta doble cañón.

Menudeo: dosis de droga en poca cantidad.

Merca: droga.

Olla: sitio donde es expendido el vicio.

Pajizas: escopetas de ocho cápsulas.

Pasmado: asustado.

Paraqueado: hombre o mujer que se cree más por cargar un arma.

Parca: patrulla de la Policía.

Parchar: grupo de amigos que se reúnen a fumar, beber licor o hablar de la vida.

Parva: comida de panadería.

Pipazo: consumo de crack en mínima cantidad.

Pirobo: alguien que no tiene sentimientos ni escrúpulos.

Plomo: bala, disparos.

Raqueta: momento en el que llegan las autoridades a las plazas de vicio, de forma imprevista, para hacer allanamientos.

Ruedas: droga utilizada para calmar la ansiedad, procedente de un medicamento llamado rivotril.

Sacol: pegante industrial que es inhalado.

Sapo: delator con las autoridades o los enemigos.

Tombos: policías.

Tote, fierro, máquina, porte: revólver.

Viaje: estado resultante después de ingerir una sustancia alucinógena.